N:7

79.2

audacia, voluntad soberana, ímpetu y buena fortuna, todo reunido en miembros de gigante, esto se llama genio. (Pensais que César vive despues de muerto, solamente por la fuerza de su brazo? Julio César, en medio de la guerra, tuvo comodidad hasta para ser científico: reformó el calendario; obra romana que vive todavía. Ciceron le habia ofendido en un libro acerca de Caton: César no le hizo prender, no le sepultó en prisiones, no le mandó al destierro; escribió el Anti-Caton, y venció por la elocuencia.) (Soldados, sed rayos en la guerra, como César; pero si no escribis, si no hablais como él; si vuestras obras no acreditan una grande alma, no sereis hombres de genio. Los grandes capitanes todos han sido al propio tiempo grandes hombres.) (Jenofonte, dueño de una de las hazañas antiguas mas sorprendentes, mas hermosas, fué el escritor mas remirado y ameno de los griegos.) (El mismo César, vencedor del gran Pompeyo, escribió sus Comentarios, monumento precioso de las buenas letras de Roma.) En los tiempos modernos, Cromwell, prodigio de sagacidad y buena fortuna en la guerra, ha sido el hombre mas entregado al estudio y la meditacion. (Bonaparte sabe todo, es varon completo: filósofo, escritor, estadista, diplomático, su pluma se hombrea con su espada. Sabido es que entre los libros que llevaba consigo cuando salia á los combates, las obras de Homero iban juntos con las de Bernardino de Saint-Pierre: los dioses al lado de los mortales, los héroes al lado de los niños enamorados: Pablo y Virginia sestean seguros á la sombra de Ayax y el hijo de Peleo. Napoleon hubiera tenido por pobre y triste su diadema sin las preseas de las humanidades.) Palas anda de arriba abajo en la Iliada; pero sin Vénus no hubiera Eneida. Amor, valor, sabiduría, estas son las tres almas de Minerva. Si pueden mas con nosotros los ejemplos familiares, ahí está Sucre, dechado de virtudes; ahí está (Páez, que pulió su áspera corteza de llanero con ese mágico instrumento que se llama educacion. Páez, el hijo del Apure, el padre de la

lanza, sacó de su corona una rama de laurel, y la convirtió en pluma bien cortada. Si salimos del nuevo mundo, hallamos sabios en todos los capitanes afamados de Europa. Garibaldi, ese como Roldan antiguo, pronuncia discursos, da á la estampa libros de todo género. Von Moltke es autor de primera clase; el general Trochu, gobernador de Paris durante el sitio, es uno de los escritores científicos mas autorizados. Entre los periodistas franceses, Saint-Genest, redactor del Fígaro, pasa por uno de los mas hábiles, siendo al propio tiempo uno de los oficiales mas valientes del ejército. La guerra es una ciencia; sin estudio, no hay adquirirla. Entre nosotros, la sabiduría no entra en la morada de los militares; al estudio le echan á empellones. La carrera militar, en pueblos grandes, es la mas ilustre: á ella entran los nobles; para entrar á ella se ha menester escuela, colegio, exámenes, premios honoríficos, medallas excelsas. Un oficial, en Europa, no tiene derecho de ir al campo de batalla si no pasa por las aulas: en la frontera está de pié, adusto, severo, pero hermoso, el genio de la guerra: los que van en defensa de la patria, han de poner en sus manos el certificado de la madre ciencia. Este es el modo.

Andando yo una vez por los alrededores de una casa de campo, me columbró desde lejos el dueño de ella, y se vino para mí. Dios sabe si venia con las manos vacias. Nos tiramos debajo de un árbol frondoso, y el amigo, coronel efectivo de ejército, se puso á regalarme con la lectura de varios poemas á lo Byron, en uno de los cuales figuraba, por mas señas, un Mauti el Bubuna, personaje mas sombrío que Manfredo. Julio Zaldumbide me ha contado que á él también le leyó una ocasion una tragedia titulada "Masinisa". Si las obras fueron maestras, no sé; mas no puedo dejar de aplaudir en ese militar su aplicacion á la lectura y la escritura. Las dotes naturales de los sud-americanos nadie ha puesto en duda: inteligencia, no les falta; valor, les sobra: educacion es lo que necesitan. La desgracia

de nuestros militares es que su carrera ha venido á ser mecánica, dejando de ser científica. Ellos no tienen la culpa. ¿Cuántos de estos gallardos oficiales no tratarian de emular á los generales de la primera república francesa, si tuvieran colegios, estímulos, recompensas, oportunidades? Un buen legislador, un buen gobernante harán suyo el empeño de dar realce y timbre á la clase militar, proporcionándole medios de estudio y aprendisaje. La tela es buena; preciso es que el bordado sea superior. Jefes y oficiales hay muy distinguidos; las cortan en el aire en esto del hablar culto. Pero sus conocimientos los deben á esfuerzos personales; lo que importa es generalizar la educacion de los militares por medio de sábias disposiciones. Dos soldados se han presentado en mi casa con el morrion en la mano, y en delicada manera me han pedido "El Regenerador". Este es el caso que me convida á escribir el presente artículo. El que infunda en los nuestros el alma del soldado frances, ese será el benemérito de la patria. Cuántos alférez no he visto yo de brazo por las calles con duques y marqueses, con autores ilustres y hombres grandes? Esos alférez son jóvenes cultos, instruidos, llenos de méritos, amigos y, si es posible, protectores de los que no ciñen espada. Para que la fuerza sea un poder bienhechor, preciso es que esté girando eternamente por la órbita de la luz, y pase por esas constelaciones celestiales que se llaman filosofía, moral, política, diplomacia, legislacion y mas signos en que se halla dividida la esfera del saber humano.

DEFECTOS DE NUESTRA RAZA.

Un viajero de mucho nombre se anduvo por sud-América buenos años, viéndola de arriba abajo, observándola con anteojo de graduacion, de tal suerte y con tal prolijidad, que si no le midió las ar-

rugas, porque áun no es vieja, le contó las pecas y los hoyos de la cara. Vuelto á su tierra, el sabio dió á la estampa un libro que decia: "En las repúblicas sud-americanas todo es bambolla". Qué tal vecinos del Rimac? qué tal, amigos del Funsa? qué tal, hermanos del Guáyas y el Machángara? Cómo les queda á ustedes el cuerpo despues de esta sentencia de Salomon, este dístico de Homero, este aforismo de Hipócrates, este apotegma de Aristipo, esta partida del rey Alonso, esta órden del dia de Cambrone, esta receta de Moscorrofio? Como les ha de quedar: á los de tierra caliente, sudado y correoso; á los de tierra fria, helado y escamoso, segun le tienen por costumbre: el alma, si no es de cántaro, es la que debe sufrir en ustedes una modificacion dolorosísima á esta verdad incontestable de aquel tudesco sin entrañas. Los hombres de la Selva Negra, hasta los poetas son observadores y científicos: Goethe escribió un tratado de los colores al propio tiempo que el *Juan Fausto*. No sé si será poeta estotro cimbrio; pero sí sé que no hubo memoria de ministro que no leyese, proyecto de ley que no examinase, empresa que no siguiese punto por punto; y cuando se convenció de que nuestros montes, despues de bramar como Encélados heridos, no parian sino ratones, se fué á Europa, y en laconismo digno de Santa Teresa, dijo: En las repúblicas hispano-americanas todo es bambolla.

Dicen que los romanos antiguos enviaron una comision de senadores á recoger las buenas leyes que hallasen por el mundo, á fin de formar un código que abrigase en su seno su futura grandeza. Las Doce Tablas fueron el fruto de ese viaje legislador. Franceses, ingleses, italianos, en vez de estarse calentando la mollera en sus parlamentos, y dándose de las astas sobre cuáles son las mejores leyes, deberian mandar comisiones al Perú, al Ecuador, á Colombia, y áun á Chile, en donde recogieran á dos manos leyes como diamantes de Pernambuco, gruesos, puros, admirables. Para leyes sábias, generosas, aquí estamos nosotros: libertad de imprenta, garantías individuales, derecho inrestricto de sufragio, maravillas. Escribe uno cuatro disparates llenos de justicia; pau! venga usted, so pícaro: conque se pone á escribir contra el gobierno? no sabe usted que estamos en plena regeneracion?

Independencia de los poderes, tolerancia, liberalismo ilustrado: llega el cumplaeños del presidente, del ministro, del archivero; hóla, clérigos! á repicar las campanas, á cantar *Te Deum*, ó vean lo que se hacen. Cae el dia de San Crispin, de Santa Rita; allá van notas del obispo, del vicario al gobierno sobre que haya salvas, sobre que asistan los empleados, sobre que la Iglesia necesita una subvencion para las fiestas. No hay cosas mas entremetidas una con otra que la Iglesia y el Gobierno: le ocurre á este necesidad de la cruz alta, el hisopo, las andas; ahí está esa para contestar que nada tiene que ver con ella el poder civil. Si no le piden la cruz alta, el hisopo, las andas, pone la Iglesia el grito en el cielo, llama impío al Gobierno, fulmina excomunion *latae sententiae*, cita el cánon *siquis suadente diábolo*. El Gobierno por su parte no se mete en las ritualidades eclesiásticas, ni ha menester las campanas para maldita de Dios la cosa: hagan los frailes lo que quiran en su iglesia, y lo que no quieran no hagan; pero tengan mucho cuidado con sus rentas, si no repican como unos Cuasimodos el dia aniversario de la revolucion que hicimos contra su partido. Es de ver la furia con que nuestros prelados vuelven por su independencia, al mismo tiempo que no quieren pasar un santo sin hacerle cargar las andas al Gobierno. Se muere un fraile; pague usted los derechos. Se huye una monja; mande usted una escolta tras ella. Los pobres cañones son los que pagan el pato: toma el hábito un ocioso, los cañones; se ordena un monigote, los cañones; profesa una novicia, los cañones; vuelve el obispo de un paseo, los cañones; hace un milagro una beata, los cañones; no le hace daño al cura la morcilla que cenó con mucho miedo, los cañones. Dios le dé á mi amigo Veintemilla el corazon de no

pedir ametralladoras á Francia, porque los clérigos, á fuer de independientes, no han de querer hacer nada sin ametralladoras, y nos han de estar ametrallando el alma de dia y de noche. ¿Por qué no siguen estos demonios el ejemplo del gobierno liberal, que no les molesta en lo mas mínimo ni se mete con ellos para nada? Entra á la capital una partida de milicianos de poncho, las campanas. Tenemos ministro nuevo, subsecretario de repuesto; las campanas. El teniente Alifanfaron de Trapobana ha sido ascendido á brigadier; las campanas. Se casa la hija del cabo segundo Colmenares; las campanas. Llega una recua de pertrechos, las campanas. *De profundis*, aunque nadie se haya muerto; encuentro eclesiástico de órden del gobierno, áun cuando no venga N.ª S.ª del Quinche; *Te Deum*, áun cuando no haya emperador que coronar. El uno con las campanas, la otra con los cañones, la Iglesia y el Estado cultivan las mas fraternales relaciones y hacen perpetuamente la felicidad de la República. Entre tanto es de oir con la gracia que cada uno sostiene sus derechos, protestando su prescindencia en los asuntos de la parte contraria. Si mi aleman, el de la bambolla, estuviera presente, aqui le diera yo un ósculo de amor.

En cuanto á progresos, vamos á puto el postre con nuestros vecinos del Carchi y del Macará: ferrocarriles á la luna, telégrafos á las siete cabrillas, carreteras á la via láctea. Los franceses y los italianos han perforado los Alpes, viajan por las entrañas de los montes del uno al otro reino: nosotros les vamos á destripar á los Andes; saldremos del uno al otro océano en monitores de guerra. Entre tanto Dios sabe si es flaca, desvencijada, lerda, garrapatosa y muerta de hambre la mula en que vamos cojin cojeando por esas cuestas y esos llanos, con mas zamarros que un baquero del Pedregal, y mas corbata que un prior de Santo Domingo. Ciencias morales y políticas, hacienda pública, religion son cosas nuestras; son *nuestro hombre*, como dicen en el Sena. Acuérdome haber leido con mas gusto que el

Quijote una carta de doscientas páginas que un ministro de García Moreno habia dirigido á Pio IX. Las mas cultas naciones de Europa no habian dado, segun ella, pasos tan largos en el campo de las ciencias como nuestro gracioso Ecuador: colegios á celemines; escuelas politécnicas, planteles de sabiduría, fundaciones de caridad, casas de religion; inclusas, hospicios, hospitales, conventos, monasterios, capillas; oratorios, observatorios, conservatorios y reclinatorios; rosarios, vicarios y canarios; monjas, lonjas y esponjas; frailes y frailejones, canónigos y hongos; plegarias y boticarias; capuchinos y cachupines, ¿de qué no habia, Dios eterno, qué no habia traido el invicto, el infatigable don Gabriel! Filósofos, teólogos, matemáticos, oradores, químicos, músicos, sacapotras, argonautas, prestigiadores, volatines, titiriteros, ventrílocuos; sabios de todo linaje, héroes de todas dimensiones, no tenia ya donde guardar ese grande hombre. Y esa epístola papal concluia con esta firma pontifical:

Quien tú ya sabes, Javier Leon.

Los hijos á los padres, los nietos á los abuelos, los chicos á los grandes, los criados á los amos, los jóvenes á los viejos (y áun á las viejas), los militares á los civiles, á todos he oido tutear en este tiempo de tuteo general; pero hasta la edad que tengo no habia oido á un ministro tutear al papa. Y qué tuteo! Quien tú ya sabes.... Así firman los jaques en Andalucía cuando escriben á sus coimas.

Esta es la bambolla de la sabiduría; ahora qué dijera nuestro teuton de la bambolla de los derechos sociales? Notas, circulares, oficios del gobierno acerca de recomendar plena libertad en el sufragio: los jefes civiles y militares de las provincias contestan de este modo: "Tengo el honor de ofrecer al supremo gobierno que ganaré las elecciones á patadas"; "Tengo la satisfaccion de comprometerme con el supremo gobierno á ganar las elecciones á palos"; "Tengo la gloria de prometer que ganaré las elecciones á balazos." Y lo cumplen. ¡Buen ganar y buenas elecciones! Esto sí que no es bam-

bolla. No vayan ustedes á decir que estoy haciendo cargos á la nacion ecuatoriana: las elecciones, en el Perú, son combates donde ocurren muchas muertes; las llevan adelante á sangre y fuego. En Colombia, mas orejas caen al suelo que votos en las urnas; y acaba de suceder en la mas ordenada y pacífica de las repúblicas del nuevo mundo, que un zapatero sale de su taller, como iba pasando el mas ilustre de los candidatos, y con una orma de botas le saluda de manera de abrirle un jeme de cabeza. ¡Y digan los alemanes que en las repúblicas hispano-americanas todo es bambolla!

LAS MUJERES EN LA POLITICA.

En una gran nacion antigua sucedió que el pueblo juzgase, condenase y desterrase á un patricio que habia dilatado los términos de la república por medio de hazañas inauditas. La tiranía de todos es peor que la de uno solo: entre la demagogia y el despotismo personal, lo que haremos será colgar al déspota abusivo y ahorcar á los demagogos desenfrenados. La libertad es reina austera que está sentada en su trono: con la una mano sujeta al pueblo, con la otra á los oligarcas: la servidumbre, en forma de demonio, le sirve de sitial. Ese arcángel femenino las ha con dos monstruos igualmente poderosos.

El patricio, cuando salia de la ciudad, no volvió sobre ella los ojos llenos de lágrimas, como Furio Camilo: la noche era su alma, rayos sanguíneos le guiaban, hirviéndole en el corazon resentimiento, cólera, venganza. A paso firme se fué para la nacion mas enemiga de la suya, la levantó y se vino al frente de ella á las puertas de la ingrata Roma. Aquí fué el temer y el arrepentirse de esta madre desnaturalizada; aquí el implorar perdon, el pedir misericordia. Los volsgos, terribles en su aspecto, están blandiendo las armas, amenazan á los hombres y á los dioses: los palacios caerán, los templos arderán, la reja del arado pasará por la ciudad maldita. El senado se ha reunido: esa congregacion de ancianos venerables está deliberando. Una comision de los mas ínclitos varones, vestidos de púrpura, con las insignias de Roma en la mano, se dirige en silencio al campo de los invasores. El ofendido, sentado en una alta silla, no se mueve, no profiere una palabra: los hiere con la vista, los despedaza, los aterra. Los comisionados vuelven abatidos; no hay salvacion para la patria. El senado sigue deliberando: la barba larga y cana de esos viejos sublimes, el cetro de marfil que empuñan, el porte majestuoso les comunican semblante de genios ó divinidades. Sale otra comision compuesta de los sacerdotes vestidos de sus largos hábitos; los augures, el pontífice máximo con las imágenes de los dioses tutelares. El ofendido no se pone de pié: el Júpiter del Tiber no es ya suyo. Los sacerdotes, desengañados, despedidos, vuelven llorando la ruina de la patria. El senado delibera nuevamente: qué hacer? adónde volver la vista? El patricio ofendido tiene madre, esposa, hermanas: la anciana Veturia, la hermosa Volumnia se visten de luto, sueltan la cabellera y la bañan en ceniza; toman en brazos los niños de la familia, y al frente de una larga procesion de matronas y de jóvenes mujeres, en junta de las sacerdotisas de Vesta, se van la vuelta de los volsgos. El patricio ofendido frunce el entrecejo, no se mueve. Su madre, su esposa, las jóvenes romanas caen de rodillas al pié de su trono, y rompen en un alarido de dolor que llega al cielo. Coriolano ya no puede: tírase abajo, alza á su madre, y puesto de rodillas á su vez, exclama entre sollozos: "Madre, has salvado á Roma, pero has perdido á tu hijo". Los volsgos se retiran; y cuando cesa la obediencia, castigan á su jefe con la muerte.

Lo que no pudieron senadores, lo que no pudieron sacerdotes, lo pudieron mujeres. Llora mujer y vencerás.

Hay en la historia un suceso que llamamos *el rapto de las mujeres sabinas*. Y fué que Rómu-

lo, el hermoso bandido del país de Menandro, convidó á los pueblos vecinos á una fiesta. Vinieron todos, hombres, mujeres y doncellas. En lo mejor del alborozo, los dueños de casa se levantan, echan á los varones á furor de espada, esconden á las mujeres, y se casan con ellas por la fuerza. Los sabinos vuelven en legiones formidables; los romanos les salen al frente. Sangrienta, atroz fué la batalla: en lo mas recio de ella, las mujeres sabinas caen en el campo, se cuelgan al cuello de los feroces combatientes, les hieren el corazon con sus gemidos, les empapán el rostro con sus lágrimas. De los unos eran hijas, madres; de los otros habian venido á ser esposas, y en sus entrañas sentian ya el dulce fruto de ese crímen. El dios de la guerra, aturdido, vencido, huye á la montaña: la paz es dueña del campo. Romanos y sabinos son hermanos, componen un solo pueblo, y fundan la nacion que será reina del mundo. Estas son obras de mujeres. Con el pañolon terciado, con piedras y ladrillos en la mano, con alaridos de furor é infames palabras en la boca, ni Coriolano se hubiera retirado, ni los sabinos hubieran venido á aposentorse en la ciudad de los raptores. Llora mujer, y vencerás. (Alzamientos, motines, revoluciones son de hombres, y de hombres malos, cuando los hacen fundándolos en motivos ruines ó en patrañas. Tumultos, bolinas, zipizapes son de la canalla:) injurias, denuestos, baladronadas ridículas son de borrachos. (Las mujeres son la salvacion perpétua, la salud de la república:) si se convierten en soldados ó en carniceros, ¿qué consuelo, qué amor, qué felicidad nos quedan? no valiera mas que á todos nos sepultase un terremoto ó nos tragasen los volcanes? (Religion es persona moral: es alta, serena, inviolable: por desmedido que sea el brazo de un malvado, no la alcanza, porque ella está tan arriba como Dios. La religion nunca corre peligro: si en verdad tiene enemigos, esos son perros que ladran á la luna.) Mala, triste causa seria la de Dios, si hubiese menester pelotones de mujeres enfurecidas para su defensa. (Nuestro pecado mas negro es,

sin duda, este prurito de envolver la religion en la política, las pasiones mundanas en las aspiraciones divinas.) Conque la religion es cosa tan pequeña, tan flaca, tan despreciable, que cuatro pillos han de dar con ella en tierra, ó cuatro tontos la han de borrar del pecho y las costumbres de los pueblos? Conque la religion es cosa tan pequeña, tan flaca, tan despreciable, que si la ruin plebe no sale por ella con palos y piedras, ha de estar siempre á riesgo de perderse? (Religion es presea incrustada hábil, profundamente en los corazones: para arrancarla de ese recinto sagrado, preciso es causar la muerte al que la abriga. Decir que *los herejes* van á quitar la religion, es proferir una impiedad. La religion no está sujeta ni á la fuerza de los poderosos, ni á la astucia de los políticos, ni á los caprichos de los extravagantes.) (Así como sobre la naturaleza perturbada, la atmósfera oscurecida, los vientos desencadenados, los torrentes de lava hirviendo, los bramidos de los montes permanece Dios seguro, inalterable;) así sobre los gritos de las mujeres ignorantes, las vociferaciones de la plebe airada, las intrigas de los pícaros azuzadores, los arrebatos del pueblo, los ayes de las viejas, las injurias de las beatas, los bofetones, los garrotazos, las heridas que hacemos por defenderla, por salvarla, (la religion permanece segura, inmutable.) (Indios, cholos, criados, pinches de cocina; jurisconsultos, médicos, sacerdotes; sastres y zapateros, pulperas y lavanderas, guiados por señoras de primera línea, todos se han levantado en favor de la religion contra el gobierno.) *Los herejes* han contenido, sin degollarlo, al pueblo delirante; han puesto debajo de la zuela de su zapato á los santurrones lanceros y garroteros, y la religion permanece como estaba, sin la menor avería, sin amenaza ni peligro. ¿Están desengañadas las mujeres? Si fuera posible mudar de religion, estas cohortes de hembras furiosas, estos galopines con estacas, estas beatas con alpargates en la mano para dar con ellos en la cara á *los impíos*; estos mogigatos que se andan á la sordina diciendo por todas

partes: Adentro muchachos! adentro muchachos! y se meten debajo de los mostradores de las tiendas cuando asoma por ahí un negro con su lanza; al ver, digo, estos ruines alborotos, estas trapisondas, estos campos de Agramante, estos Waterloos de madrastras, estos Trafalgares de frailes, estas cosas ridículas, abominables que acontecen cada lunes y cada martes á nombre de la religion, sería yo capaz de volverme protestante, mahometano, judío, copto, demonio de cualquier linaje. Pero amigos, la religion cristiana es una cosa, y otra muy diferente la ignorancia que no la conoce, y la malicia que la corrompe. Cristiano tengo que ser, aunque me maten las viejas por ateo.

Ha cuatro dias pasaba yo por una calle. Una campanilla venia sonando, sabe Dios por donde, lejana, confusa, remotísima: nada se veia por todo ese contorno. Sale un hombron de su tienda, se tira de rodillas en las piedras, y mientras se iba aspando la cara á santiguadas, me iba cubriendo de improperios. Queria el muy bellaco que me hincase junto con él, y me estuviese á esperar ahí dos horas un viático que no sabíamos si estaba viniendo ó si estaba yendo, ni si habia de pasar ó no por esa esquina. "A causa de estos herejes llueve tierra, decia precipitadamente el tabernero; ya estarán queriendo que gomite otra vez el Cotopaxi. Jesus María y José! Guárdanos Señor de los impíos" Cómo es posible vivir en pueblo semejante? Al paso por la Merced, se me llega un mudo de capa, viejo, sucio, feo, horrible á la vista y el olfato, y por un real, nada mas que un real, quiere hacerme besar un pedazo de hoja de lata pintada que trae en la mano. Mil pesos le hubiera yo dado al infame para que huyese de mí como del diablo. Ni le besé la hoja de lata, ni le di el real: es una de las acciones mas brillantes de mi vida; pero me iba costando caro mi heroismo, porque el mudo dió voces *de hereje*, y mas de doce viejas empezaron ya á preguntar cuál era el brujo. Entré á la primera casa liberal que hallé por ese lado, y, señoras y señoritas de auxiliares,

cerrada la puerta de calle, formamos una barricada que no nos la echaran abajo los cañones de Von Moltke.

Los hombres, seamos engañosos, tumultuarios, asesinos, pícaros, canallas, tontos, brutos; en nosotros hay tela para todo. Pero las mujeres! las mujeres, si no pueden ser santas, sean á lo ménos buenas; si no pueden ser reinas, sean á lo ménos señoras, matronas graves que nos contengan con el respeto, nos vuelvan mejores con la vergüenza. Los trogloditas, el pueblo mas corrompido, mas perverso de la tierra, se convirtieron en el pueblo mas virtuoso, mas santo del mundo, por obra de un hombre justo y de una mujer prudente. Las mujeres, lejos de atizar el fuego, deben ser genios propicios en cuyas aras se quiebren nuestras iras, á cuyas plantas caigamos bañados en luz de amor, heridos de rayos de felicidad, triunfantes con las sonrisas con que nos perdonan y nos animan para las virtudes. Gigantes, minotauros, sátiros feroces no son las mas terribles invenciones de la fábula: las Furias, las Arpías, las Gorgonas son las que causan espanto con su fealdad y su maldad. Mujeres, oh mujeres, timidez, pudor, modestia son los ángeles mas bellos de la corte celestial: que en vuestros ojos brille la inocencia, que en vuestros corazones palpite la alegría, que en vuestro pensamiento arda la felicidad casta y merecida, que en vuestros pasos ande la honra, que en vuestros labios aniden los serafines invisibles que entonan la música del amor y las virtudes. Botarse á la calle, insultar á los hombres, abofetearlos, provocarlos ¿es de ángeles ó de Furias? Las Arpías no aman; las Gorgonas aborrecen y se queman en el fuego de su odio sanguinario. Para ser furias infernales, apagad esos ojos grandes, negros, puros, y tomad los carbones encendidos con que mira la venganza. Para ser furias infernales, convertid esas mejillas sonrosadas, por cuya convexidad ruedan graciosamente los amores, convertidla en el pálido y descarnado carrillo del demonio. Para ser furias infernales, cubrid de lana puerca el suave pecho donde está holgando la feli-

cidad en sus juegos inocentemente maliciosos. Para ser furias infernales, creced los dientes, rompeos y dilatad la boca, ennegreceos los labios, y despertad en vuestra lengua esa electricidad que requiere la locura. Miéntras seais tan bellas, tan elegantes, tan graciosas, quiteñas, oh quiteñas, no sois buenas para Furias.

El ejemplo es oro, dije una vez, y esto me valió un destierro; el ejemplo es escoria, digo ahora, y esto no me ha de valer una corona. Las quiteñas dieron la señal; las ambateñas han seguido: ellas, tan modestas, tan recatadas, tan tímidas; ellas, tan buenas, tan donosas, tan amables; ellas, tan dignas, tan de su casa, tan señoras; ellas tambien están ya en la calle, en la plaza, haciéndose pedazos, vociferando, amenazando, excitando y apoyando á los destructores de las buenas costumbres. El ejemplo es oro cuando imitamos las virtudes; el ejemplo es escoria cuando seguimos los delitos ó los vicios. Niña, niña hermosa, ¿qué términos son esos que brotan de tus labios? no sabes que de ese nido de suspiros amorosos y ayes inocentes no deben salir culebras y escorpiones? Y tú, mira lo que haces, madre desventurada: si arrastras á tu hija al muladar, la ensucias para siempre; y advierte que no hay ángeles inmundos.

Pasaba una señorita por la calle, modesta, tímida, vergonzosa: una señora se asoma al balcon, y en resonante voz la harta de injurias. "Niña! exclama la criada que iba á sus espaldas, esos insultos son á su merced". "A mí? no puede ser". "A su merced, niña; oiga lo que dice". "Contesta tú, María. No! no contestes ni tú". Y entra la señorita á su casa. Por sus venas corre, sin duda, la sangre de ese que, acometido espada en mano por un oficial borracho, cubierto de atroces improperios, no se dignó ni huir de él, ni esperarle, ni mirarle siquiera. Qué ejemplo de niña para las señoronas que salen á la calle á insultar á los hombres, á dar de bofetadas á los que no ponen en cobro sus mejillas! Nobleza obliga, señoras; belleza obliga, amor obliga. Nobleza, belleza y amor componen una deidad alta y majestuosa.

Probablemente las conservadoras de Quito no volverán á levantar el pueblo contra los herejes del gobierno. Dichoso yo si mis palabras llegan á sus oidos, y de allí caen suavemente al corazon. Estos son servicios públicos y personales, amigo Don Ignacio: ahora es cuando usted debe echarme fuera, por nocivo, y sobre todo por *ingrato*.

Lo que hallaron los clérigos cuando escarbaron en un escribano.

En la muy noble y muy leal cibdad de San José de Guatemala vivia un pacífico tabelion llamado Don Rufino. Cristiano á las derechas, no hay en los archivos de su pueblo pieza, documento, memorial ni otra cosa por donde se le venga á probar que algun dia de su vida hubiese dejado de ir á misa, ni alguna noche hubiese suprimido los misterios, que los sabia muy buenos, así gozosos como dolorosos. Despues del último *pater noster* aplicado, segun su liturgia, á los caminantes y los navegantes, en el cual tenian la tercera parte los moros cautivos, cenaba irremisiblemente su chocolate con diez dedos de queso, sin que hubiera estado en su mano consentir en la horrible costumbre de su país de cenar frejoles negros en toda forma: agua de frejoles, sopa de frejoles, carne de frejoles, leche de frejoles, jelatina de frejoles, biscochuelos de frejoles, sorbetes de frejoles, café de frejoles, tabaco de frejoles, ó fréjoles, como decia un pedante presumido de buen hablista. No llegó á suceder que Don Rufino saliese de noche en via de pelar la pava, cantar jácaras ni dar cantaletas á persona, salvo en el cumpleaños de algun compadre suyo, el bautizo de un rorro de casa amiga, el velorio de un pariente, ó cuando venia á ser necesario humedecer la canal maestra. Y es de advertir que su mujer, ora lloviese, ora no llovie-

se, le habia de enviar farol, paraguas y zuecos adondo se hallase el bueno del escribano, con el cual lo pasaba de perlas, poniéndose mutuamente en las niñas de los ojos. Don Rufino adoraba en su esposa; era feliz, como suelen decir. Camorra, pendencia ni zalagarda, con nadie: deudas, nunca por sus umbrales: chismes y berenjenas, ni para quebrantar el ayuno; y como ocurria que el notario era el mas acreditado de su pueblo, la necesidad no mostraba su cara de hereje en esa mansion del patriarca Abraham. Y digo Abraham, porque su mujer, en lo de no parir cada año era una Sara, con ser buena moza de marca y contramarca. Si don Rufino aborrecia algo en el mundo, era la política; si algo temia, era la guerra. Las elecciones, peste para él; la leva, lluvia de ceniza. Era el hombre que se conocia para huir de la cosa pública, habiendo llegado á ser proverbiales en la América del centro su falta de ambicion y su desprendimiento. Dice la historia que este escribano no habia menester anteojos ni usaba peluca: cosa que, como rara, extraordinaria, casi maravillosa, debemos recomendar á las venideras gentes.

Hará obra de cuatro noches oí á una guayaquileña, que el primer dia que su marido quisiera acompañarla á misa, le abandonara. Esa mujer es sábia. Hay sopenco mas fastidioso, ridículo, digno de desgracia que el que no deja respiro á su mujer? Sale á comprar la pobre, porque han llegado telas de moda; el zoquete á su lado. Va á pagar una visita; al brazo el majadero. Quiere cumplir con la devocion; á la iglesia con ella el tonto. Cuán atroces pensamientos no abrigarán, cuán terribles proyectos no formarán las mujeres que se ven rodeadas de cien ojos espiadores, de dos ojos desconfiados? Don Rufino no ofendió á su mujer ni con sombra de sospecha: su confianza en ella era cabal, y por lo que tenia de noble, digna de un alto encomio. Elena perdió á Troya; por la Cava se perdió España: Dios de bondad! cuál es mejor, la fé ciega ó el cuidado? la vigilancia ó el descuido? El

bondadoso, ó el *debonario* don Rufino, como hubiera dicho un galiparlista; el pacífico escribano es hoy dia de la fecha el general Rufino Bárrios, presidente-dictador de Guatemala. Este cristiano viejo, este católico rezador de trisajios, surcidor de letanías, les ha quitado á los clérigos, no solamente las riquezas, sino tambien los hábitos: en poco está que no les quite la corona; y no les quitara mucho, porque ellos le quitaron honra y felicidad. Con una profunda herida en el corazon, saltó el hombre de bien como un tigre; rugió, se precipitó en la guerra, consumó hazañas, alcanzó victorias, castigó agravios, sació la venganza, y hoy es señor de vidas y haciendas en su patria. Don Rufino Bárrios, el humilde escribano de san José, descolló súbitamente como capitan: segundo de García Granados en la campaña, fué el primero en la guerra. Concluida la revolucion, no tiene rival en el mando. Es reformador; reformador á todo trance, impetuoso, formidable. Guatemala babia venido á ser teocracia pura con el indio Carrera, y Cerna, el mariscal: los jesuitas mandaban hasta el ejército, eran dueños de todo. Bárrios ha montado demas; se ha dado tanto vuelo, que ha caido á la otra parte. No hay jesuitas en Guatemala, y el clero nacional es humilde esclavo del dictador. Los vicios siempre están en los extremos; los aciertos son obra de la moderacion. El clero disponia de vidas y haciendas, y aún de honras en Guatemala: hoy gime en la servidumbre. Ellos se tienen la culpa. Bárrios se ha vengado, pero se ha vengado como hombre superior. Guatemala ha hecho cosas tales en los últimos años, que con justicia pasa por una de las repúblicas mas bien puestas del nuevo mundo. Bajo la piel del escribano estaba el político; rascando en el Don Rufino, compareció el Bismark. Escarbó el gallo, y descubrió el cuchillo: los clérigos escarbaron, y descubrieron su azote. ¡Cuán terrible leccion!

Una reina de España mandó, en tiempos antiguos, que las mujeres, á los treinta años de edad, habian de cambiar su título de bellas en el de bue-

nas : el clero cambie al fin en todo el mundo su título de poderoso en el de piadoso. Grandes son sus triunfos, pero terribles sus caidas. El clero ha de ser el fiel de la sociedad humana : moderador de todos los partidos, su virtud mantiene las clases sociales en su punto. Si se echa ciegamente en el un plato de la balanza, el otro sube, y la operacion es fraudulenta. Guárdenos Dios de los abusos de Guatemala. Nosotros, liberales del Guáyas y el Pichincha, no los cometeremos, áun cuando algun dia alcancemos la victoria; mas sí procuraremos que el clero esté girando en su órbita, sin ponerle, por nuestra parte, un pié en su sagrado territorio. Los eclesiásticos hispano-americanos deben cargar la consideracion en una cosa, y es que cuando la lucha santa de la inteligencia, del espíritu, es convertida por ellos en guerra viva, guerra de armas, siempre son vencidos. Los pueblos, los gobiernos cuentan con un auxiliar supremo; este es el papa. Con el auxilio de este general, Guzman Blanco se ha salido con la suya en Venezuela. El arzobispo de Carácas, desobedeciendo al gobierno, llamó á los católicos á una como sedicion : el dictador le persiguió, le expatrió, nombró de mano poderosa otro arzobispo. El proscrito puso la voz en el cielo, apellidando impiedad, herejía, ruina del catolicismo : Pio IX lo depuso y confirmó el nombramiento de Guzman Blanco. Un gobierno prudente no ha menester cárceles ni lanzas para someter á un clero rebelde; un buen diplomático puede mas que muchos ejércitos. don Rufino Bárrios no está por eso : les ha quitado á los clérigos la misa y la olla, sin consultarle á Pio IX.

Métodos é invenciones para quitarles á las mujeres la gana de meterse en lo que no les conviene.

Dejo á la consideracion de liberales y conservadores si las guatemaltecas se habrán estado sen-

taditas en sus casas, cuando don Rufino, blandiendo la lanza de Alvarado, estaba á echar fuera toda clase de frailes y frailejones! Ahí es un grano de anis lo que hicieron las bellacas en esos para ellas negros dias de regeneracion. Si le cogen al escribano por el gaznate, no le dejan ni la campanilla. ¡Y digo si las viejas habrán tenido gana de comérselo con perejil y yerbabuena! El honrado tabelion, que como queda dicho no necesitaba de anteojos, se aparejó una cara de Rodomonte, con la cual y con sus cholos de gorra ponia tal espanto en ellas, que si no morian de aborto, no faltaban tres ó cuatrocientas Dulcineas que se desmayasen por dia. Y no se crea que don Rufino les metiese la lanza ni las atropellase con la caballería ; no señor. Mandó hacer el muy bribon unos como zurrones de tarabita, en los cuales las mujeres holgasen como en silla de resortes; y así metidas en su buen cuero de vaca hasta el pescuezo, por medio de poleas y otras máquinas, eran levantadas y colgadas en unas vigas que de propósito hizo desnudar de la iglesia mas alta de la capital de la República. Por lo demas, no se faltaba con ellas un punto á la galantería : los sayones tenian órden hasta de tenderles el ala desde abajo, y hacerles la rueda, sin llegar, se entiende, á tocarlas con el pico. Don Rufino, como hombre imparcial, daba á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Las doncellas pudorosas, en las cuales pasada la cólera y llegado el miedo todo era vergüenza y fermosura, todo lágrimas y ruegos, no eran izadas sino hasta que la punta del pié quedase á toca no toca, esto es besando el pavimento. Las fehuelas y no tan católicas de edad, subian ya sus ocho varas. Las maduras culpen á sus cuarenta si las colgaban á quince metros sobre tierra. En cuanto á las viejas, subian como plumas hasta parecer campanas rotas, ó lechuzas disecadas en la torre. No se regia el escribano por el grado de culpabilidad, sino por los años y la cara de las delincuentes. Por donde se puede ver que hasta para echar una piedra en la calle, ó plantarle á un he-

reje un bofeton, importa no ser como la princesa que entró en busca del arriero en la venta de Juan Palomeque. Si mal no me acuerdo, esta se llamaba Maritornes; y si me acuerdo bien, la primer vez que la cogieron con las manos en la masa la dejaron santa y buena y beata para veinte y cuatro horas no cumplidas. Don Quijote se propuso una ocasion dilucidar el punto de si comian ó no los encantados: yo quisiera saber ahora si comian y bebian las colgadas? Parece que no; y que cuando el escribano les remitia el resto de la pena, bajaban las pobrecitas como vela de muerto, amarillas, apagadizas, tristes y desmayadas; de suerte que en llegando á sus casas, Dios sabe si andarian melindrosas! Todo le perdono al pícaro notario, ménos esta manera de tratar al sexo hermoso. (No supo sin duda el ignorante, que las penas con pan son ménos, y que el estómago es la fragua de la vida.)

Dicen que hoy el general Bárrios disfruta, no de la estima solamente, sino tambien del cariño de las guatemaltecas. Les ha hecho ver el don Rufino que no es imposible vivir sin jesuitas; y les ha probado *luce meridiana clariores*, que si él las colgó en las vigas de la iglesia en otro tiempo, hoy las colgaria en la punta de su alma con hilo de oro torcido por los dioses.

Otro tiranuelo mujeril, no sé si mas atento ó ménos delicado que el de Guatemala, no sabia qué hacerse con los alzamientos de las mujeres, las baraundas y pelamesas que andaban formando tarde y mañana, respecto á que el gobierno hacia contra los frailes, y á que los herejes estaban bien comidos, y á que los rojos iban poniéndose amarillos á fuerza del oro que robaban, &c. &c. &c. Cansado de esta matraca, el presidente convocó un dia el consejo de ministros. El del interior opinó por que se las encerrase á todas en el lazareto y se prendiese fuego al edificio. El de relaciones exteriores propuso incluirlas en una nota diplomática, y poner el sobrescrito para el señor Bismark. El de hacienda dijo que se las contente y satisfaga

con una contribucioncilla de trescientos mil duros, fuertes ú ojos de buey. El de guerra sostuvo que se las debia pasar por las armas. El de marina fué de parecer que se las embarcase en una flota de piraguas y se las soltase en el cabo de Hornos, y cuando ménos en el estrecho de Magallanes. El de cultos manifestó que nada cumplia sino obligarlas á volverse protestantes. El de fomento.... no se atrevió á exponer su dictámen. El presidente era un viejote cuya barba, principiando en los ojos, en la gran pélvis no paraba todavia. A cuanto raciocinio, discurso ó argumentacion iban haciendo sus ministros, él estaba contestando: "Hum.... hum", y nada mas. Disuelto el consejo sin resolucion ninguna, el presidente dió sus órdenes secretas para ese mismo dia, como que mas de tres mil quinientas mujeres estaban ya reunidas en la plaza pidiendo la cabeza de S. E., sus secretarios, los jefes y oficiales del ejército; la cabeza de todos los masones, en una palabra. Napoleon III anduvo tonto por demas el 2 de diciembre: disparó sobre el pueblo, y degolló cinco mil hombres y otras tantas mujeres. Qué va á hacer, Dios misericordioso, el viejo de la barba longa? va á soltar sobre las insurrectas un escuadron de lanceros de la muerte? va á entregarlas á Monsieur Chassepot, á Mister Remington? En las dos esquinas están emboscadas unas máquinas que parecen cañones: santo cielo, el bruto del viejo no va á dejar bicho con enaguas. Se abren los soldados; largos cuellos como de cisnes infernales se estienden hácia la plaza; fuego.... Qué tumulto, gran Dios, qué gritería! qué tropezar y caerse, qué dejar mantillas y zapatos, qué pedir misericordia! Eran, señor, media docena de bombas de incendio tales, cuales nunca los vió Chicago. Hizo aquel dia el presidente una sopa de viejas, que no la comiera Arrizaga con toda su inmortal apetencia. Maltraidas, aturdidas y descosidas, entraron las revolucionarias á sus casas con las orejas llenas de agua; y como mas de veinte de las principales perdieron el oido, ni mas volvieron á conspirar ni hacer motines.

Don Mariano Ignacio Prado, presidente del Perú, fué mas ingenioso en una apurada coyuntura. Sobre que al padre Masiá le habian cogido en Arequipa, y sobre que al padre Gual le habia puesto mala cara el ministro, y sobre que al padre Panza le habian quitado la albarda diciendo que no era jaez de caballo, tienen ustedes como dos mil señoras, flor y nata de limeñas, encaminándose al palacio presidencial á presentar *el ultimatum*. Dios sabe si padeció el excelente magistrado para hacerse oir y escuchar: á un tiempo hablaban todas, todas pedian algo, todas amenazaban. A fuerza de señas y de gestos, consiguió el pobre general imponer silencio á la turba femenina. "Señoras, dijo entonces, el gobierno está dispuesto á acceder á vuestras solicitudes, como sean razonables. Expóngalas en buen órden la mayor de todas".

Ninguna toma la palabra.

"He dicho que hable la persona de mas edad".

Ni chus ni mus en ese mar de gente.

"Señoras! es preciso que hable la mas vieja de ustedes".

En el limbo no se oirá silencio mas profundo.

En esto habian desfilado ya mas de mil ochocientas, como quien no dice nada: las restantes se fueron en seguida, sin despedirse del menor don Mariano del mundo. Desde entonces las limeñas, por no parecer viejas, están aguantando calladitas las providencias del gobierno contra los frailes subversivos.

AGUR!

El dia que vos nacisteis
Fadas negras vos fadaron,

dice el Arcipreste de Hita. Mis fadas fueron blancas: ya no dudo de que estoy bien fadado. Soy el único de los liberales á quien el año climatérico de la política no ha traido bofeton de mujer, rasguño, patada, escobazo, alpargatazo de beata, salivazo de bella dama, ferida ni muerte de ninguna clase. Si se caen las iglesias, si envenenan á los canónigos, si vuela en pedazos el Pichincha, será cuando yo me vaya. Agur!

Tipografia de Francisco Bermeo, por J. Mora.

EL REGENERADOR.

POR JUAN MONTALVO. NUMERO 8.

Quito, juéves 20 de diciembre de 1877.

LA INTERVENCION ARMADA.

Hemos llegado por fin al último grado de miseria y desventura á que suelen llegar los pueblos que van apurando las desgracias anexas á las humanas sociedades. Revoluciones, asesinatos, destierros sin cuento, burla de los derechos sociales, oposicion mortal de unos hermanos con otros, desórdenes por todas partes, represiones sangrientas, males son, y grandes: el último de todos es mal y deshonra, mal y vergüenza, mal y amenaza. La intervencion extranjera es síntoma de agonía para un pueblo, ó principio de un horroso despotismo que concluye por la ruina de la patria ó por la destruccion de los tiranos. El gaucho Rosas fundó la tiranía en Buenos Aires con la muerte de casi todos los hombres de luces y virtudes; pero no la sostuvo por veinte años sino merced á la intervencion extranjera. Los gobiernos de Francia y la Gran Bretaña intervinieron, y el opresor sacó provecho de ese acto benévolo de dos naciones tan ilustradas como poderosas: el tirano sobornó á sus representantes, y riéndose de su patria, se burló tambien de los protectores de ella. Intervencion espontánea de los gobiernos filantrópicos y justos en favor de un pueblo impotente contra sus verdugos, hemos visto; aunque la doctrina de la no intervencion está prevaleciendo en el derecho de las naciones. El reino de Grecia debe su emancipacion y libertad á las potencias europeas que le arrancaron de manos de los turcos; el de Italia debe su unidad á las jornadas de Solferino y

Magenta, donde los franceses rompieron las cadenas con que apretaban los austriacos. Estos casos no pueden servir de antecedentes que autoricen el que acaba de ocurrir entre nosotros, por cuanto son de naturalezas distintas. Sabido es que la Santa Alianza fué una alianza diabólica, acto injusto de tres potencias contra la libertad de las naciones, que no merece sino los anatemas de la historia; y la intervencion del gobierno frances en favor de los Borbones de España, es la mancha que afea esa grande, hermosa figura llamada Chateubriand. Nada de esto se parece todavía al horrible caso que es la angustia mortal, el insomnio de todo buen ecuatoriano: una division militar de granadinos ha ocupado la capital de la República; otra se ha detenido en sus umbrales. Como buenos hijos de la patria, como abogados de su independencia, como representantes del pueblo tenemos derecho para dilucidar este triste, negro asunto. Han venido los colombianos como aliados ó como enemigos: si como aliados, ¿ dónde nuestros agresores ? si como enemigos, ¿ dónde los hechos de armas con que les hemos obligado á evacuar nuestro territorio ? Las alianzas se verifican entre pueblos amigos contra enemigos extranjeros: así la Francia republicana tuvo derecho para buscarlas en toda Europa contra la invasion de los pueblos alemanes. Pero nosotros, en paz con las repúblicas vecinas, con las monarquías europeas, no hemos tenido necesidad de aliados, puesto que no hemos tenido guerra internacional. Como enemigos del Ecuador no han venido tampoco los colombianos: ni disension, ni guerra; paz con ellos, amistad y armonía; y con todo, ahí están que no acaban de pasar el Carchi hácia Colombia. Si vinieron llamados, fué sin duda en virtud de un pacto con el gobierno del Ecuador; si por su propio impulso, han invadido nuestro territorio en tiempo de paz. La Nacion no tiene noticia de tratado ninguno de auxilio con la república vecina; pactos personales y secretos no reconocen los pueblos republicanos; luego si existe un pacto entre los dos gobiernos, los gobernates de ámbos países han faltado á su deber, con grave ofensa de las dos naciones.

El Sor. Don Pedro Carbo, ex-ministro general, me

dijo á su paso por el Tunguragua: " Han querido hacerme firmar un convenio secreto de proteccion mútua entre los partidos triunfantes. Yo me he negado, como debia". El de este propósito indigno, este proyecto miserable fué don Venancio Rueda, representante de Colombia en Quito. Discurrió á su modo un contrato leonino, y se empeñó en corromper á un hombre de bien, en oscurecer á un hombre de luces. Semejante clase de contratos no está canonizada por el derecho de gentes, ni los suelen celebrar los partidos para los cuales patriotismo, independencia personal y nacional son punto de honra. Qué dirian los colombianos si hubiesen visto entrar á Bogotá un ejército de ecuatorianos, en razon de un pacto personal ó tratado secreto de su presidente ? Qué dirian los peruanos si viesen en el corazon de Lima un ejército de chilenos llamado por Prado para reprimir una revolucion interior ? Ni á los gobernantes del Perú, ni á los de Colombia les seria bien contado; y los protectores extranjeros no sabrian por donde volver á dedonde hubiesen venido. Aquí teneis, ecuatorianos, vuestra honra mancillada, vuestra independencia echada por tierra. Mañana subirá al púlpito cualquier fraile subversivo, y predicará un mal sermon contra el gobierno: vengan los colombianos. Mañana disparará un polizonte su escopeta en el corral: vengan los colombianos. Mañana gritará un borracho: "Viva don Antonio !" vengan los colombianos. Mañana cantará un gallo á media noche: vengan los colombianos. Mañana gruñirá un cerdo en su pocilga: vengan los colombianos. Mañana profetizará una beata la muerte del caballero Rosa Cruz de los masones: vengan los colombianos. Mañana le favorecerá una vieja con un alpargatazo al mas pintado hereje del gobierno: vengan los colombianos. Mañana le dará un cólico á uno de nuestros ochenta generales: vengan los colombianos. Mañana le estará andando un cientopiés debajo de la peluca á la mas radical de nuestras madres de la patria: vengan los colombianos. Mañana se clavará un afiler en la rodilla la barragana de fray Quintin, sobrina del sargento mayor Gerundio Flautas: vengan los colombianos. Mañana se meterá por la ventana un pajarito, y picoteará las migas

en la mesa del cura de Santa Prisca: vengan los colombianos. Mañana dará un estornudo en su oficina un empleado, y se le colgará en la nariz uno como de pavo: vengan los colombianos. Y los colombianitos allí prontos para acudir al peligro del partido liberal. ¿Qué nacion es esta? qué república? En cuanto á la honra militar, respondan los generales que tienen necesidad de ejércitos extranjeros para prevalecer sobre los enemigos interiores. El jefe supremo ha calificado de *montonera* ruin la invasion del pobre Yépez; y para una montonera ruin, no solamente se confunde la República, sino tambien se han menester protectores armados de otros países, divisiones militares que profanen el suelo sagrado de la patria, pongan en duda la autonomía de este pueblo, y nos dejen ardiendo las mejillas de vergüenza? Si han venido los colombianos sin que nadie los hubiese llamado, han debido ser tratados por el Ecuador como agresores injustos, y por Colombia deben serlo como infractores de sus leyes y culpables de desobediencia. Nuestro gobierno, si en algo tiene la honra nacional y la propia, pedirá explicaciones y satisfacciones al de Bogotá; ni el derecho de gentes ha de ser letra muerta en naciones que anhelan por levantarse en alas de la civilizacion. Nos dejarian los granadinos salir de Bogotá así, tan frescos, si de repente entráramos en tres ó cuatro divisiones á esa capital, sin que nadie nos hubiese llamado? Los granadinos se han ido de Quito, no solamente frescos, sino tambien sin cuidado de que les falten municiones de boca. Esto no puede ser. Alianza de dos partidos contra sus naciones respectivas, no tiene precedentes en el derecho internacional. Guerra civil es la doméstica, esta guerra insensata en que nos rompemos la cabeza puertas adentro, y nos curamos despues mutuamente limpiándonos el rostro con pañuelo empapado en lágrimas de arrepentimiento. La guerra civil trae consigo mil desgracias; independencia, pundonor, libertad de todos no corren peligro. Buscar protectores extranjeros contra una revolucion, es hacer mil horribles confesiones. Desde luego confesamos nuestra impopularidad; en seguida ponemos de manifiesto nuestra falta de valor; y por último dejamos conocer que la vergüenza no nos sonrosea divinamente el alma. En sus guerras intestinas ha ido nunca ningun partido de Colombia á buscar auxiliares en Venezuela, ha venido á solicitar nuestra intervencion armada? Conservadores ni liberales, en el Perú, nunca han llamado chilenos contra peruanos: combatense los partidos, vence el mas popular ó el mas valiente; y cuando las fuerzas no le ayudan á uno, cae, sucumbe, y á nadie le ocurre pedir auxilio á nacion extraña contra sus propios compatriotas. Al Ecuador le ha cabido esta desgracia. El gobierno del general Veintemilla debe una satisfaccion á la República, una explicacion al nuevo mundo. Este no mirará con indeferencia un acontecimiento inaudito, el cual pudiera servir de antecedente pernicioso, si llegara á suceder que argentinos, chilenos, peruanos, venezolanos y colombianos perdieran algun dia del todo las nobles afecciones del rubor y el pundonor.

El gobierno de Bogotá, si no existe el pacto secreto, sujetará á juicio á los generales que han violado el territorio de una nacion amiga; si existe, cae en caso de ménos valer, exactamente lo mismo que el del Ecuador, siendo asi que nuestras reflexiones respecto del uno corresponden al otro por la misma regla. Los liberales de Colombia, los héroes de Manizales y los Chancos, fanáticos por el buen nombre de su patria, no vendrian, por mucho que llegaran á envilecerse, á pedir cuatro ó seis mil hombres al Ecuador contra los conservadores. Alianza de dos partidos de diferentes países contra los enemigos interiores de cada uno, repetimos, es caso nunca visto ni oido, contra el cual protestarán liberales y conservadores de toda la América del sur. El general Veintemilla va á ser presidente, no hay remedio; ahora vamos á ver, si le da la gana de perpetuarse en el mando, no tendrá sino que dar aviso á los liberales de Colombia para que vengan á supeditar en su favor al pueblo ecuatoriano? ¡Buen papel para una república que se precia de ser la mas ilustrada y libre de la América española! Si los auxiliares de Colombia no han sido llamados, como dicen, este caso no puede quedar muerto en el olvido: tras que seria por todo extremo perjudicial la to-

lerancia, seria tambien indigna cosa, y mereceria la censura de cuantas son las gentes. ¿Con qué derecho hablarán en sus proclamas nuestros gobernantes de libertad, popularidad, seguridad pública, afecto de los pueblos, despues que han recibido un ejército extranjero en guerra civil contra unos *miserables montoneros*, como los denominan ellos mismos? El gobierno de la Union Colombiana está obligado en la ley de justicia, y aun por su propio decoro, á dar una satisfaccion al Ecuador. Si existe el pacto secreto del infelice Rueda, debe declararlo roto y caducado hoy en este dia. Mátense allá entre liberales y conservadores; aquí haremos lo propio; pero unos y otros respetemos las divinidades de la patria, esos genios invisibles que andan soplando en el pecho el fuego del amor, prendiendo en las mejillas las llamas de la vergüenza.

Los perjuicios que de una manera inevitable hacen ejércitos extranjeros al paso por una nacion, prestarian asunto á un escrito especial: los que han hecho las divisiones colombianas que áun no acaban de evacuar nuestro territorio, no seré yo quien los refiera. Casos lastimosos, casos horribles tocantes á la honra del género humano y á la civilizacion universal, sobre la ruina casi completa de una rica provincia. Habiánme dicho que Figueredo era jóven culto y humano: los héroes nunca son bajos, ladrones ni canallas. Las hazañas de ese muchacho en la guerra no se compadecen con las proezas de sus soldados en los pueblos de Imbabura. Parece increible que el mismo que se bota sobre las trincheras enemigas con un puñado de valientes, ve morir á todos sus comilitones á su lado, y vuelve á su campo con una bandera enemiga en la mano; parece increible, digo, que ese mismo sea el que, viniendo como aliado, sale como conquistador, sin dejar aspa de res ni pelo de caballo en toda una provincia amiga. Tancredo, el jóven Reinaldos comunicaban un resplandor divino á sus laureles; y no ha llegado á nuestro conocimiento que Hoche hubiese vuelto suyas las riquezas de la Vandea, ni Marcau hubiese dado la tala á las orillas del Rin. Ser general por los hechos de armas á los veinte y dos años de edad, es ciertamente levantarse un palmo sobre los mejores; pero sin alma pura y elevada, no puede haber hombre ilustre. Si á los *aliados* tratan de este modo esos guerreros, ¿cómo tratarán á los enemigos? Tengo la satisfaccion de pensar y creer que Figueredo no tiene otra culpa sino la de no haber tirado la rienda á sus soldados, y eso quizá por que no lo pudo. Es muy penoso, miren ustedes, esto de ver afeada una hermosa figura militar con las deformidades que apocan mas y mas hasta á la gente ruin. Preciso es saber lo que es un ejército en tierra extranjera, para contemplar en cuan dificil les hubiera sido á los generales auxiliares contener á semejantes soldados. Los prusianos, cuando salieron de Francia, no dejaron ni clavo ni estaca en la pared: el emperador de Alemania mandó á Paris, en via de restitucion, un sinnúmero de objetos transportados por su ejército: en cuanto á la deshonra de las mujeres, dijo que no estaba en su mano remediarlo. El general Pedro Márcos de de la Rosa es un valiente en cuyo carácter resalta la moderacion. Así las notas oficiales de los alcaldes de Imbabura, como las cartas de personas particulares, acreditan que la division de Rosas ha pasado en órden, como gente de bien y pundonor. Es un vivo placer para nosotros el que nada tengamos que decir contra uno de los liberales mas distinguidos del Cauca y uno de los colombianos mas valientes. Conocemos á Don Pedro Márcos: el héroe de Silvia no puede echar tierra á su buen nombre. Cuando venga al Ecuador, no en virtud de un pacto secreto, sino como persona particular, verá si en este país tiene amigos sinceros y afectuosos. Ni Figueredo es culpable, a mi ver, de los desmanes de sus soldados: no hay caudillo poderoso para poner á raya á hombres alimentados con la sangre de cien campos de batalla, para quienes la licencia es de derecho natural mientras corren las aventuras de la guerra. Pero Don Ignacio de Veintemilla, el bueno de Don Venancio no previeron estas cosas, no meditaron en ellas! El mejor hombre de estado será siempre el que haga á los pueblos la ma-

yor suma de bienes, y aparte de ellos la mayor suma de males posible. Yo sé que me expongo al tercer destierro, ó á cosa peor, al expresarme con este desembarazo; mas si no hubiera un ecuatoriano que alzara el pecho gimiendo por estas calamidades, protestando contra estos abusos, todos se hallaran en aptitud de llamarle al Ecuador "pueblo vil" "pueblo infame"; y lo que tambien es malo, aunque no peor, "pueblo ignorante", "pueblo ciego". Por lo demas, saltando esta á la vista que hago mis reflexiones sin cólera ni aborrecimiento, fundándolas en el derecho de las naciones y la honra de los pueblos. Obligacion es de todo ciudadano mirar por la cosa pública; y deber de los que tienen voz levantarla hasta el olimpo, si el caso lo requiere. Lástima da ver desvirtuado, desperdiciado el valor de nuestro ejército con estos clamores del miedo, estos ademanes de pedir socorro. Dos mil veteranos que componian la guarnicion de Quito hubieran sido suficientes, sin contar con los mil quinientos valerosos tunguraguas, para debelar *la montonera* de Manuel Santiago; digo mas, hubieran podido presentarse en Ayacucho y hacer rostro al rey de España. Mil valientes disciplinados, armados del invencible rémigton, leales y poseidos del furor guerrero, se llevan por delante diez mil enemigos agregadizos, no que ochocientos rústicos de palo y cuchillo. No echais de ver, personajes del gobierno, generales del ejército, cuán grave insulto envuelve esto de venir contra vosotros con cuatro fusiles de piedra, con palos y cuchillos, con apartadores, como si fuerais bueyes? Pues yo castigaria en el tal Manuel Santiago, no la conspiracion y la invacion, sino esa desvergüenza. Setenta hombres de linea, á órdenes de dos oficiales heroicos, han bastado para desbaratar y poner en fuga al enemigo. Los cholos de Quito son leones: si vencidos y avergonzados, por falta ha sido siempre de cabos que supiesen su deber. Buen general, buen coronel, buen capitan, y el soldado ecuatoriano puede presentarse en Plevna y darle en que entender á Osman Bajá.

EL SUFRAGIO UNIVERSAL.

El derecho de sufragio es el que todo ciudadano tiene á la participacion en el gobierno, en las naciones cuya forma es la monarquía constitucional ó la república democrática, alternativa y electiva. La eleccion directa, que es el timbre de los pueblos libres, no es descubrimiento moderno. En las repúblicas antiguas el pueblo elegia inmediatamente los magistrados desde el mayor hasta el menor. Así es como los romanos se congregaban el dia que el pavellon sagrado amanecia flameando en la cumbre del Janícula, y por el voto de la mayoría, cónsules, ediles, pretores y cuestores levantaban en el Foro cabeza de grandes magistrados. Las naciones mas adelantadas en nuestros tiempos son las que mas han conseguido extender el derecho de sufragio, extendiendo el número de electores. Los electores salen de la escuela; luego el derecho de sufragio guarda proporcion con las luces generales, y está declarando que el pueblo que puede elegir, puede gloriarse de ser de los mas felices. El triunfo de los republicanos en Francia es haber planteado el sufragio universal; su anhelo se cifra en extenderlo mas y mas, hasta que no haya ciudadano que no sea elector y elegible. Sabida es la oposicion que los monorquistas han hecho á la ley santa del sufragio; sabidos asimismo los esfuerzos de los demócratas para convertir en costumbre esta saludable innovacion de las instituciones antiguas. En los imperios cuya forma de gobierno es el despotismo, el sufragio es cosa desconocida, y si conocida, absurda. El czar de Rusia nombra sus senadores, y son vitalicios: el Gran Turco mismo, en su flujo por seguir la corriente de la civilizacion europea, ha creado un senado, cuyos miembros son de su propio nombramiento. Los pueblos nada tienen que ver con esos senáculos de cortesanos prontos á sancionar la voluntad del déspota. En la Gran Bretaña, por el contrario, el Poder Legislativo emana del pueblo: el Parlamento se compone de vocales que han obtenido la mayoría de sufragios en las justas sublimes donde esa gran nacion le da en rostro al mundo con su sabiduría práctica y su libertad mas respetada que el tro-

no. El ahinco de los filántropos ó amigos del género humano es propagar la enseñanza: nadie puede ser elector ni elegido sino llena el requisito de saber leer y escribir: los que quieran tener muchos electores, ó muchos ciudadanos entre quienes repartir los cargos públicos, enseñen á leer y escribir al mayor número posible de individuos, esto es, ábranle los ojos al pueblo para que vea, los oidos para que oiga. Si no vé ni oye, ¿cómo ha de pensar? ¿cómo ha de expresar un dictámen que no forma en su conciencia bronca é insonora? De las primeras letras nacen las segundas: el que sabe leer y escribir está en canimo de ser filósofo, sabio, hombre grande, que sea sastre, que sea carpintero. En las naciones que vejetan bajo el yugo de la monarquía absoluta, fuera de la clase, no hay salvacion. La naturaleza está frustrada por la ley humana; los hombres le salen al encuentro y desbaratan sus virtudes. Qué le hubieran aprovechado á Lincoln sus dotes naturales si naciera este grande hombre en Rusia ó en Turquía? Carpintero fué de niño, carpintero fuera de viejo; y los Estados-Unidos no enseñaran al mundo ufanos uno de sus mas ilustres presidentes. En este concepto libertad es madre de la inteligencia: nace esta en sus brazos, se desenvuelve, crece, y segura en su regazo, está resplandeciendo é iluminando el universo.

Un hombre salió un dia de su taller por aspirar un poco de aire y estirar los miembros. Vió luego por ahí que estaban en elecciones: se llegó á una mesa, y dió su voto. El año siguiente volvió á darlo, y él mismo tuvo algunos sufragios para un cargo público. La política cuadró con su genio: se puso á leer periódicos en sus ratos de ocio. Leyó, y le entró la gana de escribir; escribió, y dijo cosas buenas. Era sastre el artesano: por la mañana cortaba, por la tarde leia. Habia sido costumbre en él coser de noche; dejó de coser y se puso á leer. Las obras estaban recopilandose en la tienda; arremangaba el brazo, y de un tiron se llevaba el trabajo de dos semanas. Con todo, empezaron ya los reclamos. Un dia pasó un comerciante gordo, rubicundo, mas barriga que piernas, y como de pura ocasion le dijo: "Maestro, y mi gaban?" "Dispense usted, Mister Smit: un insulto mas

que mediano . . . El lúnes sin falta".

Otro dia se asomó á su puerta un viejo de anteojos y peluca, y entre colérico y gangoso, le dijo: "Maestro, y mi sobreveste?" "Mister Mórton, querido Mister Mórton, el domingo, ó no soy el hombre de bien que usted conoce."

Un lechuguino cayó allí esa misma tarde, y acomodándose en la cuenca del ojo la luna cuadrada que usan los de su clase, le dijo: "Maestro, y mi casaca?" "No se dirá que Mister Rímbaw, exclamó el sastre, no asistirá con ella al último concierto de miss Wilson. El sábado á las cinco de la tarde; tóquela, usted, jóven hermoso." Oficiales habia, cortador faltaba. El maestro empezó á leer tambien por la mañana: cuando hubo leido una ocasion un gran papel llamado *The Herald* ó "El Heraldo," echó la tijera al suelo por acomodar en el mostrador su buen papel, y escribió él solito un articulon, que bien se hubiera prestado á que se le midiese con vara. El hombre, digo el artículo, le pareció al autor mismo largo, sobradamente largo: le dió un tijeretazo con la pluma, y le cortó la cabeza. Púsole otra mas proporcionada, mas redonda, mas perfecta. Acometióle en seguida al gigante por los pies, y de otro tijeretazo le voló las piernas. Si la cabeza nueva salió bien, las piernas quedaron mejores: parecian de mujer las intregantas: bien torneadas, gordas, blancas; de morirse por ellas. El mágico se sonrió: estaba satisfecho de su obra, y la mandó al *Evening Herald*. El escrito del sastre, mejor que sus levitas. Jhonson no cerró su taller, por modestia. Dicen que cuando fué presidente de la Union Americana, pedia permiso al cuerpo diplomático, estando en audiencia, se metia á su recámara, y daba de prisa cuatro ó seis docenas de puntadas bien dadas en sus propios pantalones. El derecho de sufragio popular convirtió un mal sastre en uno de los ciudadanos mas prominentes de los Estados-Unidos.

La indiferencia de ciertos pueblos por este precioso derecho es uno de los síntomas mas temibles de la enfermedad de que están adoleciendo. Los opresores labran al fin esa indeferencia: los pueblos llegan á mirar con tedio la regalía que en último caso les puede sacar de la servidumbre, ó proporcionarles honrada y buena muerte. Siem-

pre miraremos como menos funesta la guerra en las aras de las elecciones, que la torpe indiferencia. El pueblo que prescinde, por falta de amor á la libertad, ó por sobra de miedo á la tiranía, es pueblo ruin: vive esclavo, y ha de morir infame. García Moreno, despues de haber hecho tánto por labrar esa indiferencia, echó de ver lo negro de su obra: tuvo vergüenza, se irritó de verse elegido sin electores, y lleno de cólera exclamó una vez: "Pueblo vil, pueblo incapaz, así te burlas del mas precioso de tus derechos!" Y era que los tres ó cuatro sufragantes que acudian á las mesas electorales, iban á dar sus votos por beatas, idiotas, personajes célebres por la ineptitud ó la ridiculez. García Moreno habia sembrado iniquidad á manos llenas; cosechó amarguras, bebió sangre y comió muerte. De qué derechos hablaba el tirano, cuando ninguno le habia dejado al pueblo? Nadie podia sufragar por nadie: tres ó cuatro tunantes iban, y sufragaban por negros, locos, mendigos, monjas, dándole á entender que ántes por ellos que por él. Cuando el sufragio universal saque de los talleres sastres y carpinteros, y los ponga en el solio á causa de la sabiduría y las virtudes, no ménos que á escritores como Greeley y á generales como Grant, será un precioso derecho; cuando se niegue á la libertad y se ofrezca á la fisga de los truhanes, será una supercheria de los tiranos.

Como se verifican las elecciones en muchas de las repúblicas Hispano-Americanas.

El partido liberal en las monarquías europeas arrostra las fuerzas que se le oponen, embiste con vigor, y lucha con perseverancia por la conquista de los derechos que él tiene entendido pertenecer al pueblo; mas una vez que se halla en posesion de uno de ellos, lo disfruta sin obstáculo, y no ha menester quejas ni reclamos que le aseguren cada dia nuevamente el libre ejercicio de sus facultades. Los legitimistas, en Francia, se han opuesto con horrible teson al planteamiento del sufragio universal, sin que este hubiera sido en ningun

tiempo del gusto de los gobiernos anti-populares: una vez reconocido y establecido por la ley el sufragio universal, nadie le toca ni le ofende: los ciudadanos acuden á las mesas electorales, y ay del gobierno que intentara poner trabas á esa práctica sublime de las naciones republicanas ó que se inclinan al republicanismo. Napoleon III. tenia el título de monarca constitucional; en realidad de verdad era déspota, esto es reinaba conforme á su capricho; y con todo, su respeto por el derecho de sufragio era tan profundo, que entre las mil tropelias y desvergüenzas que cometió durante sus diez y ocho años de poder absoluto, nunca se vió que acometiese á irrogar al pueblo frances tan grave injuria como lastimarle en la mas sagrada de sus regalías. Lo mas que hizo fué propender al anulamiento de ciertas elecciones, fundándose en motivos justos, ó de tal naturaleza que admitiesen el semblante de la justicia. Empero los electores, gente de sangre en el ojo, volvian á elegir con mas firmeza á los mismos á quienes el emperador rechazaba, temeroso del temperamento republicano y levantado de hombres como Grévy, Thiers, Gambetta y otros campeones de la libertad y los principios liberales. Mac Mahon, actual presidente de la república francesa, no es republicano; antes en palabras y hechos está manifestando su predileccion por la monarquía: como presidente respeta las instituciones que le vuelven magistrado legítimo; como hombre de bien y pundonor huye de abusos y escándalos que le perjudicarian en la opinion de su patria y las naciones europeas. El viejo Thiers, cabeza del partido republicano, fué elegido últimamente diputado al cuerpo Legislativo por veinte y siete departamentos. No nos admire tanto la popularidad de ese hombre, cuanto la veneracion á la ley de parte del Gobierno, y la libertad de los republicanos en presencia de monárquicos tan ciegos y tan descomunales ministros como el duque de Broglie. Lamartine se alaba de haber sido enviado á la *Asamblea Constituyente* por diez departamentos: no era mucho: despues de una revolucion republicana de la cual habia sido protagonista, pudo haber sido electo por cuarenta provincias. Thiers, el viejo Adolfo Thiers, ese hijo de la plebe elevado á la primera

línea de ciudadanos y varones ínclitos por sus méritos, fué electo diputado por veinte y siete departamentos, teniendo en contra suya ministros y presidente. Si Mac Mahon hubiera remitido á cada provincia su lista respectiva, con órden á los jefes civiles y militares de hacer elegir á esos individuos, Mac Mahon estuviera á la presente refugiado en Inglaterra, ó colgado de los pies en la columna de la Bastilla. La tirania es fruto del miedo y la ignorancia: tanto mas libre un pueblo cuanto mas ilustrado, y tanto mas infeliz cuanto ménos animoso. Todo pueblo merece su fortuna, ha dicho un buen hablador: pueblo que no quiere ser esclavo, ha de ser libre rompiendo por las costillas de la muerte. ¿Cómo sucede que los republicanos franceses tengan en el parlamento una brillante mayoría, cuando el Gobierno está compuesto de monarquistas como Mac Mahon y de Broglie? Sucede de este modo: Mac Mahon y de Broglie no hacen sufragar veinte veces á cada soldado, áun cuando este no cumpla con los requisitos de la ley: no mandan á las provincias dictadores *ad hoc* que lleven las mesas electorales á los cuarteles, ni los jefes de batallones se guardan las noches las urnas de sus celdas: no hacen dar azotes á los primeros desgraciados que van á sufragar por la lista de la oposicion: no meten presos á los liberales influyentes la víspera de las elecciones: no principian por aterrar á los adversarios con asesinatos y crímenes de todo linaje: no violan á escondidas los depósitos de sufragios, para sostituir unos con otros: no hacen rodear las mesas por esbirros de aspecto feroz ni gente armada: no conminan con el destierro á los candidatos de los libres, caso de que apesar de todo sean elegidos. En los pueblos civilizados puede haber partidos retrógrados, que ora por conviccion, ora por conveniencia, no profesen las ideas del progreso ni abriguen en sus pechos amor á la libertad; mas no hay bárbaros que llamen *eleccion* el ejercicio brutal de la fuerza, ni que levanten el trono del terror sobre la mesa del sufragio. La urna que cotiene los votos del pueblo lleva en sus entrañas el corazon de la patria: ánfora violada, ánfora vilipendiada, ánfora escarnecida, tú, símbolo de esclavitud y vergüenza, no ocultas en tu seno impuro sino la

muerte en forma de ceniza; y no la ceniza delicada, blanca, santa que Agripina trajo á Roma en un vaso sagrado; la ceniza del amigo de la libertad sacada de una pira sublime; la ceniza de Germánico, mas ántes la ceniza de Tiberio, ceniza negra y maldecida, ceniza que los ambiciosos mal intencionados echan á los ojos á los pueblos para caer sobre ellos y amarrarlos. Le lucha de palabra, la sangre vertida en campos y ciudades, este ridículo guiregay de *patria*, *libertad*, *principios* nada prestarán miéntras no rompamos las tinieblas de la ignorancia por entre las cuales los pueblos se arrastran de barriga. Al templo de la libertad entramos por el pórtico de la luz: en tanto que todo sea oscuro, brillarán solamente esos rayos sanguíneos que se desprenden de la espada; y no la espada limpia, larga y primorosa de la ley, sino esa hoja puerca, bronca y torcida con que la barbarie anda dando tajos y fendientes sobre todo lo que resplandece é ilumina. La espada bárbara es el negro apagador del sol: llamo aquí sol el estudio, la cultura, el reinado de la inteligencia y la filosofía. Caballeros de capa y espada, si sois servidos, me responded ahora: ¿no prestaría mas para vuestra felicidad y vuestra gloria que empuñaseis la espada de San Martin, Sucre, Santander, héroes libertadores, héroes sábios, hombres cuyos honores tenian por fundamento el mérito; espada civilizada, humana, santa; presea sin igual en el gran museo de la América del sur; no prestaria mas, decimos, que empuñaseis esa espada, y no la ruin pica, el rejon ignoble con que venis punzando y arreando á los miserables pueblos? Pensais que ese *apartador* de bueyes que os deshonra el brazo es espada? teneis entendido que ese pelo de Medusa que os colgais al hombro es charretera? Espada es la de Marceau, la de Hoche, héroes de la república, libertadores, grandes hombres: charretera es la de Bolivar, de Belgrano, padres de la patria, santos del nuevo mundo. Solo en pueblos libres pueden brillar los verdaderos militares: entre galeotes se llaman capataces los que van tras ellos con la verga en la mano; y entre locos, los cómitres ciñen á sus sienes la corona del hospicio. Pueblos esclavos, lazaros del alma, ¿no denominais mayordomo al que os cuida, vigila y castiga en el lazare-

to? Los héroes de los rebaños se llaman Quijotes: los caudillos de pueblos libres, pueblos grandes, son Temístocles, Camilo Furio, en la hoja de cuya espada están impresos los libros sibilinos, esto es la sabiduria aplicada á la felicidad de la patria.

Miéntras veamos á un general entrar con sus soldados á un pueblo, y preguntar por la escuela, el colegio, para echar allí su gente, sus caballos; miéntras veamos tomar á los maestros y ponerles gorra; miéntras el indio del hacendado, el burrito del pobre, la veta del arriero sean bienes mostrencos, propiedad legítima del primer soldado ocupante, no pensaremos jamas que hemos dado un paso hácia ese globo de luz que llamamos civilizacion en cuyas entrañas van los dioses. Los triunfantes se titulan libertadores, civilizadores, regeneradores; los vencidos los designan con los nombres de tiranos, bárbaros, egoistas: si los vencidos vuelven al trono del poder, son restauradores, y los libertadores de poco ha quedan de ladrones y bandidos. Patriotismo, hombría de bien, pundonor son cosas nuestras; salvo que si nos vencen los enemigos, nos cuelgan por traidores, pícaros, infames y sicarios de la tiranía. Hacen bien; si ellos caen en nuestras manos, les cobramos con las setenas. Todo el que no es de nuestra camada es un Miramelaseña que nació para la horca; pero suceda que se pase luego á nuestro partido, consumando una fea traicion á los suyos, por arte de encantamento viene á ser un Lafayete de virtudes y patriotismo. Y lo mejor es que el pícaro nunca ha sido otra cosa; sino que así, por casualidad, por puro capricho ha estado cuatro dias con esos pillos; ahora es el verdadero patriota, el verdadero liberal, el hombre de los servicios eminentes y las grandes esperanzas. Pueblo donde no rija la ley de la sancion moral, es perdido: la infamia no sucumbe sino oprimida entre dos partidos igualmente pundonorosos: tan infame es el tránsfuga, como imprudente el que ofrece abrigo en su seno á la traicion escondida en un bellon de lana. Los gobernantes para quienes la virtud no es fregona despreciable, aceptan las obras del traidor, si lo requiere la situacion de las cosas; al traidor, le cuelgan del cuello una bolsa de oro, y le entregan al verdugo: se va el infame bien pagado á los infiernos. Una es la desercion ignominiosa, otro el convencimiento: hagamos prosélitos por medio de la elocuencia, y engrosemos nuestras filas con los buenos: la canalla de un partido no es la conquista en que se empeña la política; la política, esto es la filosofía práctica, que moviendo la lengua y la pluma pone en órden el asunto de los pueblos. Pero qué saben de estas cosas las elecciones? Cualquier bribon que ofrezca el voto será electo á sangre y fuego: uso corriente en Sud-América, hemisferio de la libertad; inaudito en los pueblos donde la civilizacion es cosa palpable.

AMNISTIA.

La tolerancia que proviene de flaqueza, el desentendimiento á que nos obliga la falta de valor, suelen producir efectos muy contrarios á los fines de las leyes y los propósitos de los buenos gobernantes. Los apocados, los cobardes son la viga adonde se suben las ranas y la convierten en estercolero. Por eso, tras la rectitud, la inteligencia, la energía es prenda sin la cual no puede haber emperador sublime, gran rey ni elevado presidente. Energía, no esa fuerza brutal de los tiranos, esa tenacidad inmeditada de los tontos, sino la firmeza del hombre justo que cumple sus deberes, hace respetar las leyes y comunica respeto al gobierno que apersona, volviéndose respetable él mismo. La energia ha de ser llena de discernimiento: virtud es esta en la cual tocamos el alma del que estamos examinando; por no decir que es la piedra de toque donde resuena la importancia de los varones eminentes. Impetu ciego no es virtud; constancia en la maldad no es energía: energía es el noble empeño de la justicia, la dignidad encarnada en robustos y hermosos miembros. Enérgico es el hombre que pone á raya al provocador injusto; enérgico es el magistrado que no tolera incursiones dentro de su jurisdiccion; enérgico es el gobernante que hace temblar á los malos ciudadanos y mirar las leyes como divinidades inviolables. Todo lo que

sale de los límites de la razon y el deber no se llama energía, mas áun soberbia, orgullo, opresion, necedad, ridiculez. La tolerancia suma, ora provenga de benevolencia extremada, ora de miedo, es defecto perjudicial: el hombre que la tiene por carácter será víctima de todo el mundo, por cuanto donde vemos una viga, todos somos ranas á quienes ella está provocando. La cólera no siempre es pasion nociva; muchas veces conviene, á las veces es necesaria, y en ocasiones nos salva de grandes males. Pero uno es cólera, otro energía: cobardes, flacos hay que viven muriendose de cólera; y personas enérgicas que no sienten ira sino cuando esta afeccion comparece en el ánimo con semblante de genio bienhechor. Entre la bayeta negra y la púrpura de Tiro, no vacilaré en echar mano por la tela que sirve para manto de reyes.

Energía y magnanimidad no son contrarias, sino afecciones tan avenideras una con otra, que en las almas superiores vienen asidas por la mano. Cuando el perdon no es flaqueza redundante contra la República, es preferible á la dureza con que ciertos hombres inflexibles castigan, mas por venganza, mas por interes que por necesidad. Yo sé muy bien que el escarmiento es preciso para con los reinsidentes, y que sin penas los delitos no dejarian espacio para las virtudes; pero sé tambien que la constancia en la misericordia vuelve al fin agradecidos é inocentes á los conspiradores. Soy de parecer que, por generosidad, por magnamidad, por política perdonemos nuevamente al *partido de Dios*, y les hagamos ver que los hijos del demonio sabemos levantarnos al empíreo en alas de la compasion y el amor, blancas aves que se andan por el mundo de los buenos con la rama de olivo en el pico. Para culpas tan generales como la presente, nada mas acertado que la amnistía general. Agusto, por consejo de su mujer Livia, perdonó á Cina y sus cómplices, despues de mil y mil conspiraciones concluidas en mano del verdugo, y pudo la clemencia lo que no habia podido el rigor: Augusto fundó esa paz que llamamos octaviana y ese órden admirable de cuarenta años. Veintemilla ha sido sobradamente enérgico con los amigos; á los enemigos les ha dejado

en aptitud de conspirar despues de cada conspiracion desbaratada. Si ha procedido de este modo á impulsos de las pasiones mas nobles del corazon, ha hecho bien; si por falta de energía, por invencible apego á los que le abominan y repudian, ha hecho mal. Ahora que está dando señales de rigor, á nosotros nos toca intervenir en provecho de nuestros intransigentes enemigos. No hay cosa que mas cautive que un gran acto de nobleza: la voluptuosidad del perdon deja en el alma una larga huella de luz divina, luz olorosa que conmueve profunda y deliciosamente la organizacion humana; la organizacion, se entiende, en la cual todo es perfecto y está bien coordinado. Seguro es que los santos padres y las santas madres, los santos cholos de los barrios y las santas indias de la Carnicería; los santos perros y las santas piedras de Quito no volverán á levantarse contra los masones á nombre del catolicismo: han visto ya que por milagrosos que los frailes sean, nada pueden contra hombres de guerra pueblos desarmados. El corazon de Jesus se pasó á los herejes, como ellos mismos dicen por boca de sus viejas impías. No habiendo temor de mas revoluciones, el escarmiento es innecesario. A causa de haber sido tan general el delito, la política debe considerar inocentes á todos: el diezmo, la quinta de cabezas humanas son mas contrarios á la civilizacion moderna, que el diezmo y la primicia de espigas y mazorcas. La Convencion merecerá bien de Augusto, si publica sin pérdida de tiempo un decreto de amistía. ¡Pues las monjas! no están multadas esas pobres difuntas, á causa de *la montonera* de Yepecito? Le han mandado provision de escapularios las bribonas; escapularios, rosarios, libritines de misa, pan bendito, algodones sacados de orejas de santos, y otras municiones con que Diego Yépez trataba hacer riza entre los moros. Sabido es que el apóstol Santiago, patrono de España, compareció en la batalla de Alarcos, caballero en un bucéfalo, y dió buena cuenta de los enemigos de Jesus, cuando los cristianos iban ya de vuelta y media: no de otro modo nuestro Manuel Santiago pensaba no dejar hereje con cabeza, mediante el pan bendito de las monjas y las botellas de agua de Lourdes que le enviaron junto con la

cerveza de campaña, esto es la chicha ó vino de don Antonio. Pero se le fué la albarda á la barriga, ó le salió el sueño del perro, como dicen, á causa, sin duda, que las buenas de las carmelitas estaban pensando en el diablo cuando hacian los escapularios redentores. Si no ha sido mas que eso, yo de bonísima gana les remitiera la pena á esas pobres reclusas, que harto castigadas están con la falta de aire, movimiento y amores. Aun cuando no fuera sino en consideracion á su sexo, esa multaza no depone en favor de los que se la han impuesto, porque tal desaguisado es contra las reglas de la caballería. Quién, por poco que entienda de andantes armas, y áun de historia, no sabe que cuando el vencedor entra una ciudad, las hembras quedan libres de culpa y pena? Igualar á las dulces nuestras enemigas con mogicones como nosotros, es no saber de la misa la media en punto á corte y á cortejo. ¡Y quién dijera que Don José María, hoy azote del bello sexo, ha sido el mas gentil enamorado y melifluo galan que nunca tomó cartas en los Arrestos de Amor! Vamos, buena pieza, viejo admirable, en memoria de esos laureles con que el mas bonito de los dioses te ha ceñido la frente, perdona á las pobres monjas, que cuando tú pelees por la religion, te han de ayudar tambien con un buen convoy de escapularios, algunas cajas de agnusdei, y quien sabe si con una esquirla de la canilla de San Pancracio. Tocante á los buenos dominícos y mercedarios no digo nada: ellos se tienen cuarenta mil pesos de renta para morirse de hambre todo el año: sino hay amnistía general, que den algo para escapularios de los rojos. Si no los tenemos, es por falta de con que comprarlos, y de ninguna manera porque no nos parezcan eficaces para salir con la victoria. Vencíonos en Cuaspud Don Tomás Cipriano de Mosquera; mas fué porque sus rosarios habian sido mas largos que los nuestros; y porque si nosotros le llevamos cuentas como cocos de Chile, él nos trajo avemarías como huevos de pava. No hay duda en que Mascachochas tiene la letra menuda. García Moreno les hizo tomar á sus capitanes siete baños de asiento de agua bendita, les cargó de relicarios, les ungió con saliva de San Pedro, les abrió cerquillo y les mandó á darle al viejo con

el santo cristo en la cabeza. Taita Mosca, que en esto de religion y santidad es el mismo diablo, les dejó con la boca abierta á sus católicos agresores, cuando les sacó del seno un puñado de cruces, abalorios, santitos de corozo, estampas de la Vírgen, milagros pintados, y principalmente un chafarote de dimenciones tales, que el bueno de don Juan José se pegó un susto de mujer en cinta, y se vino á toda carrera á abortar en manos de ese comadron formidable que se llamaba don Gabriel Tapalotodo.

Quedamos, pues, en la amnistía, señor don Ignacio, y me lo da usted con fianza.

La suerte de los hombres de buena fé en este mundo pecador.

No hay pícaros mas consumados que los hombres de buena fé: ese es un pillo, dicen todos, cuando saben que ha hablado la verdad; y si tiene la desgracia de expresar sus opiniones francamente, es seguro que tiene entre manos una intriga por donde se quiere salir á la presidencia de la República, el reino de Sobradisa ó el imperio de Trapisonda. Será mucho si los buenos cristianos, los señores de hostia y bolsa no dicen que uno les está queriendo asesinar por robarles. Escribí no ha mucho una cosa como artículo titulado "El clero", donde puse las cosas en su punto segun mi leal saber y entender: el clero, parte de la sociedad humana, entidad necesaria para el equilibrio de las clases sociales: el clero, representacion augusta del sacerdocio, ministerio de la religion: el clero, familia que tiene el vínculo de la sabiduría y las virtudes, ó lo debe tener: el clero, corporacion venerable que comunica majestad á la república, infunde respeto al pueblo y propaga el amor de Dios: el clero, en las naciones cristianas de la tierra, con sus deberes y sus derechos, sus virtudes y sus vicios, sus ventajas y sus inconvenientes: el clero en general, y de ninguna manera nuestro clero, estos pastores sin cayado, confesores sin penitencia, jueces sin jurisdiccion, pa-

dres sin misericordia, ministros sin ley, que perturban el órden, exasperan al pueblo, hacen revoluciones cada dia, y se oponen á viva fuerza á que salgamos al mundo de la verdad. Hablé del clero, como debia, con pausa y miramiento. En las naciones civilizadas, el clero es potencia bienhechora: de nuestros clérigos, no he hablado por modestia: silencio es muchas veces punto subido de generosidad. Pero como parte de ese gran todo, como miembros de ese robusto cuerpo, como clérigos de ese clero, los nuestros debieron reconocer y agradecer el verse asi en lugar tan eminente, rodeados de tánta luz, amados en Fenelon, admirados en Bossuet. Pues no señor: mis cleriguitos se reunen, y despues de maduro exámen, declaran herético el escrito que les saca los piés del lodo, y á su autor el mas impío de los mortales. Xo que te estriego, burra de mi suegro. Rásqueles usted la oreja, y sabrá cuantos dientes componen sus mandíbulas. Quién hubiera pensado que los clérigos habian de salir por ese registro despues de obrita semejante! Interes personal no tuve, Dios me está viendo: esas ideas son las mias, esos los sentimientos de mi ánimo. Si los clérigos cayeran en mis manos, no hiciera yo de ellos lo que ha hecho y está haciendo nuestro ya conocido Don Rufino el guatemalteco: de esclavos no gustan sino los soberbios: yo quisiera ciudadanos limpios con quienes vivir, sabios con quienes consultar, varones de virtud con quienes aliviar dolores y miserias del espíritu. Pero no: si los embisto y me los llevo por delante, soy hereje; si les alargo la mano y los coloco en su lugar, soy hereje. Estos serian capaces de enfurecerle al santo Job, y de convertirle al mahometismo al mas piadoso adorador de Jesus. Lo mejor es no mirar en ellos, y hablar del clero, como si los nuestros fueran personas. Herético ese escrito, ¿por qué? porque afirmo en él que Jesus convirtió en leyes las doctrinas de los filósofos griegos. El que niega esta proposicion, proclama su ignorancia. Los treinta tiranos condenaron á muerte á Sócrates, porque estaba propagando la doctrina de la unidad de Dios. Esa doctrina fué convertida por Jesucristo en verdad inconcusa, es ley religiosa y dogma de fé. Este es el punto.

Cleombroto fué á arrojarse en el mar habiendo leido el tratado de la inmortalidad del alma del divino Platon: no quiso el filósofo perder ni un instante de aprovecharse de tan gran bien como vivir eternamente en el seno infinito. La inmortalidad del alma es dogma de fé en la religion cristiana; y por eso los materialistas son la peste del mundo. Y nuestros clérigos se reunen, y declaran heréticas esas proposiciones: ¿qué hace Pio IX. que no les declara herejes á ellos? Jesus no fué inventor de esos altos principios; no hizo sino autorizarlos con el poder de que vino revestido. Unidad de Dios, inmortalidad del alma son mas antiguas que el Mesias: si los clérigos me cuelgan por esto, que me cuelguen; pero ántes habrán de probar que Sócrates y Platon jamas han existido.

Hereje para los clérigos, clerical para los herejes: ¡hay bellacos mas consumados! El que no se lleva á pescozones al infierno á todo el que no da para las ánimas, y no manda decir misas, y no paga responsos, y no hace fiestas, y no echa algo en el buzon de la iglesia cada vez que pasa, y no le deja un legado al cura cuando se muere, y no le regala pan en fuente de plata con *casco* y todo, es impío para los católicos de las tinieblas. El que no rompe la cabeza á cuanto fraile topa en la calle, y no le arranca la cogulla, y no le publica sus queridas, y no le llãma ladron, y no le hace la mamola, y no le da un papirotazo de buenas á primeras, y no le mide las narices con los cinco dédos, y no le levanta los hábitos para ver si tiene pantalon, y no le echa por la ventana cuando le halla santamente en casa de doña Tolosa ó doña Molinera, y no le fusila en la Roquette, es clerical para *los liberales* de la vida airada. En todo caso, el convencido, moderado, bien intencionado, sincero, constante es un pícaro para todos estos pillos. "Ahora nos viene con estas *melìduras* ese pícaro", dicen los clérigos. "El tal Bossuet fué un bribon, dice un rojo de Guayaquil; el pícaro de Montalvo está ya queriendo ser presidente por medio de los clérigos".

Dale Dios al hombre
Bienes infinitos:
Cuando pitos flautas
Cuando flautas pitos.

Al diablo sea ofrecido el fruto que uno saca de tánto estudiar, tánto escribir, tánto exponerse, tánto padecer, tánto gemir por las desgracias comunes, por los males de la patria! Rectitud, austeridad, firmeza son los tres enemigos, no del alma, sino de la suerte del hombre de bien, el patriota desprendido. ¿Cómo hemos de formar nunca buenos ciudadanos, así, cargándoles la mano por todas partes á los amigos de la cosa pública, lejos de animarles con algun estímulo? Fuerte ha de ser el hombre de probidad que entre nosotros no se corrompa al fin ó no salga tirando piedras; fuerte ha de ser.

"EL REGENERADOR"

NUMERO NONO, Y A DIOS.

"La guerra civil".
"Escenas de la guerra civil".
"De los ejércitos permanentes".
"La suerte del hombre de buena fé en este mundo pecador". II.

"Sin partido no hay gobierno".

Suaves reflexiones acerca de este asunto.

"De los destierros".

"Farewell".

El Regenerador se despide para un monte. El diputado por Esmeraldas no asiste á la Convencion, no porque le esté doliendo la cabeza, tenga un mal callo ni otra mentira ridícula, sino por razones que él tiene por buenas.

QUITO, IMPRENTA DE MANUEL V. FLOR.

EL CONSEJO DE GUERRA.

Acaba la capital de la República de presenciar un escándalo de esos que relegan á la barbarie ó un pueblo, si no hay una voz que se levante y proteste contra ellos: tres hombres, tres ciudadanos han sido condenados al último suplicio por jueces de hecho tomados por ahí, sin que entren para nada en el procedimiento y la sentencia las fórmulas y tramitaciones que las leyes han inventado como requisitos indispensables para la distribucion de la justicia. El fundamento de la revolucion que tántas veces intentamos contra García Moreno fué, no la tiranía en accion, los actos arbitrarios y terribles de su genio, sino esa como legalidad que daba á las obras del despotismo por medio de una constitucion monstruosa y de códigos incompatibles con el prurito de la civilizacion moderna. García Moreno fué víctima de sus obras; murió, no tanto por sus hechos, cuanto por sus leyes. Don Antonio Borrero, su sucesor, hizo traicion á los principios que por fuerza y razon tenian que brotar de la tumba del tirano, y cayó de golpe, y vive en el destierro, sin que los ojos de sus compatriotas se vuelvan á él, sino con lástima; lástima, no de su poco digno infortunio, mas áun de su ineptitud y su menguada conciencia. La revolucion de Guayaquil, tan popular á causa de ser la misma tántas veces intentada contra Garcia Moreno; esto es contra el estado perpétuo de sitio, contra los consejos verbales, contra la pena de muerte por delitos políticos, contra el azote, contra la complicidad con extranjeros, contra todo lo que formaba ese todo formidable que llamábamos *su tirania;* esa revolucion ha traido consigo los mismos abusos, los propios excesos por los cuales dos mil ecuatorianos han perdido la vida en el campo de batalla. La constitucion proclamada por los revolucionarios de setiembre no reconoce la pena capital por delitos politicos; pues ¿cómo resucitan las leyes contra las cuales se rebelaron, y cómo las aplican contra esa constitucion? Me dirán que el acta de ese pronunciamiento no la reconoce sino en lo que *no se oponga á la regeneracion;* mas yo replicaré preguntando: ¿Es regenerar un pueblo sujetarlo á las mismas leyes infamantes y acciones sangrientas, que á fuerza de humillarlo y aterrarlo le han puesto en la necesidad de bastardear? El azote, la confiscacion, el patíbulo son regeneracion? Conque estos bárbaros consejos de guerra, estas sentencias dignas del Santo Oficio, estos aparatos espantosos que ofenden al mundo y exasperan á las naciones son actos de libertad y regeneracion? Mirad, señores, como ordenais mejor vuestras cosas, y no opongais de una manera tan palpable vuestros hechos á vuestras palabras. Seguid, si os place y os conviene, el rumbo del hombre á cuya muerte debeis el mando; mas no digais que la fiel continuacion de su política es regeneracion y libertad. Si conspiramos contra Garca Moreno, contra Borrero para echar abajo los consejos verbales, a pena de muerte, ¿cómo estamos condenando á muerte por medio de los consejos verbales?

Un dia me trabé de palabras con un liberal antiguo: subió de punto el fuego de la disputa, se convirtió en cólera, y le hice rodar la escalera á pescozones. Sostenia el mísero que debíamos matar á García Moreno á látigos cuando cayese en nuestras manos; á látigos, como él habia matado al general Ayarza é infamado á otros ecuatorianos. Si los liberales entienden *los principios* de ese modo, yo no soy liberal: el talion es el símbolo de la barbarie: la Edad Media no es la época donde el género humano ha resplandecido más en sabiduría y en virtudes. Si yo conspiro para abolir los consejos de guerra, la pena de muerte, no ordeno, cuando estoy triunfante, los dichos consejos ni la dicha pena. No es este el caso de tomar el punto por su aspecto filosófico: estamos discurriendo acerca de un hecho: el partido liberal trabaja en todo el mundo por las reformas que proporcionan al género humano mayor suma de felicidad; donde triunfa, las leyes reciben un baño de mansedumbre, y los gobiernos hacen agua por la filosofía. Con qué derecho se presentará el gobierno actual del Ecuador como liberal ante las repúblicas hispano-americanas, cuando orcena en sus barbas los consejos de guerra y la confiscacion de bienes de fortuna? Y quién le creerá que es liberal, aunque él lo diga, cuando se llega al patíbulo y quema incienso en las aras de ese negro altar de Satanás? Persuadidos estamos de que la *sentencia* no será ejecutada; en este caso, peor todavía: nos acogemos al principio, sin aprovecharnos de la eficacia de la ley; tomamos lo bárbaro, sin atrevernos á coger lo terrible; rendimos culto al espíritu del patíbulo, y mostramos miedo de su carne: esto es convertir una lóbrega tragedia en sainete ruin, una noche de Young en una seguidilla de Villergas. El Gobierno, señores, el Gobierno es un emperador: alto, sereno, majestuoso, aborrece la comedia: gravedad, sinceridad, señorío inapeable, estos son sus caractéres. Conque hemos de vivir evocando el alma de García Moreno, y cuando la vemos venir encarnada en la persona del tirano, hemos de echar á huir como niños espantados? Si no teneis ánimo de ni para hacer ejecutar la sentencia, no reunais vuestro tribunal. El consejo de guerra era vuestro tribunal? pues cómo habeis dicho mil veces que veníais contra García Moreno trayendo en la mano los principios liberales? Los liberales, en todo el mundo, rechazamos la pena de muerte por delitos políticos, y combatimos contra ella: vosotros la adoptais y la poneis en ejecucion; luego no sois liberales. Y si no lo sois, ¿porqué os adornais con ese nombre? os seduce el cuerpo del liberalismo; os mortifica y deslumbra su espíritu que brilla con la luz del mundo.

Si realmente pensais ejecutar *la sentencia*, oh señores, yo os pondria las manos, yo imploraria la conmutacion de la pena, yo suplicaría no os desacreditáseis y cubriéseis de odio con tan mala y fea accion. ¿Conque tres hombres á la plaza, al cadalso, á medio dia, á la faz de las repúblicas liberales que nos rodean, llamándonos liberales nosotros mismos? Esto seria, no terrible, sino vergonzoso, nefando.

Los conspiradores cogidos con las armas en la mano han de sufrir la pena; muy bien: ley debe haber contra ellos: la impunidad es fuente de delitos. Mas si hemos conspirado para abolir la pena de muerte, ¿cómo la hemos de aplicar cuando nos vemos victoriosos? Seamos consecuentes con nosotros mismos, si anhelamos el aprecio de nuestros semejantes: buena fé es una divinidad sencilla, modesta, que carece de incentivos para con los perversos; mas en su humilde hermosura tiene fuerzas para subyugar el mundo, si este se presenta en forma de leon. Usad de buena fé, amigos, seguros de que cada uno de vuestros pasos dentro de los límites de su jurisdiccion os eleva y engrandece. Van estas líneas á vosotros, generales, en forma de solicitud: habeis mandado juzgar á los reos; los jueces sin jurisdiccion han condenado. Ese negro veredicto está oscureciendo la República; pero es un hecho consumado. Ahora pues os pedimos la conmutacion de la pena: conmutadla, en la más justa, más humana, más suave que os sea posible. El fruto de la magnanimidad es dulce y saludable: la generosidad da nacimiento al respeto y á amor. Si somos desatendidos, la presente no es solicitud sino protesta: las naciones sud-americanas, el partido liberal del nuevo mundo, sepa que las que estamos censurando no son obras de liberales, y que los liberales del Ecuador levantamos la voz contra ellas. Raro espectáculo, por cierto, y lleno de hermosura, ver como un partido se abalanza á defender á sus enemigos de las leyes que ellos han hecho contra él! En política, muchas veces, el ejercicio de las virtudes tiene un ruido que quiere parecerse á la música del cielo. Veintemilla, general, usted no es nuestro amigo; pero los términos de la razon, en boca de enemigos mismos tienen fuerza: no quede usted tan mal con la América civilizada á nombre de los liberales. Conmute; si es posible, indulte, y no vuelva á ordenar consejos de guerra verbales.

Juan Montalvo.

Quito, diciembre 25 de 1877.

---

* Este género de escritos siempre son urgentes. Debió el artículo que sigue salir al otro dia de la noche que ocurrió *la sentencia de muerte;* pero, cerrada la imprenta del señor Flor, rechazado el manuscrito por el señor Bermeo, hemos hallado dificultades para su impresion y publicacion. Sale hoy, porque aún no es tarde.

Por la misma razon de hallarse cerrada la imprenta del señor Flor, será imposible que el número 9º de "El Regenerador" salga ántes del 7 del entrante. Para esa fecha quedan citados los lectores.

FUNDICION DE TIPOS DE M. RIVADENEIRA.

EL REGENERADOR.

POR JUAN MONTALVO. NUMERO 9.°

Quito, lúnes 7 de enero de 1878.

LA GUERRA CIVIL.

Los romanos pasaban á cuchillo á todos los prisioneros de guerra, en las civiles; no habia cuartel para los compatriotas convertidos en enemigos. Tan gran delito era este entre esos hombres sábios, que donde los extranjeros merecian generoso perdon, los dueños de casa, fuera de la muerte, no pensaban en otra cosa, si perdian el combate. El derecho de gentes moderno las tiene ordenadas de otro modo: con mas justicia, cordura y humanidad, á nadie autoriza para quitar la vida á rendidos ni prisioneros: si estos son extraños, quedan salvos; si compatriotas de los vencedores, salvos quedan. La sabiduría de las naciones será siempre tanto mas subida de punto cuanto mas acendrado su respeto por la vida humana. Matamos en la guerra puesta la mira en la victoria; alcanzada esta, no nos es dable destruir al enemigo, porque ya está imposibilitado. Si por via de pena, no somos jueces; si de mano poderosa, somos bárbaros. Tiranos hay que fundan su poder en el terror: sagrada para estos, cosa ninguna. El derecho de sangre les pertenece; si alguien viene á disputárselo, todo es ruinas. En pueblos razonables los tiranos no dan la ley por mucho tiempo: tiranía se llama cabalmente la transgresion de las leyes, el abuso de la fuerza en perjuicio de los asociados. Pues, me dirán los partidarios de la mano de fierro, cómo ponemos á raya á los conspiradores y les infundimos ese miedo saludable con que salvamos la república? El terror es una cosa: la rectitud y la justicia girando majestuosas en la órbi-

ta de la constitucion y las leyes, las salvan como se debe, en paz y amor entre las gentes. Los conspiradores de profesion, esa turba hampesca de la política que busca el sebo de sus vicios en rio revuelto ; esos pícaros para quienes conspiracion es pan, revolucion trabajo ; á esos que los cuelguen : nada pierde la República con una baja de cuatro zánganos bribones. Que los cuelgue el verdugo, prévia sentencia judicial : de l que nunca seremos partidarios es de la dictadura cuyo poder se extiende á quitarle á uno sus haberes y á cavarle la sepultura. Todo poder tiene límite ; solo el de Dios no sufre contraresto.

Tras la conspiracion viene la guerra : mirad esa muchedumbre que se aproxima por allí : mal vestidos, mal armados, se les prende en el pecho la alegría, si han de salir con la victoria ; se les caen las alas del corazon, si temen la derrota. Vienen á combatir por la Iglesia, Dios les ha pedido auxilio : cristianos son, y reniegan de Cristo ; piadosos, y no tienen término en sus labios el blasfemar impío. Para hombres de bien, patriotas, libres, buenos ciudadanos, allí estan ellos : la humanidad, la caridad en ellos, sus víctimas lo están probando ; el patriotismo, los extranjeros á quienes han puesto el puñal en la mano, con advertencia de acertarle en el corazon á su querida patria. En cuanto á su amor vehemente por la libertad, ahí están las cadenas que vienen arrastrando para sus propios hermanos : selvas inhabitadas, calabozos, grillos, símbolos augustos de ese afecto que hierve en pechos nobles y sube á lo alto convertido en oloroso incienso. Vienen por la libertad. . . de vengarse, matar, confiscar bienes, arrancar lágrimas. Esta libertad es para en uno con su celo por la religion : si hay guerra santa, es la que hacemos por ella : los conventos son cuarteles, los altares depósitos de pólvora, las torres atalayas, las ventanas de las iglesias troneras por donde salen con infernal silvido las balas que van contra los herejes. Los herejes son valientes, hacen su deber, pelean, degüellan, á punta de lanza echan á los infiernos á los soldados de la religion : decidme, insensatos, si Dios estaba por vosotros, con vosotros, ¿cómo habeis perdido la batalla ? Si Dios peleara ¿ pudiera ser

vencido ? En habiendo impíos en el mundo, sois vosotros : en cuanto á mal s hijos de la patria, nadie mas que los que van en demanda de cómplices de otras naciones. Ahora pues, p ra esclavos, ¿ quién mas que los que vienen sobre la ci dad de su cuna bajo el estandarte de ese difunto horrible cuya profesion era el comercio de carne humana, viva y muerta ?

Entrar una ciudad por fuerza de armas, es tomarla á sangre y fuego. Los enemigos han entrado á ella, pero no la han entrado : sus defensores están allí, de pié, la frente herguida. Desl mbra el fuego, asorda el ruido, el humo oscurece la atmósfera : pelean los aventureros, y con tenacidad ; los mantenedores los tienen á raya. Una noche ha transcurrido, noche infausta, noche horrible : vuelve el sol al firmamento, pacífico y sereno : á él no le perturba la ira de los hombres. ¿ Dónde está el jefe de los libertadores, el enviado de la religion ? Ha huido, ha desaparecido, y los suyos siguen combatiendo ! Era para uno como él el mando de un ejército ? Combate de veinte horas, largo es : ó una y otra parte son leones, ó una y otra parte tienen miedo. Las trincheras son la vergüenza de los héroes : dos oficiales saltan sobre ellas, tíranse fuera seguidos de un puñado de valientes. Toro Moreno, Moncayo, Nicolalde, así, asi vuelven por la honra nacional los militares de punto, así combate la gente valerosa. Corre sangre por las calles, el pavimento está cuajado de cuerpos humanos tendidos allí cuan largos son. Huyen los restos de la atroz carnicería. . . . Victoria ! Victoria, por quién ? por los soldados de la religion ó por los impíos ? Oh Dios, por ahora, Dios estuvo con los impíos, les dió el triunfo : los varones justificados sucumben, fallidas sus negras esperanzas.

Pobre mujer, tánto pudo contigo la curiosidad, que fuiste á recibir esta bala en el campo de batalla ? Alza la cabeza : vives ? respiras ? Si tienes habla todavia, llamaré un sacerdote para que te confiese ; si no la tienes, para que te absuelva y bendiga. Dios perdona ; pídele á Dios, mujer. La desventurada abre los ojos y pregunta : " Mi hijo ! dónde está mi hijo ? " Habia entreabierto su puerta para ver á su hijo que estaba peleando en la ca-

lle: de la casa del frente, una emboscada hizo fuego. Fusil aleve, bala infame que sales del escondite y te apuntas á la espalda del enemigo, no merecias matar á un soldado, á un valiente: mira tu víctima, esta es; esta pobre mujer que ni acometia, ni se defendia. Va á espirar, espiró: la bala le ha herido el costado: sus vestidos están chorreando sangre; su cabellera, en lastimoso desórden, comunica al cadáver un fatídico semblante. Su hijo no vendrá á alzarla, porque á su vez está tendido en la calle, oculta la cabeza en un pozo de sangre. Esta es la guerra civil.

En otro barrio, otra casa, un niño de dos años, medio desnudo el cuerpo gordo, blanco, sin mas que su camisita hasta el muslo, andaba pasando de un lado á otro del aposento, sin caer en la cuenta del peligro. Su madre, una jóven hermosa, aterrada, se precipita sobre él, á tiempo que él huia. En sus brazos ya, al correr al rincon, silva una bala, pasa la vidriera y le descalabra al angelito. La tapa del cráneo voló y se estrelló contra la pared: los sesos empezaron á correr por las mejillas revueltos en sangre. La madre se quedó petrificada: cuando le volvió la sensibilidad, cayó sin sentido, hasta cuando el espanto le dió fuerzas para salir gritando por las calles. Estaba loca. Esta es la guerra civil, guerra en la ciudad. Católicos, patriotas, hombres humanos, hombres libres, provocadla, repetidla.

ESCENAS DE LA GUERRA CIVIL.

La casita era triste, el barrio atras: allí no habia liberales ni conservadores, godos ni comunistas: padre, madre é hija: perros en el patio, gallinas en el corral. Gente armada, santo cielo! "Huye, dice la mujer á su marido; nosotras, pobres mujeres, no corremos peligro". "Yo no corro sino el de muerte, responde el otro; tú, mi hija. . . ." "Dónde están los bandidos de esta casa!" suben diciendo los invasores de ese inofensivo y pobre hogar. Un muchachito corre dando gritos: un hombre perverso lo estira allí de una patada. "La vieja, la vieja", exclaman los valientes, "dónde está la vieja?" "Aquí deben de haber muchachas, y buenas mozas. . . ." "Y el ladron del padre, y el pillo del hermano!"

Padre, madre é hija se han refugiado debajo de la cama: nadie los ve. Los intrusos recorren lo interior, matan de un tiro al perro, echan puertas abajo, punzan con las armas paredes y sobrados. El lecho es el altar de la casa: sus aras sirven de asilo, porque en torno suyo están revoloteando invisibles los genios del pudor y acogiéndose al regazo de esa divinidad pura y respetable que llamamos Himeneo. Levantan el rodapié los invasores, separan unas canastas. . . . "Aquí están, fuego!" Fuego, sin saber por qué ni quienes son las víctimas. La niña, atravesado el pecho, muere de contado; la madre saca una bala en el vientre; el padre, fracasado un muslo. La pobre mujer ha sucumbido despues, no ha mucho. He aquí una familia inocente destruida; por qué? porque unos cuantos pícaros se vienen por ahí diciendo que nos traen la religion.

Una señora estaba en cama, de parto, la infeliz. Del tejado, de los balcones de su casa hacian fuego los revolucionarios, si en connivencia con su marido, si apesar suyo, no lo sabemos. La tropa del gobierno, al verse herida, invade la casa: dos soldados caen muertos al entrar; los otros pasan adelante. El dueño huye, se refugia junto á su esposa. Fuego sobre él! cae el mísero al pié de la cama donde el párvulo está dando sus vagidos y moviendo sueltas las manecitas. La mujer de ese hombre, la madre de ese niño no ha muerto, cosa admirable!

San Antonio y san Marcelo son los barrios revolucionarios por excelencia de Paris: allí nacieron las barricadas. Quito ha tenido siempre su san Antonio y su san Marcelo, calles terribles, hombres temibles. Una manga de gente de toda broza penetra la plaza de santo Domingo: hay entre ellos jóvenes de levita y sombrero de copa, quién lo creyera: viejos y mozos, hombres y mujeres. Los *cholos* han bebido, pobrecitos; están ébrios,

y de este modo van á salvar la religion. "Viva Dios, ajo! mueran los impíos!" "No me dejen un solo pícaro de esos que se llaman liberales: molerlos! molerlos!" "Abajo los masones!"

La turba adelanta como un torrente crespo, amenazante. "Esta casa es de un rojo: adentro". Caen las puertas, la casa es invadida. "Cornejo, Cornejo! al palo ese bribon". Una anciana, su hija y muchos niños, esto era lo que habia en ella. "Amarren á esta vieja: á santo Domingo, á santo Domingo!" Para qué á santo Domingo á esa pobre señora! La hicieron gritar mil veces *viva la religion*, *viva Yépez*, y á este precio le perdonaron la vida.

"Oiga, perrita, conque áun no cumple los siete años, y ya masona. . . . De tal palo tal astilla. Bese este rosario, puñetera, y grite: Viva la Vírgen". La niña, pálida, trémula, besa aquel objeto, y en voz argentina grita: Viva la Vírgen! Un mamoncito de un año, pegado al pecho de su madre, está asordando á puras quejas: la señora, mas muerta que viva, busca su salvacion y la de sus hijos en las oraciones de la Iglesia. "Esta es la masona grande", exclama un católico de la plebe; "colgarla! colgarla!" "Viva el corazon de Jesus, hereje!" La señora, que nunca habia gritado otra cosa en las profundidades de su alma, grita: Viva el corazon de Jesus!" y pone las manos.

Entre tanto una muchedumbre de viejas insurgentes charlaban en el patio. "Hemos de moler, decia una, dando repetidas veces un puño cerrado contra la palma de la otra mano; hemos de hacer *pítis*, hemos de hacer *ñuto*". "Pero eso sí, pero eso sí, gritaba una tabernera; *aura* verán los enemigos de los padres". Y una cholaza, derramándose de gorda por los cuatro vientos, rosa náutica de sebo, pavoneábase por ahí, diciendo: "A causa de los herejes no hay plata: castigo de Dios son estos papeles sucios".

Qué bolsicona es esa empeñada en llorar sin una lágrima? "Ay amus mios, exclama extendiendo los brazos hácia las faldas del Pichincha; ay linditicos, ya nos traen pues la religion". Y gime con un gusto la bellaca, que por oirla esas graciosas lamentaciones á ojo seco era de no dejarle llegar la religion. Esos *amusmios*, eso[8] *linditicos* eran unos cuantos peruchos cerdosos, y otros tantos pastusos en cueros que estaban comiendo vaca en el monte y bebiendo chicha. En concepto de los católicos de Quito la religion es algo como plátanos ó camotes de traer en burros, y repartirle al pueblo en la ciudad. "Ya nos traen pues la religion. . . ." La trajeron, y se la volvieron á llevar los valerosos cruzados de Tusa y Huaca. Quiteños, pobres quiteños, real y verdaderamente vosotros sois *amusmios* y *linditicos* á quienes es preciso hartar de religion, esto es de carne y cerveza de campaña. Y para que no me hagais *pítis* y *ñuto* por mason, me voy á vivir entre los monos y los jaguares de Canelos, que de seguro son cristianos mas ilustrados que vosotros.

La casa del radical Aparicio Cornejo, mason aforrado de judío, fué el escenario de estas curiosas representaciones. En ninguna parte defendian la religion con mas vigor los católicos que en ella. "Venga usté acá, dijo un pinche del Cebollar á una criada, asiéndola por la bayeta y arrastrándola á un sitio sin testigos; venga usté acá, y sin andarme con aquí lo puse y no parece, gríteme: Viva Jesus!

"Viva Jesus! repitió la mozuela.

"Bueno. Ahora: Viva María!"

"Viva María".

"Está bien. Viva José!"

"Viva José!"

"A pedir de boca, dijo el cholo botando la ruana al hombro: ahora, la niña de ojos negros, áteme estas tres azucenas, y grite: Vivan Jesus, María y José!"

"Vivan Jesus, María y José!"

Era el pícaro un patojo de patas como cuernos de buey cabresto, chiquito y ridículo sobremanera. "Ya gritó? ahora deme un beso".

Beso fué un bofeton de mas de la marca que dió con el feo en tierra. En seguida la motilona, que tenia un rejo como Aldonsa Lorenzo, le pisó en la garganta, le dió unos cuantos zurriagazos en lo caido, y mientras el galan estaba pidiendo socorro en estos términos: Me matan los masones! me matan los herejes! ella, ágil y

veloz como una cabra, saltó una tapia, y que la busquen en Ginebra.

Echarse los soldados fuera de las ignominiosas barricadas, y mostrar las herraduras los campeones de la religion, todo fué uno. Allá viene una mitad de infantería paso al trote, fusil en ristre, llenos de indignacion de haberse visto encerrados tánto tiempo los valientes cholos. Cornejo se incorpora, vuela con ellos en pos de los saqueadores de su casa. "Son estos, mi jefe"? "No! son otros". El cabecilla, tras una puerta, se halla pálido, temblando. Empújalo Cornejo á una recámara, le hace acurrucarse, agazaparse y volverse un ovillo; le echa un cuero de res encima, y sale exclamando: "No hay nadie, muchachos! por otra parte. . . . Ahora nos la pagan esos pícaros".

Si Dios quisiera que los católicos fueran como los herejes. . .

Pero ántes de ser corridos, la turba habia pasado á la otra casa. Allí toman á una niña de ocho años: "Tu padre, gran pulga! dónde está tu padre"? La niña prefiere el tormento, y se deja cortar un dedo. Al rededor, le abrieron una muesca: la sangre corria junto con las lágrimas; pero la heroina firme: su padre era mas que ella. Sufrió el martirio, y le salvó la vida. ¡Y que estas cosas hagan los cristianos á nombre de Dios para salvar la religion! Satanás se ha convertido en católico por ventura?

Pobre negrita. . . Pensó que con cerrar su puerta estaba en salvo: seis balazos en el pecho. El ojo de la cerradura es via de perdicion.

Fuego á esa. . . . perra! La muchacha cae herida. En mala hora se asomó á la ventana. ¡Y digo si eran gruesas las lágrimas que echaba su padre al referirme este suceso!

El jóven y valiente Mariano de Chinguilquinga se apodera en buena guerra del estandarte de la Vírgen.

No le dan sino cinco pesos por tan grandioso trofeo.

"Me besás este cristo ó me echás aqui tus tripas". ¡Buen pastuso!

"Paren allí, cobardes!" Un peloton de mujeres y niños salva la vida á diez pastusos que huyen por la Loma. Del soldado cuerdo al soldado ébrio va gran trecho: por no herir á una mujer ó á un niño, los bravos *cachudos* dejaron que se fuesen sus peores enemigos. Obras de magnanimidad valen mas que obras de valentía.

Hay un hombre que primero ha dejado de almorzar que de oir misa durante cincuenta años. Desde que Dios es Cristo, confiesa y comulga cada quince dias; y ántes se muere de necesidad que comer carne el viérnes. Tiene al pecho un escapulario sobre otro; rosarios de mayor á menor; cilicio en la rabadilla; fuentes dolorosas en la cabalgadura. Reumatismo le ha dado en la cabeza, de tánto santiguarse con agua bendita. Hace conjurar su casa cada tres años; cada dos pide la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes. Entran los católicos á su casa, le amarran fuertemente, y se lo llevan á matarlo en una quebrada. El viejo es al presente liberal de rompe y rasga, porque le salvaron los liberales; y da miedo oir esas bravatas contra los congregantes y confesadores.

El eminentísimo y reverendísimo sacristan de la catedral, ex-lego jesuita, apertrechado para dos semanas, haciendo fuego lindamente sobre la tropa con su escopeta de dos tiros desde una ventana de su buena iglesia. El oficial Paredes ha probado el plomo bendito: qué tal, amigo? es como el pan bendito? Eso debe de empurecer la sangre y glorificar el alma. Bala de sacristan, es lo propio que bendicion de obispo? Yo no lo creo. Cuando dieron los liberales con Monseñor, le hallaron rodeado de una canasta de biscocho, noventa huevos duros, una arroba de cecina, un barril de chicha, un bote de pólvora, y un monton de postas y municiones, cebando con mucha gracia su escopeta. Habia pensado su Eminencia que las barricadas iban á durar un mes.

Doña Micaela es una vieja mas clarota y groserota que un fraile de San Diego. Los apóstoles de Perucho están desparramados por su casa; ella, sin un comino de temor, se anda tras los tales haciéndoles cristianas observaciones. " Esta frazadita para la Chepa ", dice un soldado de la fé, y la está doblando con mucha prolijidad. La señora se la toma, diciendo á su vez: " El séptimo no hurtar ".

" Mirá que cristo tan bonito ", exclama un pastuso, echando mano por un candelero de plata.

" El octavo no levantar falso testimonio ni mentir, responde la señora: no es cristo sino candelero ". Y se lo quita de súbito. " Para qué cogió esa canasta? añade, dirigiéndose á otro católico de Tusa: sepa que allí están las alhajitas de mi hija". " Dios me está viendo. . . ." balbucea el héroe de la cruz. " El segundo no invocar el santo nombre de Dios en vano ", y se lo saca del seno.

" Preciosa. . . huy qué ojos! " y alarga el brazo un gentil ladron hácia una ojinegra que estaba allí temblando. " El noveno no codiciar la mujer de tu prójimo"; y le asienta un bofeton al cholo. " Esta vieja *abusa á* sus arrugas! " éxclama un huaca mal enojado: denle un culatazo! "

" El quinto no matar, replica la señora: el cuarto honrar padre y madre. Por la edad y la experiencia, yo soy madre para vosotros. Por qué venis á robar con nombre de defensores de la religion? " " No estamos robando, vieja pulga! estamos hallando algunas cosas ".

En esto habian violado sus trincheras los soldados del Convencion, y una buena compañía se venia por las calles á las voces de: Vivan los masones! mueran los beatos!

Católicos á la quebrada, doña Micaela tranca á la puerta, para darles tiempo de ponerse en cobro.

Pueblo manso, pueblo suave y razonable solia ser este de Quito: hoy tiene heroinas que se echaran al bolsillo á Teroigne de Mericourt, y héroes ante los cuales el zapatero Simon fuera un filósofo lleno de mansedumbre. A muchos enemigos de García Moreno he oido suspirar por García Moreno: yo no pienso de este modo. Cualesquiera dictadores azotarán ecuatorianos para lo presente; García Moreno los azotó en el porvenir, los envolvió para muchos años en el capuz del fanatismo, les reventó los ojos del espíritu y les corchó los oidos de la conciencia. El que á fuerza de labor les saque del pozo de tinta donde patalean ahogándose, merecerá bien de América y de la civilizacion.

DE LOS EJERCITOS PERMANENTES.

Nacion en que todos los ciudadanos fueran soldados cuando lo requiriesen la seguridad ó la honra, y todos los soldados viniesen á ser ciudadanos civiles concluido el peligro y restablecido el órden, seria, ciertamente, modelo de naciones. De esto nos ofrece muestra la Confederacion Helvética, donde no existen ejércitos permanentes numerosos, y donde todos acuden á sus banderas cuando ella ha menester el concurso de sus hijos. El Congreso de la Paz, entre otros fines grandiosos, vive trabajando por la abolicion de los ejércitos permanentes. Tan gran propósito no será coronado ántes de algunos siglos; empero no es imposible que la paz, colocada en su trono por el equilibrio europeo, envie los artistas á sus galerías, los artesanos á sus talleres, los labriegos al campo, y no se quede sino con los soldados de profesion absolutamente necesarios para el respeto y el decoro de las naciones. Sabido es que las potencias de primer órden, cuando quieren sentar las bases de la paz, lo primero que hacen es proponer el desarme general. Nacion cuya existencia está fundada en los ejércitos permanentes, considera enemigas á todas las vecinas; y gobierno que no cuenta con el dia de mañana sino merced al número de tropas, da á conocer la mala voluntad de la mayoría y el temor de que vive poseido. Las grandes naciones que mantienen ejércitos innumerables no dejan de lamentarse de esta triste necesidad; y todas juzgan siempre un bien la diminucion de la fuerza armada. Por lo ménos ella debe guardar buen término con el núm.° de habitantes; sin esta obra de prudencia, el equilibrio social se pierde, y

todo viene á riesgo de irse abajo. El ejército es consumidor sin produccion: si de los productores sacamos consumidores sin reparo ninguno, la produccion disminuye, al paso que el consumo se aumenta. No podemos, pues, tener en ménos un punto de economía política sobre el cual se levanta por ventura la armazon del gobierno y de las cosas públicas en general. Muy fácil es para los hombres sin estudio ni concepciones previsivas mirar por su negocio; pero no dejarian de detenerse en ciertos límites, si supieran que no hay hechos sólidos y grandes fuera de las ideas sensatas y elevadas: ciencia es fuente de prosperidad. De la economía política no pueden prescindir sino los que no caen en la cuenta del perjuicio que ellos mismos se hacen con menospreciar, por ignorancia, las leyes de la razon y las reglas de la experiencia. Las potencias militares de Europa, como la República francesa y el Inperio aleman, tienen poco mas ó menos quinientos mil hombres de fuerza permanente por cuarenta millones de almas. Si hoy, segun la nueva ley, pasa de un millon de individuos el ejército de cada una, este no es permanente, sino para caso de guerra internacional. Si pues una nacion militar de cuarenta millones tiene quinientos mil hombres de fuerza permanente, una de ochocientos mil ¿cuántos debe tener? Quinientos á lo mas. Mil doscientos ha tenido siempre, y ha estado bien servida. Don Vicente Roca desbarató catorce revoluciones formidables; y esperando cada mes otra peor, nunca pensó que sin un ejército de tres ó de cinco mil hombres no podria subsistir su gobierno. Urbina rompió asimismo varias conspiraciones con los mil doscientos de la ley; y aunque él estaba clamando de continuo por mas tropas, los congresos, compuestos de sus amigos, no le dieron gusto. *Amicus Plato &c.* Amigo Pedro, amigo Juan, pero mas amiga la verdad. Pero mas amiga la República, señor don José María. Colombia no tiene por ley sino mil dos cientos hombres: estos son la guardia colombiana. Chile, compuesta de dos millones, no tiene gran cosa. Seria pues falta de cordura en nosotros, que sin meditar en guerras extranjeras, fuéramos á distinguirnos de las demas repúblicas hispano-americanas por los ejércitos permanentes numerosos. Pueden muy

bien ser militares los que tienen el mando; esto no quiere decir que su política sea la fuerza puramente. El general Rufino Barrios, dictador de Guatemala, es ardiente protector de la agricultura. El general Guardia, dueño de Costarica, poniendo á un lado el despotismo con que tánto se ha desacreditado, acaba de publicar un decreto en el cual proclama en toda su extension los principios liberales, que traen consigo los derechos del hombre y las prendas de la sociedad humana. El general Mitre le ha abierto fraternalmente los brazos al partido civil en la República Argentina, dando una prueba de elevacion de alma y buenas intenciones. Avellaneda, jurisconsulto, y Mitre, soldado, componen una sola potencia en las orillas del Plata, despues de la guerra que se han hecho como representantes de sus clases respectivas. Si los generales Urbina y Veintemilla tienen entendido que con ser soldados son enemigos de nacimiento de las demas clases sociales, oprímanlas, destrúyanlas: para esto han menester un grande ejército. Si piensan que entre la muceta y la charretera, entre la pluma y la espada no hay incompatibilidad, no pidan á la Convencion mayor número de hombres armados que el que en todo tiempo ha sido suficiente para mantener el órden. Contra desprecio estimacion; contra odio cariño; contra miedo impavidez; contra inquietud serenidad; contra despotismo ley; contra tiranía mansedumbre; contra locura buen juicio: contra revoluciones estimacion, cariño, impavidez, serenidad, ley, mansedumbre, buen juicio. Este ejército es el bueno; y en siendo permanente, mejor.

Ejemplo es cuerpo de la idea. Hay un pueblo hábil, laborioso cual ninguno. Sus vegas son jardines, sus llanos están cubiertos de mazorcas, sus laderas, sus cerros mismos desaparecen bajo un océano de espigas preñadas del pan de la vida. Carpinteros que hacen muebles maravillosos: la Tabla Redonda de los doce caballeros de Carlomagno salió de sus manos. Herreros que hubieran forjado el freno de Bucéfalo, con sabores de oro y muserola de diamantes. Albañiles muy para el efecto de levantar los alcázares de Babilonia. Zapateros que dan en lo justo cuando trabajan para las princesas encantadas de las Mil y una noches. Curtidores que con-

vierten el cuero de oso en belludo de Lion. Alfareros que le han dejado á cien leguas á Bernardo de Palissy. Pues viene una órden, encierran *los jefes* las milicias, y las paredes se quedan truncas, y la llave no da vueltas, y los elegantes andan la bota descosida, tres dedos al aire, y no tiene usted quien le haga una cuchara de palo, y no almuerza hoy, por que ayer se rompió la olla. La ortiga se come el trigo, el nabo ahoga la cebada, el maíz se pudre en su envoltorio, la papa sirve de pasto á los gusanos: la gente come crudo, por que no hay quien traiga leña: los caballeros reniegan, el pueblo muere, todo se lo lleva el diablo, en tanto que el batallon Tunguragua viene á estar alineado en la plaza de Quito, sin armas, cayendo uno tras otro los soldados á los tiros del enemigo. Ahora pues, da la Convencion una ley creando un numeroso ejército permanente: los cuerpos de milicias son veteranizados: los talleres se cieran, por falta de maestros: los campos quedan incultos, por falta de peones, en tanto que los consumidores improductivos están requiriendo aumento de produccion. Y á las rentas nacionales, pregunto yo, no ha de tener ningun derecho la instruccion pública, ninguna parte en ellas los planteles de enseñanza, los institutores, los profesores? Y las fundaciones de caridad? Y los caminos? Si hemos hecho *revolucion liberal* para ir hácia la barbarie á trancos largos, vamos pues allá; mas no será dicho que la civilizacion no da un alto gemido de dolor por boca de un insolente. . . . amigo del género humano.

NO ES INTERVENCION SINO INVASION.

El gobierno del Ecuador está de triunfo, y los oficiales de su ministerio pueden mostrarse al mundo como padrones de honra y felicidad. Los generales Rosas y Figueredo no han *intervenido*, han *invadido* nuestro territorio. El general Hurtado, enviado por la Union Colombiana para hacer observar la neutralidad, en nota á su ministro llama *invasion* la de dichos generales, y nuestros gobernantes publican victoriosos esa nota. Invasores son

agresores, agresores son enemigos. Cuando un ejército en derrota ó en retirada se ve en la necesidad de salvar los límites de su país, el dueño del otro lo desarma, porque considera como acto contra su seguridad y mancilla en su honra que gente militar pise su territorio con armas que la sustraigan al imperio de sus leyes. Lo ménos que le cumplia al gobierno del Ecuador era desarmar á las divisiones invasoras, si en algo tenia la honra nacional y su propio buen nombre. Y esto hubiera sido punto subido de tolerancia: si vinieron como invasores, las balas debieron haberles preguntado: A qué venis? por qué venis! Estaríamos frescos, si cuando los peruanos quisieran comer á la ecuatoriana, beber vino en Quito, oir graciosos brindis, montar buenos caballos, coger algunos mazos de billetes, é irse dejando yermo el Guáyas, no tuvieran sino que *invadir* con dos ó tres mil hombres. El gobierno ecuatoriano quedaria horro de culpa y pena: no habria sido intervencion sino invasion; invasion, señores, nada mas que invasion: viajecito de recreo, gana de ver á los amigos y tomar algunas lecciones de política de estos nuestros hombres de estado que se ponen á insultarnos, por que deseamos saber lo que hay en esto de haber visto en la capital de la República un ejército extranjero. No ha sido sino invasion, patarata. Por una pobrecita invasion empiezan á hacer reclamos y pedir explicaciones los enemigos del gobierno. Vamos, señores, vamos á Bogotá con tres ó cuatro mil hombres á tomar vino á la mesa del general Salgar, traer buenos caballos y remediar un tanto el mal de bolsillo de que estamos adoleciendo. Los colombianos quedarán satisfechos de nosotros: les diremos que no tengan cuidado, que allá mandaremos otro ejército que sea neutral, en tanto que el invasor les harta de daños y vergüenza. Ni Talleyranad, ni Metternich, ni Cavour han obtenido victoria diplomática de tal calibre como la que acaban de alcanzar nuestros hombres de estado. No hay intervencion, ecuatorianos; invasion es lo que hay; alzad la frente, mirad firme á Sud-América. No son *aliados* los dos mil hombres que acaban de salir de Quito; son *invasores*; y en prueba de ello les hemos ofrecido banquetes, hemos brindado

por ellos, les hemos dado para el camino. ¿Qué importa la invasion? ahí viene otro jefe que va á ser neutral. Gloria á la sabiduría de los pueblos fincada en el derecho de las gentes! por dos invasores tenemos un neutral: viva el gusto!

Ecuatorianos, no os da gana de sentaros en el suelo y soltar el grito en llanto desesperado? Hasta este punto hemos perdido la razon y la vergüenza? He ahí un oficial del ministerio de gobierno declarándolo sin mancha, porqué no ha sufrido una intervencion sino una invasion; y llamando ligeros y maldicientes á los que hacen reflexiones justas en materia tan sumamente grave. Luego patriotismo, pundonor, celo por la cosa pública, deberes para con la Nacion, leyes del derecho internacional no son virtudes, sino vicios que tienen por nombre *ligereza* y *maledicencia?* No, no hemos visto en Quito, capital de la República, dos divisiones extranjeras; y si las hemos visto, insidente tan liviano, tan baladí suceso no valia la pena de hacer observacion ninguna: todo es ligereza, maledicencia, enemistad con el gobierno. "La llamada intervencion" no ha sido sino invasion; y á los invasores les hemos puesto las manos para que se vayan. Adónde, adónde huimos, oh vosotros compatriotas en cuyas venas no se ha podrido la sangre, cuya alma no se ha dejado ganar por la mancha negra, progresiva que denominais deshonra? "La llamada intervencion" no ha sido *sino invasion;* y á los invasores ni siquiera los hemos desarmado, teniéndolos en nuestro poder, en las horcas caudinas. Valientes son los colombianos; héroes hay entre ellos; pero con fusiles sin culata, con chuzos y asadores, con tres mulas de pertrechos, ¿qué resistencia pudieran haber opuesto en el corazon de la república invadida? Nunca el Ecuador ha tenido tánta y tan buena tropa: buenos soldados, buenos oficiales; armamento, á la prusiana; tres millones de cápsulas; artillería en manos de un oficial inteligente, oficial acostumbrado al valor de López, el del Paraguay. El general en jefe habia llegado: tres magníficos batallones venian á su espalda, fuera de los dos mil doscientos hombres que se hallaban en Quito. El gobierno, el general en jefe sabian que los colombianos estaban aquí como

invasores; y les dan raciones, y les ponen las manos para que se vayan! Es posible, señor don José María? Bien, convengamos en que no ha habido *alianza;* ha habido invasion; y usted, con mas de tres mil hombres perfectamente armados, con oficiales y jefes valerosos á sus órdenes, les suplica á los dos mil invasores sin armas, ó casi sin armas, que se vayan! Bien pues: quedamos en que no ha habido liga secreta, sino invasion. En este caso, Veintemilla queda libre de toda responsabilidad, como ausente, y todo recae sobre Urbina, general en jefe.

No pongais en olvido, señores, cuantos sois vosotros, ecuatorianos y colombianos, que la *invasion* es ya oficial, puesto que así lo declaran los enviados y representantes de Colombia, y puesto que así lo desean los gobernantes del Ecuador. ¿Qué ligereza, amigos, ni qué maledicencia, cuando hablamos en hechos notorios, hechos que están chorreando sangre? Hemos visto un ejército extranjero en la capital de la República, y no podemos decir una palabra, sin pasar por ligeros y maldicientes! Estábamos viendo que el gobierno de Quito recibia á los colombianos como amigos; luego no debiamos pensar que eran invasores. Si vinieron como amigos, vinieron como aliados: esto es claro, esto es lógico, lejos de ser *conjeturas y versiones infundadas.* Que don Venancio Rueda, ministro de Colombia en el Ecuador, importunó á don Pedro Carbo acerca de que firmase un convenio secreto de proteccion mútua entre los dos partidos, no es *conjetura ni version infundada;* es un hecho. Que ese mismo individuo importunó despues al secretario, sucesor del señor Carbo, sobre el propio asunto, no es *conjetura ni version infundada;* es un hecho, ó él falta á la verdad, puesto que lo está diciendo á cada rato. "Yo no he firmado el convenio, ha dicho tambien ese empleado; si al fin lo han hecho, será cosa muy reservada". (*) Mala fé es arbitrio de malos diplomáticos; ellos saben muy bien lo que hay en esto, y quieren que todo sea obra de *ligereza* y *maledicencia.* A Veintemilla no le falta valor:

(*) Si el dicho empleado niega esta asersion, citaremos las personas que se la han oido en sus labios.

con amigos sinceros y de juicio, con hombres dignos en torno suyo, nos parece que él y su patria no estarian saliendo tan mal en todo. ¿Acaso estos son escollos sobre los cuales salta uno con cuatro groserías y cuatro injurias? Con llamarme á mí ligero y maldiciente, nadie puede hacer que los hechos cambien de naturaleza, ni que no haya sucedido lo que ha sucedido en realidad. Nosotros no hemos *afirmado* que hubiese pacto personal; hemos discurrido en el supuesto de que lo hubiese; y hemos dicho que las cosas, de la manera que han acontecido, dejaban conocer que lo habia. Las importunaciones de Rueda, las muestras de amistad de parte de los agentes del gobierno á *los invasores*, los regalos, las atenciones de todo linaje, no estaban calificando de invasion, sino de liga la de los generales Rosas y Figueredo. Y pensais que esto es todo? No: el general Rosas, en su proclama dada en Ibarra, capital de Imbabura, dice que viene "segun las instrucciones de su gobierno". Luego la suya no ha sido una empresa filibustera, como quieren los que la llaman invasion particular. Por qué pues le envia su gobierno al Ecuador en instantes de una revolucion? La contestacion le toca á Rueda; y á nosotros añadir, que si hubiéramos sido amigos del gobierno patrio, con este hecho habriamos dejado de serlo; y que si fuéramos sus enemigos, dejariamos de serlo, como este punto fuera puesto en claro, sin detrimento de la honra nacional ni vergüenza para los ecuatorianos.

DON ANTONIO.

Este gracioso republicano profesa la doctrina del derecho divino de los reyes: es presidente legítimo del Ecuador ante Dios y ante los hombres, áun cuando otro se halle en su lugar. Antonio Aurelio primero, rey de Araucania y Patagonia, acaba de morir en un hospicio de locos, sin dejar de ser rey ni en *artículo mortis*; don Antonio ha de morir de presidente, mal que les pese á los ecuatorianos: sus veinte y nueve mil votos no son moco de pavo. Don Quijote recobró el juicio en sus

últimos dias; dejó de ser caballero andante: don Antonio sabe mas que Tinacrio el sabidor, y ahora es cuando se propone irse con la princesa Micomicona á cortarle la cabeza al gigante que le ha usurpado sus dominios. Un presidente que cae y ve de la noche á la mañana convertidas en desgracias y sinsabores las blandicias del poder, presta, sin duda, asunto á las consideraciones filosóficas del que gusta de hacerlas: mas la desgracia no despierta la vena del filósofo ni conmueve al hombre sensitivo, sino cuando se recomienda al mundo por la dignidad y la grandeza. Napoleon tiene sobre sí los ojos de Europa en Santa Elena, porque está asordando la tierra con su alto y profundo silencio. Escribe de noche sus memorias, y si algo dice, es esto: Amo á mi patria y no aborrezco á mis enemigos. Montolon, cuando yo haya muerto, haced saber á Francia cuales han sido los sentimientos de mi ánimo. Si Napoleon se hubiera desatado en improperios contra los Borbones, contra Chateubriand, contra Madama de Stael, contra sus vencedores en Waterloo, contra los generales de Luis décimo octavo, contra todo el mundo, sus cenizas no hubieran entrado á la capital del imperio como las de un santo, y no reposaran á las orillas del Sena, consagradas mas y mas por el respeto y la admiracion de las naciones. Sufrimiento, dignidad son indispensables para que nuestro infortunio despierte el interés de nuestros semejantes: el rencor le previerte, la queja continua le envilece, la injuria le apoca, la falta á la verdad le infama. Un presidente caido que se vuelve libelista denigrador, que no se detiene en los términos de lo real y positivo, que entra á pié firme en la negra jurisdiccion de la calumnia, no merece, por cierto, que escritores de viso le refuten á lo serio. Allá cada uno de los agraviados sabrá como le contesta; yo no le he de contestar. "Sólo escritores como Montalvo pueden sostener y adular á Veintemilla", dice el buen hombre en un libelo publicado en el Perú. Ciertamente, sólo escritores acostumbrados á sostener, por salario, á todos los gobiernos. Montalvo, desde que abrió los ojos á la política, desde niño, se puso á sostener á García Moreno, y lo sostuvo quince años. Sostuvo á Carrion, á Espinosa; sostuvo á

Borrero, y está sosteniendo á Veintemilla. El cargo que los habladores sin reflexion me hacen de continuo es, que combato á todos los gobiernos; pero en verdad no he combatido sino á uno toda la vida, este es el de García Moreno encarnado en todos los malos gobernantes que han tenido el poder en la mano, ya en vida, ya en muerte de ese hombre singular. Si desde que estoy combatiendo al gobierno ha variado el régimen político un instante siquiera; si habiendo yo conseguido plantear las doctrinas que profeso he hecho oposicion á un gobierno amigo, por veleidad é inconsecuencia, seria un cargo decir que combato á todos los gobiernos; pero si estoy persiguiendo el mismo fin de revolucion en revolucion, sin desviarme un punto de mis principios y mis planes, ¿cómo no he de combatir á los que nos hacen traicion, como Borrero, y llevan adelante el despotismo y la tiranía de García Moreno? Pero no es este el cargo que me hace don Antonio; él dice que sólo escritores como Montalvo pueden sostener á Veintemilla: escritores asalariados, escritores venales, escritores esbirros que han pasado la vida en el destierro por enemigos de tiranos y tiranuelos, sin saber hasta ahora lo que es empleo ni pan de un gobierno. El pobre don Antonio ha perdido con la venganza la vergüenza: ¿qué han de decir de él los ecuatorianos de uno y otro partido, cuando le oyen tratar de esclavo y esbirro de Veintemilla, á la primer víctima de Veintemilla, al que está escribiendo "El Regenerador" y acaba de dar á luz "El Consejo de guerra?" No solamente han de juzgar mal de su corazon, sino tambien de su juicio: preciso es ser insensato, para decir así, tan descaradamente, lo contrario de lo que le consta á la República entera. Ese hombre sin talento ni conciencia, sin formalidad ni pundonor se perdió por una bellaquería. Se convino conmigo en nombrar ministro á don Pedro Carbo. "Con esto se salva usted de la revolucion, le dije: los liberales tendrán una prenda, y los guayaquileños quedarán satisfechos". "Cree usted en revolucion?" me dijo como con ironía. Estoy seguro de ello", repliqué. Tuvo miedo el presidente, y me dijo: Proponga usted por la imprenta la convinacion, y yo estenderé el nombramiento. Propuse la convinacion; él estendió el nombramiento . . . en otra persona adversa al partido liberal.

Desde su primer paso hácia la capital de la República dejó conocer quien era el hombre grande. En Ambato, verbigracia, habian montado á caballo hasta los niños: arcos, banderas, gallardetes, música, todo lo que los pueblos acostumbran para manifestar su ardor y su contento. Lo primero que hace don Antonio es caerse en la plaza; ¡y cuándo para levantarse el presidente con ese almacen de ponchos, zamarros, maletas y alforjas que traia consigo! Enredado estuvo allí, pataleando media hora entre los mil corceles que caracoleaban al rededor y los mil patriotas que hacian por favorecerle. Llevároule á una casa al fin y al cabo. Allí habia banquete de cien cubiertos, comilona imperial para honrar á Su Excelencia. Creerán ustedes que el pobre notario de la Curia no se quitó ni los tres ponchos, ni zamarros, ni espuelas, ni guantes de lana, ni sombrero de funda, ni bufanda, pero ni mascarilla para comer? Mascarilla, señores, mascarilla de coleta verde aforrada con brin, con dos anteojazos de hoja de lata, á uno de los cuales le faltaba la luna! Ese Polifemo de los Andes hacia la mas extraordinaria y graciosa figura que uno puede imaginar, intercalado allí entre tánto caballero de frac y chaleco de piqué, con su cara verde debajo de un sombrerito de castor, que bien lo hubiera querido el guardian de San Francisco. Así como Antonio Aurelio primero, rey de Araucania y Patagonia habia sido procurador de Perigaux, así, don Antonio el nuestro habia sido notario de la Curia, y pasado su vida á la puerta de la iglesia pidiendo para las ánimas; esto es habia sido animero: albarda sobre albarda. Si yo sé á tiempo estos graciosos empleos, ¿me hubiera ó no reido, en lugar de hacerle presidente? Sea de esto lo que fuere, mis lectores tienen prisa por saber de la manera que comia don Antonio, sin haberse quitado la mascarilla, ó el papahigo, como se llamaba en tiempo de Cervantes. Pues comia de este modo: con la una mano se alzaba la como bragueta que le cubria la boca, y con otra manejaba lindamente la cuchara, sin errar nunca la puerta. Los brindis los decia tan confusos, que era un difunto hablando; y los

ponchos le causaban tal incomodidad, que rompió mas de doce botellas y otros tantos vasos. Pues yo no solamente le hubiera botado de la presidensia; le hubiera fusilado. ¡Venir con papahigo desde Cuenca, y no quitárselo ni para comer!

En Latacunga igual exasperacion pública: don Antonio venia entrando en pueblos y ciudades como un Alejandro Magno: todo era triunfos; pero él lo echaba todo á perder con el papahigo y las alforjas, que por nada las queria confiar á nadie. Señor presidente, le dijo el gobernador de Leon, estas alforjitas pudiéramos ponerlas en mi caballo? "Oh, no no no no no no no!" se le oyó decir allá lejos, tras la impenetrable mascarilla. "Será blanco? preguntaba una vieja; "será negro!" será viejo? será mozo!" decia otra. "Tendrá barba? tendrá pelo?" Don Antonio, tras su buena barricada de la mascarilla, no se dejó ver ni del demonio en todo el tránsito. Llega la hora de comer en Latacunga; *il pranzo*, como dicen en Italia; le llaman á *pranzare*. El ilustre huesped, que no se ha quitado ponchos, zamarros, espuelas, bufanda, guantes, mascarilla, nada, sale, monta en su buen macho, y se va para Tilipulo sin despedirse ni del cura, dejándoles con un palmo de narices á esos buenos y atentos leoneses. Diganme, ¿fué ó no legítima la revolucion que le hicimos al animero? Que no hubiera sido sino el papahigo y el castor con funda de cuero blanco, yo no le hubiera aguantado mas de nueve meses. En Tilipulo el castellano le recibió con bocina, repiques de campanas, *churo* y mas ciremonias que son de uso y costumbre cuando á castillo llega caballero. Mas no se crea que nadie hubiese allí tratado de política: don Antonio se estuvo cuatro dias á admirar los telares de su compadre: parecíale eso la maquinaria mas estupenda que nunca hubiesen visto Lion ni Liberpool. "No es aquí donde se hace el raso de la China, señor don Manuel?" Preguntó. "Tanto como eso no, respondió don Manuel con modestia; pero hago mis buenas bayetas". Luego, llegándose á un grupo de indios pelados, negros y feos, indios de obraje, con la mayor buena fé del mundo, dijo: "Estos fabricantes deben de ser ingleses, señor don Manuel". "Ingleses! mi padre! son indios de estos contornos".

Siguieron recorriendo los telares, y dijo don Antonio: "Cómo hiciéramos, señor don Manuel, para que usted me proporcionara algunas varas de terciopelo amarillo de su fábrica?" Don Manuel, exasperado con tantas necedades, no pudo por ménos que responder con aspereza: "Don Antonio, con mil diablos, aquí no hacemos sino bayetas!".

Llegó por fin á la capital de la República el notario de la Curia. No habian transcurrido cinco dias, cuando nuestro Caton de Utica, botando, no la mascarilla, sino la máscara, se hallaba en una casuca de un barrio *non sanctus* rasgueando la guitarra, que se hacia pedazos.

Los ojos de mi morena
Se parecen á mis males:
Negros como mi fortuna,
Grandes como mis pesares,

cantaba don Antonio y le daba de recio á la guitarra. "Conque don Antuquito, de estos habíamos sido", exclamó un viejo, saliendo de por ahí, y palmeándole en la espalda.

Los hombres, todos nos somos
Cual mas cual ménos amantes;
Pero como yo ni el diablo,
Como dice Chatiubriandi.

Viva el presidente de la República! gritó una vieja, haciendo en medio cuarto una corbeta como de baile. Viva don Antonio! respondió una semi-vieja ó cuasi-muchacha, que era el centro hácia donde el notario de la Curia tiraba sus líneas.

Rey que non face justicia
Non debiera de reinare,
Nin cabalgar en caballo,
Nin con la reina folgare,

cantó don Antonio. "Eso no, dijo la vieja. Importará poco que no haga justicia, para los efectos de montar á caballo y lo demas. Don Antonio tosió, gargajeó, y con

mas gana, prosiguió :

Las mujeres son el diablo
Cuando se las quiere bien :
Ellas mismo lo confiesan;
Ahí está Madamestel.

"Este Madamestel, dijo la vieja, debe de ser algun moro antiguo, como Zorobabel?" Exactamente, respondió el majo, y siguió cantando, á tiempo que con los ojos le decia á la cuasi-muchacha :

Niña sois, pulcela tierna ;
Tu edad de quince no pasa :
Catorce tienes y meses,
Te juro en Dios y en mi ánima.

Cepos quedos, señor don Antonio, dijo el viejo, volviéndole á palmear la espalda : esta reverendísima beata, si no fuera mi sobrina, fuera mi tia. Yo sé cuantos años tiene.

Media noche era por filo,
Los gallos querian cantar :
Don Antonio con amores
No podia reposar.

Pero sí pudo echar algunos traguetes, cenar tres cuartas de morcilla negra, é irse á su casa dando cita para el juéves. Ahora dígannos peruanos, colombianos, chilenos y argentinos si era ó no urgente poner de las orejas en la calle á un santurron que pasa el dia en la puerta de la iglesia, gritando : Para hacer bien por las benditas ánimas del purgatorio, por el amor de Dios! y de noche sale á cantar en la guitarra :

Los hombres, todos nos somos
Cual mas cual ménos amantes;
Pero como yo ni el diablo,
Como dice Chatiubriandi.

Imprenta de Manuel V. Flor.

EL REGENERADOR.

POR JUAN MONTALVO. NUMERO 10.°

Quito, lúnes 28 de enero de 1878.

Sermon del padre Juna predicado en la basílica de San Juan Mártir.

Hallándose en Roma el autor de estos opúsculos avino un caso singular que dió en que se ocupe la ciudad eterna por mas de quince dias. Y fué que un viérnes debia haber sermon en la basílica de San Juan Mártir; sermon anunciado de antemano, con el aliciente de ser nuevo, desconocido y misterioso el orador. Decian unos que era el tal un fraile extranjero de mucho nombre que andaba viajando incógnito: el padre Jacinto, el padre Félix ó alguno de los oradores sagrados de mas fama en Europa. Otros pensaban que habia venido exprofeso un clérigo toscano que estaba dando golpe en Italia; y otros querian sostener que era un prodigio brotado del huevo del ruiseñor, como Tenorini, que se habia aparecido de repente por los huertos de Sorrento y Castellamare. La iglesia estaba llena de gente principal; la flor y nata de la ciudad eterna estaba allí, junto con ilustres viajeros y potentados de otras naciones. La reina Cristina, madre de doña Isabel segunda; la princesa Borghese; su eminencia el cardenal Bonaparte, su eminencia el cardenal Antonelli; el general de Goyon, comandante de las tropas francesas que entonces ocupaban á Roma en via de proteccion al papa; el Gran Duque de Báden; la célebre trágica Ristori, y otros personages de los que suelen acudir á la capital del mundo católico en ciertas épocas del año. Salió del presbiterio el predicador y subió al púlpito en medio de un profundo silencio. Era un fraile de la órden del seráfico padre; fraile altí-

simo, calada la capilla, la barba pegada al pecho, el andar lento y majestuoso. De pié se estuvo un cuarto de hora sin descubrirse ni decir palabra, cabizbajo, inmóvil como una estatua sobre una tumba. Diez mil ojos estaban en ese instante sobre el hermoso fantasma, y cinco mil almas colgadas de ese amenazante silencio. El mas desconocido de los circunstantes, de hombro contra una columna de mármol, tenia fijo el espíritu en ese fraile, que ántes de hablar ya era sublime; y le oyó con tal amor, que su oracion se le quedó grabada punto por punto en el pecho y la memoria.

Surge, et invoca Deum tuum. Hermanos mios, dijo al fin, echando la capilla á la espalda y sacando los brazos; hermanos mios, el asunto de que voy á tratar es el mas vasto, fecundo, tierno y respetable de cuantos se pueden ofrecer á la palabra. Amor de Dios es afeccion compuesta de todas las afecciones puras, amor de Dios es conjunto de virtudes y bellezas que por sí solo compone el mundo invisible que en armonioso mutismo está girando en la órbita de los espíritus celestiales .En noche despejada, cuando los astros resplandecen en el firmamento, y las estrellas pestañean y se mueven como ángeles recien nacidos, y la atmósfera transparente da paso á la vista hasta las nebulosas, y la naturaleza está recogida, y el mundo duerme arrullado por la música que proviene de los mil silencios del cielo y de la tierra, una criatura humana se halla embebecida en la obra del Todopoderoso, contemplando el universo sin que nadie le vea. Los vuelos de su pensamiento hácia la altura infinita, las sensaciones de su corazon, la maravilla de que se siente poseido, la fruicion inefable que conmueve santamente su alma, todo es amor, amor de Dios. Poesía es un vehemente amor de Dios. Los antiguos simbolizaron las pasiones en esos genios ó deidades que llamaron Musas: el númen ó inspirador supremo es el amor, amor de Dios. Porque amor de Dios es amor á la verdad, amor á la virtud, amor al prójimo, amor á la naturaleza. El reinado del amor no tiene fin. *Et regni ejus non erit finis.*

Un hombre viene por allí á paso lento, majestuoso en porte y ademan. Se pára, no se mueve, es un dios de mármol de los que adornan los pórticos de Atenas. Sobre ese hombre ha bajado el espíritu divino, su corazon está inundado por el amor: es el santo gentil á quien, como despues á Saulo, sale Dios al camino y le asalta, y le roba para la gloria. Saulo, dije, hermanos mios, el pagano que se iba para Damasco á cumplir sus propósitos contra los adoradores de Cristo, y allí se queda á media jornada, deslumbrado por la luz eterna, herido por el amor, amor de Dios. *Factum est cor eum tanquam cera liquescens.* El amor de Dios convierte el fierro en oro, el pedernal en diamante, el hielo en fuego. El amor de Dios desciende sobre los escogidos, y de gentiles hace cristianos, de perversos santos, de esbirros mártires. El amor de Dios purifica las entrañas, cura las llagas del pecho, y concilia una tal sensacion de bienestar, que es como una vaga sospecha de la bienaventuranza infinita. El amor de Dios enciende, consume, anonada. Ved esa mujer puesta de rodillas, las manos en el pecho, la frente arriba, los ojos clavados en el cielo. No hay vida en ella: sus miembros han perdido el movimiento, sus carnes la sensibilidad: ni ve con la vista, ni oye con el oido: esa mujer está encendida en el amor de Dios, consumida, anonadada por él: es Teresa de Jesus en éxtasis, esto es en arrebatos de amor, amor de Dios. Está velando y orando para la eternidad. *Vigilate et orate.*

Las virtudes son todas hijas del amor de Dios; y este amor comunica fuerzas superiores á la naturaleza humana. Y sino decidme ¿cómo pudiera San Cárlos Borromeo andarse dia y noche por las calles de Milan, entrando á todas las casas, alzando á todos los enfermos, sirviendo y socorriendo á todos los necesitados, sin desfallecer jamas y sin temor en medio de la peste que devora al pueblo? El santo obispo se echa á la espalda un saco lleno de vestidos, medicamentos, comestibles, y á paso firme sale á cumplir con su encargo. Este encargo lo ha recibido del cielo, y es visitar á los enfermos, dar de comer á los que han hambre, de beber á los que han sed, vestir á los desnudos y consolar á los afligidos. El amor de Dios le sirve de alas: vuela de un extremo á otro de

la ciudad. El amor de Dios es esencia salutífera: los malos olores, las pestilencias de los desgraciados no le ofenden. El amor de Dios es antídoto: el cólera no le toca. El amor de Dios es máquina de armonía: los ayes, los alaridos de los espirantes no le horripilan. El amor de Dios es fuerza: el santo obispo alza él sólo un moribundo, del patio donde ha caido lo transporta al lecho que alli le prepara él mismo; levanta un cuerpo muerto, y lo pone en la carreta que está pasando al cementerio. El amor de Dios es pan: el santo obispo no come veinte y cuatro horas, y no siente necesidad. El amor de Dios es agua pura: el santo obispo no bebe, y tiene frescas las entrañas, jugosa la garganta. La caridad, hermanos mios, esta virtud humilde, silenciosa, desconocida es un aspecto del amor de Dios. Pues habeis de saber que el amor de Dios es un prisma de muchas caras que da reflejos variados y produce colores que iluminan el espíritu de los que saben ponerlo al viso. Cuando movidos por él visitamos á los enfermos, vestimos á los desnudos, consolamos á los tristes, el amor de Dios se llama caridad. Cuando sufrimos injurias y perdonamos agravios, se llama paciencia, mansedumbre. Cuando sofrenamos las pasiones y las tenemos encadenadas á nuestros piés, se llama fortaleza. Cuando ponemos medida á nuestros apetitos y deseos, se llama templanza. Todas nuestras afecciones, bien dirigidas, puestas en movimiento con fines laudables, encierran el amor de Dios. La inclinacion del juez recto á la justicia, la pasion del filósofo por la verdad, las conexiones invisibles del poeta con la hermosura, el bello ideal del mundo, todo es amor de Dios; y este amor tanta cabida tiene en pechos de reyes y emperadores, como en el de rústicos y gañanes. El monarca que ama á su pueblo y le rige segun las leyes de la razon, ama á Dios. El pastor que cuida la ovejita recien nacida, ama á Dios. El amor de Dios es luz: donde él falta, las tinieblas fundan su imperio. Odio, venganza, mentira, envidia, incredulidad insensata, ira feroz, soberbia son negros personajes de ese reino profundo, negro donde no penetra el amor de Dios.

Oh tú que disimulas agravios, perdonas insultos, sufres y callas por mansedumbre, por bondad, tú amas á Dios.

Oh tú que no miras con desden al pobre, alargas la mano al caido, socorres al necesitado, tú amas á Dios.

Oh tú que no le hieres en su buena fama al prójimo, no urdes quimeras, no levantas falsos testimonios, tú amas á Dios.

Oh tú que honras á tus padres, velas por tus hijos, respetas á tus semejantes, tú amas á Dios.

Oh tú que no quitas la vida á tu hermano ni con cuchillo ni con lengua; que no le arrebatas sus haberes ni le promueves litigios inicuos, tú amas á Dios.

Oh tú que no profanas la inocencia con miradas y pensamientos infernales, no codicias la mujer de tu vecino, repeles á esa furia de ojos encendidos que te asalta por la noche, tú amas á Dios.

Oh tú que no propagas nociones perniciosas, no inculcas en el pueblo doctrinas subversivas, no le ensoberbeces ni le exaltas contra las demas clases sociales, tú amas á Dios. Hombre manso, modesto, diligente que hablas la verdad y gustas del trabajo, tú amas á Dios.

Qué estoy viendo por allí? exclamó el predicador variando el tono, en voz casi estridente. Unos labios se han abierto, y de ellos ha salido el santo nombre de Dios en vano. Ese no le ama. Unos ojos se han dirigido adonde no debieran; unos oidos se han pegado á una puerta, han oido y han corrido á hacer denuncio. Ese no le ama. Un corazon se ha hinchado de cólera, ha rugido de venganza; una lengua ha jurado perder á un hombre, beber sangre. Ese no le ama. Unas manos se han alargado sobre los bienes ajenos, han apañado y han desaparecido. Ese no le ama. Un hombre ha bebido hiel y emponzoñado sus entrañas con la mortal sustancia de la envidia. Ese no le ama.

Tirano! gritó de repente el fraile en voz furibunda que causó extremecimiento en el auditorio; tú, con tu soberbia insensata, tu corazon empedernido, tu lengua envenenada, tus uñas largas, tus ojos inyectados en sangre, tu alma llena de lacras y costurones, tus palabras envueltas en mentiras, tú, dices que amas á Dios? Y en esto se quedó el predicador mirando al concurso con unos ojos, una cara, una inclinacion del cuerpo, una posi-

cion de los brazos, que eran sin duda las de Isaías apostrofando y amenazando al pueblo. Rodeados de sus cómplices, tornó á decir, se beben los tiranos las iniquidades como el agua. *Bibunt iniquitatem quasi aquam.*

Impostor! dijo, tú que pervierte y desfiguras la verdad, vuelves negro lo blanco, disparas tus saetas y hieres en corazones puros; que difamas y perjudicas á tus semejantes, reniegas de la virtud y quemas incienso en aras del demonio, tú dices que amas á Dios? La lengua de un vil adulador es muchas veces mas sanguinaria que la mano del verdugo, dice nuestro padre San Agustin. *Plus persequitur lingua adulatoris quam manus interfectoris.*

Ebrio consuetudinario! que te echas furioso sobre la imágen del Criador, y le arañas y lastimas las facciones; que te sales de la razon y corres enloquecido por breñas y malezas; que te arrebatas y pones las manos en tu padre; que echas escorpiones por la boca y ofendes á tu propia esposa; que muestras medio desnudas las macilentas carnes; que miras con ojos desviados y nublados; que vacilas sobre tus plantas y vas causando risa en el vulgo; que encharcas las entrañas con licores incendiarios, y ardes en el fuego corruptor de los vicios mas terreros; que blasfemas y amenazas á los hombres; tú dices que amas á Dios?

Adúltera! ah... Yo veo una mujer que huye por ahí. Adónde corres, infelice? pára, deténte! Voy tras ti, te alcanzo, te echo mano... Conque el lecho nupcial, el lugar sagrado de la casa, el altar de la familia... Indigna! perversa! Alza los ojos, mírame! Y tu esposo, el compañero que recibiste del Altísimo, ese hombre crédulo y bueno está matándose por darte de comer, por vestirte como á reina. El sudor del trabajo, santo sudor, corre por su frente. Tiene el pecho fatigado, el brazo rendido. Sus afecciones todas tiran á un centro, y ese eres tú; sus deseos todos se cifran en uno, y es el de agradarte. Compareció contigo en el templo, ante el ministro de la Iglesia: él juró, juraste tú: cómo has cumplido tu juramento? Piensas que con huir huyes de Dios? piensas que con negar le engañas? piensas que con callar le satisfaces? No amas á tu marido, no amas á tus

hijos, y dices que amas á Dios? Responde! no respondes. *Illa autem tacebat, et nihil respondit.* No amas á Dios, no le amas. Y si no le amas, ¿qué será de ti, traidora? No amar á Dios es no tener fé. No amar á Dios, es no decir verdad. No amar á Dios, es no ser honesta. No amar á Dios es mirar con vilipendio la virtud. No amar á Dios es no cumplir con tus deberes. No amar á Dios, es no confesarle. No amar á Dios es ser pecadora incorregible, condenada en los juicios del Eterno!

Calló un instante el padre, y en acento lúgubre, prosiguió: Mira, de noche, tarde de la noche un espectro se presenta, y te pones á dar diente con diente. Viene desnudo, las costillas al aire, crugiéndole los huesos. Su cabeza no tiene pelo, su cara no tiene mejillas: los ojos se le han ido, y en su lugar están dos oscuros agujeros: la nariz es un hosesillo miserable, la boca una espantosa abertura: los brazos largos y secos: las piernas se le mueven desgonzadas: trae una flecha en la mano, y viene á caballo. Cerrada está tu puerta, y ha entrado; oscuro está tu cuarto, y le estás viendo. Es la muerte, desdichada!

Un grito agudísimo sonó tras mí. Volví la cabeza, y ví una señora que caia de espaldas. "Santísima Vírgen! exclamaron dos mujeres echándose sobre ella: señora condesa! señora condesa!" La condesa estaba arrojando una espuma verdosa por los labios; un estertor de agonía le estaba hirviendo en la garganta. Luego perdió hasta la respiracion; una lividez horrorosa se difundió por sus facciones, y quedó muda en brazos de sus siervas. El predicador habia callado. Echando de ver su golpe mortal, cortó el sermon, se caló la capilla, bajó del púlpito y desapareció. No á mucho de esto, un periódico de Nápoles nos puso al corriente de su paradero: "El juéves, decia, predicará en San Javier el reverendo padre Juna acerca de las vanidades del mundo. Roma está palpitando áun á la palabra de este insigne orador .&. &." La misma tarde un diario de la ciudad eterna daba esta noticia: "Hoy á las cinco de la mañana falleció la señora condesa Fedelina Mardinoff, noble dama rusa que andaba viajando por Italia. No ha podido recobrarse de la accesion que sufrió en San Juan Mártir,

y ha muerto ejemplarmente en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia."

De la pena de muerte, con una digresion.

No es nuestro ánimo tocar ahora de propósito esta materia de derecho público; queremos solamente hacer ver en pocas palabras que no hemos caido en contradiccion, como pretenden algunos lectores, no por falta de inteligencia, sino por este prurrito de hacer la guerra que á todos nos anima. "Se contradice, respondió una señora, habiéndosele preguntado acerca de "El Regenerador". En "El consejo de guerra" combate la pena de muerte; aquí la admite, y áun la aconseja". *Distinguo*: pena de muerte por delitos políticos, *nego;* pena de muerte por delitos comunes, concedo. Cuando consentimos en que los cuelguen, previa sentencia judicial, á esos zánganos bribones que buscan el sebo de sus vicios en rio revuelto, hablamos de los malhechores que ponen la revolucion al servicio del crímen, y con achaque de conspirar se abalanzan á cometer toda clase de acciones reprobadas. Así nosotros castigariamos con la horca en los conspiradores, no la conspiracion, sino la violencia, el latrocinio, el asesinato y mas proezas que los héroes de los bochinches suelen poner por obra en tanto que dan la ley desórden y libertinaje. A un desgraciado que en un arranque de celos, de ira, de venganza da muerte súbita á su ofensor, siendo quizá hombre bueno, le condenamos sin misericordia al último suplicio; y á un pícaro que llamándose soldado de la religion ó liberal propagandista rompe puertas, roba casas, fuerza mujeres, mata hombres ¿le hemos de mirar con respeto su negra vida? Miles de comunistas han sido ajusticiados en Francia, no por el delito de conspiracion, sino por las atrocidades sin cuento que cometieron en ella. Los palacios incendiados, los templos saqueados, los obispos asesinados no fueron revolucion simplemente; fueron crímenes de mas de marca; fueron incendio, sacrilegio, homicidio. Estas delicadas acciones no son política, ni el marques de Beccaria está orando *pro Fer-*

ré, pro Luzt, pro Lolive y mas facinerosos que en todo tiempo son la vergüenza del género humano. Una revolucion legítima, decente, humana, Monsieur Thiers y el Parlamento la hubieran perdonado; mas esa infernal bolina, esas bacanales á medio dia, esas fiestas de la diosa Razon donde hombres perversos van cantando por las calles con sendas cabezas en sus picas; donde mujeres infames arbolan en el brazo la tea destructora y dan alaridos de furor; estos acontecimientos del infierno que ocurren en los negros dias de las naciones, requieren fuerza de parte del espíritu bienhechor, el genio invisible que salva á los pueblos del abismo adonde corren á sabiendas. La espada de la ley rompe por el medio, y la razon da fuerza al brazo de la patria. A un pícaro que ha hecho muertes, no en funciones de armas, no en enemigos puestos á la defensiva, sino en el hogar pacífico, en el ciudadano civil, condenadle á pena de la vida, no por el delito de sedicion, mas áun por el asesinato. Si no ha cometido ni este ni otro crímen, castigad en él la sedicion, humana, suavemente. Nuestra doctrina queda en limpio. Si nos ha faltado habilidad para darnos á entender, censúren en nosotros las personas competentes la confusion y el mal escrito; duda en nuestro ánimo respecto de materias como esta, y contradiccion maliciosa, no han de hallar. Puede uno ser menguado escritor: sea él hombre de bien, sincero consigo mismo y los demas, y no se muera de que le echen la casa encima.

Los liberales á todo trance van sin duda á poner en cuarentena nuestros principios. Los que son liberales, no por meditacion, no por conviccion, sino por ese flujo de serlo que trae dementados á los jóvenes de ciertas repúblicas argonautas, esos, decimos, no sufren que uno sea liberal conforme con los dictados de la razon y los consejos de la experiencia: lo ha de ser rompiendo por todo género de consideraciones, ó pasa por retrógrado, clerical y confesador, áun cuando no se confiese. Por repúblicas argonautas entendemos esas que andan viajando por el aire ántes de que Mongolfier hubiese perfeccionado su descubrimiento. Naves sin timon, se van por el espacio, subiendo y bajando segun los vaivenes de la atmósfera, sin saber cuando ni adonde han de llegar. Bueno seria

que nos remontásemos al sol, y semejantes al filósofo que pedia á los dioses le concediesen ver la luz en su orígen, fuésemos llevados al foco de la claridad por camino cierto, conducidos por el genio de la sabiduría; pero si cuando imaginamos estarnos entrando por las puertas del cielo, nos hallamos perdidos en un arenal donde arrecian los vientos, ¿no hubiera sido mejor que permaneciésemos juiciosamente en casa? Un majadero de mucha fama, de esos que emboban á los frívolos y allegan buenos cuartos en el país de las *marionettes* (decid títeres), ha inventado el modo de llegar á la luna; y es un cañon monstruo en el cual entrais de proyectil con vuestra familia y un par de toda especie de animales, y vais á pazar entre los selenitas. El liberalismo sin ojos es el cañon de Julio Verne; los liberales sin caletre son el dichoso proyectil de ese gabacho desvanecido. ¡Y quién dijera que con tan sándias invenciones se hubiese vuelto gran señor ese escritorzuelo!

Si disimulasen la figura, todavía les traeriamos nosotros un caso á los viajeros á la luna ó liberales voladores; y es el viaje de los dos andantes en busca de los palacios encantados de las Melisas y las Circes de los aires. Clavileño es el liberalismo rojo-candente; los liberales candentes son esos buenos aventureros que se ponen á horcajadillas sobre un palo, bendados los ojos, y piensan que están quemándose en las regiones solares, cuando no hay sino que los duques les están haciendo chamuscar las orejas con papeles y trapos encendidos. Abren los ojos los valerosos caballeros, si es que los abren ni el dia del juicio, y ven que su corcel es de madera, y no se han movido del patio del castillo. Qué importa? ellos se dan á entender que vuelan en alas de águila. Pegaso hacia brotar fuentes de agua pura donde heria con el casco; Clavileño no sabe herir el suelo; y si lo hiriera, no brotara de allí sino asafétida. "El partido", "los principios", "la causa", y arrempuje, y meta la cabeza, y échese usted á los infiernos: lo que conviene es ser liberal á todo trance. No ha mucho, por ser conservadores á todo trance, mataron los colombianos treinta mil de sus compatriotas; hoy, por ser liberales á todo trance, acaban de matar veinte mil de sus compatriotas. La separacion de la Iglesia y el Estado, la libertad absoluta de imprenta y de palabra han producido esta espantosa revolucion. Los obispos gritando en el púlpito: A las armas! han puesto á la vista los inconvenientes de la libertad ilimitada. El general Mosquera dió cuenta al gobierno de la Union Colombiana de esta conspiracion pública en la iglesia; don Manuel Murillo, presidente, contesó: "Los obispos están en su derecho: en Colombia el uso de la palabra no tiene restriccion". Sí la tiene: Los Chancos, Garrapata, Manizales son los términos legales de la libertad inrestricta de palabra. En cuanto á la independencia absoluta de la Iglesia, la establece la ley; mas para impedir sus efectos, los legisladores han tenido á bien dictar otra ley que la destruya; ley de tuicion, inspeccion de cultos, ú otro término ingenioso. He aquí, pues, que los colombianos, cuando pensaban haber dado un tranco sublime con la separacion de la Iglesia y el Estado, se hallan en el mismo sitio con la ley de inspeccion de cultos, que destruye la independencia de la Iglesia. Los gigantes de Homero dan pasos descomunales; y como no tienen vista, se vuelven sin saberlo al mismo puesto. Disputando nosotros una vez con un rojo-candente de Bogotá, le dimos un tapaboca con estas observaciones; y él salió de apuros con decir: "usted no es liberal." Liberal de Homero, no lo somos. Liberal de Dante Alighieri que interroga severamente á los réprobos de los nueve círculos, y sube al paraiso en busca de las almas puras, lo somos.

Bien es verdad que cuando pasamos del infierno candente al infierno helado, estamos por atenernos á las llamas de los rojos. Hay un pueblo en el mundo, una república democrática en la América del sur, donde hemos visto sostener en certámenes solemnes que el sufragio universal es una usurpacion de los demagogos; que la enseñanza laica es un atentado contra la religion; que el Santo Oficio fué tribunal verdaderamente santo, y debe ser restablecido; que la Iglesia tiene derecho de vida y muerte sobre los habitantes de la tierra, y otras impiedades y crímenes hablados que sobrarian para atraer sobre esta nacion el fuego de Sodoma. Por donde podemos ver que la sabiduría no se desenvuelve jamas fuera de la ver-

dad, y que solamente la moderacion es capaz de obras sólidas y provechosas. No será fuera de propósito añadir cuatro palabras respecto de la separacion de la Iglesia y el Estado, reforma que los liberales voladores tienen por necesaria, y áun urgente, en las cinco partes de la tierra, enseñando con el dedo á los Estados Unidos. El principio, será bueno ó malo; no queremos discurrir en él ahora: hacemos notar solamente á nuestros excelentes amigos, que los americanos del Norte fueron pueblo de largo tiempo civilizado antes de su emancipacion de la metrópoli; que el temperamento de la raza anglo-sajona es la paz y el órden; que la tolerancia está en sus leyes y en sus costumbres; que ella es moderada en la ambicion, sueve en la obediencia; que sus luces son muy superiores á las nuestras; que ha tenido entre los fundadores de su independencia hombres como Franklin, Adams, Jéfferson, dechados de buen juicio y altamente autorizados; que los católicos son un puñado de individuos en esa gran nacion donde tienen cabida todas las religiones del mundo. Nosotros, buenas piezas, que si somos obispos queremos ser generales al mismo tiempo, y si somos generales no dejamos de ser obispos, ¿ cuándo diablos nos hemos de convenir en que la Iglesia y el Estado vayan cada cual por su camino ? Ni el uno renuncia las campanas, ni la otra quiere aflojar los cañones; pues cañones y campanas vayan juntos como buenos consortes, dándose de codazos y pisándose en los pies adrede á cada paso. Matrimonio es ayuntamiento de varon y de fembra, para vivir siempre en uno é non se departir, dice don Alonso el Sábio en las Siete Partidas; y nosotros añadimos: é para llamar el home vieja á la muier, é la muier bellaco é robador al home; é cuando esten en el lecho volver la espalda el uno al otro, é tirar coces, é llamar al enemigo malo, é facerlo venir á entre ellos. E plañir la fembra, é decir que en mala hora fuera nacida; et irse el masculino á la calle, é non tornar pasados cuatro dias; é la fembra apagar el foego, é romper los platos, é non dar de comer al marido.

Dura lex, sed lex: si esta es la ley, de obedecerla tenemos. El Patronato, amigos, ¿ que decis ? No ! Esa ley es ley *cismática* para vosotros, eclesiásticos. Cismáticos fueron vuestros padres, cismáticos habeis sido vosotros mismos, puesto que la habeis admitido y observado durante cuarenta años. El Patronato, amigos, ¿ qué decis ? No ? Pues un concordato digno de un pueblo libre é ilustrado. La separacion é independencia absoluta de las dos potestades, civil y eclesiástica, seria, atento el escaso caudal de nuestras luces, atentas nuestras costumbres, fuente de disensiones y disturbios que acabarian por una espantosa revolucion. Quitadle al clero sus rentas habituales, su modo de vivir conocido, y él hallará modo de enriquecerse desmedidamente, legislando, como ha sucedido en Colombia. Si es tan ganso que no acierte con la vena de oro, cae en la miseria, se envilece; y de una clase respetable, habremos hecho una gabilla de mendigos despreciables. Y el confesonario . . . ? y las excomuniones . . . ? Podemos hacer leyes para los pueblos; no nos es dable hacer pueblos para las leyes. Atemperándose al principio del legislador de los atenienses, las naciones mas juiciosas han venido á ser las mas felices.

De la pena de muerte.

II.

César Bonesano, marques de Beccaria, es una de las figuras mas hermosas de nuestros tiempos: inteligencia sublime, corazon puro, vida limpia, no podian los miseros del mundo hallar abogado mas propio ni mejor. El quiere la abolicion de la pena capital; pero no llega á la elocuencia sino por una de sus caras: conmueve, no convence. Los sabios del Areópago discutian á oscuras, porque el orador no acudiese á los arbitrios de la retórica. Para salir bien con ellos se habian menester tres cosas: razon, razon y más razon: gestos y suspiros no hallaban cabida en ese recinto de la austeridad: las lágrimas no son atributo de Minerva. Los areopagitas le hubieran puesto en la puerta al marques de Beccaria coronado de flores, y lo propio hubieran hecho los ingleses, entre los cuales los recursos oratorios estaban prohibidos. La sociedad humana, dicen Becca-

ria y sus prosélitos, no tiene derecho de quitar la vida, porque nadie lo tiene para quitar lo que no puede dar. La sociedad humana no puede tampoco dar libertad, y la quita. Si para suplir el patíbulo han inventado los novadores la penitenciaría ó cárcel reglamentada, para suplir esta invencion ¿ por qué no inventan otra cosa?

Habia en la clase principal de Francia una mujer noble llamada marquesa de Branvilliers. Hermosa era, y de talento, rica ademas y muy bien puesta en la aristocracia de Luis décimo cuarto.

Habia por el mismo tiempo un mancebo noble llamado Sainte-Croix, que acababa de salir de la Bastilla. En esta prision de Estado conoció á Elixi, el famoso envenenador, y le aprendió su arte en grado tal, que llegó á competir con su maestro. El y la Branvilliers se trabaron de amores tan luego como se vieron. Las personas de la familia de esta noble dama principiaron á irse á la eternidad unas tras otras, varones y hembras, viejos y niños, cual si el cólera asiático hubiese invadido todas las casas á ella pertenecientes. Desde el deudo mas remoto hasta sus hermanos, á todos los envenenó la bella marquesita. No teniendo ya sobrinos, tias, abuelas, amasaba en su casa y mandaba el pan á los hospitales : los enfermos que lo comian dando gracias á la buena señora, pasaban luego á mejor vida. Quedaba su padre, un buen anciano temeroso de Dios y adorador de su hija. Amaneció un dia, y el viejo murió por la noche, de veneno. María Rabutin Chantal, marquesa de Sevigné, cuenta en sus cartas que ella vió el cuerpesito de la Branvilliers columpiando en la horca, desnudo, gordo, hermoso : *son petit corps mignon*, dice. Lástima! quitar la vida á la marquesita, tan donosa, tan achispada, tan amable . . . en vez de ponerla en un palacio rodeada de amigos que la cortejen y la cuiden. Qué tal, señores liberales?

En un pueblo de Alsacia, cerca del Rin, vivia no ha mucho una familia cristiana, en cuyo hogar se practicaban las virtudes. Llegó una tarde un muchacho pobre, y pidió pan por trabajo. El padre, la madre de esa familia fueron los suyos; los hijos le miraron como hermano, y vivieron en uno largo tiempo. Miembro era ya

de la familia : para con él, escusada la reserva. Un dia el viejo tuvo que hacer un viaje industrial : abrazó á su esposa, á los niños, y se fué con su hijo adoptivo. Al cabo de dias, vuelve este sólo, trae órden de su padre de llevar á la familia á tal ciudad, á tal casa de parientes donde los está esperando. La buena mujer no pierde tiempo de dar gusto á su marido : carga con los muchachitos, y sale guiada por el compañero de su esposo. La noche es oscura, relampaguea y llueve, los perros ladran siniestramente. El guia los conduce á una cueva, fuera de camino, y los extermina : de un golpe súbito, cae muerto el hermano mayor : cierra á puñaladas con su madre, ahorca á dos niñas y un niño, todo por apoderarse de los escasos bienes de fortuna de sus benefactores. En cuanto al padre, lo habia dejado enterrado debajo de una piedra. Liberales, oh liberales, hagamos jaula de oro para conservar este raro y hermoso pajarillo; mantengámoslo con biscochuelos, vino, albaricoques y chirimoyas. La sociedad humana no tiene derecho de quitar esa preciosa vida; él si tuvo el de exterminar una familia entera. La nacion mas civilizada del mundo no piensa como vosotros : si no dais asenso á mis palabras, salid por la madrugada en la ciudad de Paris, y vereis por vuestros ojos. La mañana está triste, la niebla de invierno se arrastra por las calles, el ambiente es helador. Entre la Roquette y la Bastilla está alzado el trono de la muerte, negro y terrible : la víctima y el sacerdote se hallan encima. Ese hombre de sombrero de picos es el verdugo; ese que él tiene del pelo mancornado contra la guillotina, es el reo. Cayó la cuchilla; un ruido seco hizo estremecer á los circunstantes : el sacrificio estaba consumado. El verdugo levantó la cabeza del difunto caliente, y sonriendo la hizo ver en alto á los curiosos del patíbulo. La cabeza de Tropmann no protestó contra la iniquidad de la sentencia; y eso que *Monsieur de Paris* no le tapaba la boca.

Lo que podrán hacer legisladores sábios será graduar la pena, graduar la muerte, si decimos. Un homicidio no premeditado, que resulta allí luego de enfurecimiento súbito, de una atroz injuria, un arrebato de celos, una venganza fundada, es, sin duda, delito mucho menor

que las obras de los criminales de profesion, los malvados reinsidentes, los bribones enemigos de Dios y de los hombres. Prision para los primeros, y no perpétua; muerte para los segundos, irremisiblente. Las naciones que cuentan mil años de civilizacion y experiencia no han abolido la pena capital: Francia, Alemania, la Gran Bretaña, todas la tienen consignadas en sus códigos para los grandes crímenes. Los Estados Unidos casi todos la abolieron en sus constituciones particulares: fuera de dos ó tres, todos la han restablecido despues de un doloroso desengaño; y nadie dirá que los Estados del Norte no son liberales. Si carecemos de sabiduría propia, atengámonos á la de los pueblos mas aptos que nosotros. La Ninfa Egeria de Numa era un genio que resultaba del buen juicio y la experiencia.

Beccaria nada hubiera podido en el Areópago: se va derecho al corazon, y hiere en él, y las lágrimas saltan en brote sublime. Pero el juez no tiene entrañas: dentro de su cabeza está hirviendo la luz, de su brazo está pendiente la balanza de Astrea. Mal hemos dicho; tiene entrañas, y frescas, y puras, y suaves: quien no tiene derecho de entrar en ellas es esa deidad terrible cuyo rostro viene teñido en sangre. Némesis no halla lugar en el banquete de los dioses, y se anda solitaria y meditabunda entre las sombras de la noche. Terneza, compasion pueden ser avenideras con la justicia: el mínimun de la pena es el amor del juez caritativo. La injusticia le mata, por que le infama.

Beccaria no hiere en la dificultad: echa mano por las pasiones delicadas del corazon, esas que pueden llamarse flaquezas celestiales; y saca sus argumentos no del centro, sino de la circunferencia del asunto. Vedlos aquí.

Una viuda del lugar de Icci, enItalia,habia desaparecido, sin que nadie supiese de ella. El rumor de su muerte se difunde: los magistrados pesquisàn el delito. Un hombre que andaba por el campo, así como ve comparecer por ahí los policiales, se oculta en un matorral. Hanle visto los ministriles: dan sobre él, y sin averiguacion ninguna, le arrastran maniatado á la cárcel, donde le ponen grillos. El tribunal le condena á muerte como reo

de homicidio. Dos años despues de este asesinato jurídico, la difunta se presenta sana y buena en el lugar donde su matador habia sido ajusticiado. El tribunal condenó al supuesto homicida sin que constara el homicidio. Annoeus Robert y Pablo Rizzi han proporcionado estos argumentos al marques de Beccaria; pero estos argumentos no son contra el derecho de la sociedad humana para quitar la vida á un delincuente; no hacen ver sino que esos jueces faltaron á su deber, juzgando sin que constase el mal fecho, y condenando sin buscar el cuerpo del delito.

Lapivardiere ha sido asesinado por órden de su mujer en su casa de campo. Dos criadas han visto la ejecucion del crímen, y lo declaran con juramento. Su hija misma le ha oido exclamar: Gran Dios, tened piedad de mí! Otra criada depone en artículo de muerte, al recibir la Eucaristía, que su señora ha hecho y visto matar á su amo. Hay quien ha oido el tiro; hay quien ha visto la ropa teñida en sangre. Los jueces persiguen el crímen con gran actividad, condenan al último suplicio á la matadora. La Pivardiere vuelve á su casa, y se presenta al tribunal como prueba viva de la inocencia de su esposa. El tribunal se llena de indignacion: "Cómo, dice, pretendeis saber mas que los magistrados? os hemos declarado muerto, y teneis la audacia de presentaros aquí vivo? Qué importa que seais el mismo La Pivardiere, si La Pivardiere no existe? Venid acá: no es cierto que os hizo asesinar vuestra mujer? pues cómo pensais que estais aquí, y sano y bueno? Hay pruebas irrefutables de vuestra muerte; retiraos!

El tribunal le declara impostor, y va á condenarle á la horca, en pena de no haber sido realmente asesinado.

Sabeis cuándo hemos de abolir la pena capital? Cuando á fuerza de luces y buenas costumbres, cuando á fuerza de enseñar y practicar las virtudes hayamos conseguido la extirpacion de la traicion, el incendio, el sacrilegio, el homicidio. Para entónces, oh liberales, contad con el voto de este vuestro servidor y amigo. Mas si cayere en vuestras manos el negro que mató al compañero

de Bolívar en Jamaica, por matar á Bolívar mismo; el blanco que mandó asesinar en Berruecos á Antonio José de Sucre; el malvado que dió de puñaladas en Paris á Monseñor Sibour; al monstruo que envenenó al arzobispo de Quito, colgadlos sin consultarnos; colgadlos, cual á otros Zuázolas, y recibid la bendicion de la justicia.

La suerte de los hombres de buena fé en este mundo pecador.

II.

Don Pedro Márcos de la Rosa, el colombiano de po ha, se ha lamentado amargamente de que el Cosmopolita se hubiese pasado á los conservadores. Y lo sabia de buena tinta el gran cachaco; de persona autorizada por las canas. Dios de bondad! á los liberales les dicen que me he vuelto clerical; á los clérigos les dicen que soy enemigo del Gobierno, por que no me dan gusto en ahorcar frailes y colgar monjas. ¿Soy yo por ventura quien he impuesto contribuciones á conventos y monasterios, he desterrado obispos, he traido á la cárcel párrocos y coadjutores? Si Urbina sabe que le he aconsejado estas cosas, denúncieme á la justicia de Dios y entrégueme al brazo secular. El Regenerador está á la vista: no es radical á lo Félix Pyat, ni conservador á lo Veuillot: es liberal razonable, de conciencia y conviccion; liberal que no deja de serlo cuando le conviene; liberal cuyo liberalismo no consiste en llamar bribon á Bossuet, ni en expresar su sentimiento de que Garibaldi no hubiese podido fusilar al papa en la plaza de S. Pedro; liberal cuyas doctrinas son propaganda de las luces, práctica de la justicia, progreso intelectual y material. Conservador, lo soy tambien: conservador del órden, el patriotismo, las buenas costumbres; conservador del bien, el pundonor, la vergüenza. Vergüenza, divinidad protectora que nos salva de vicios é ignorancia, nos pone la mano en los labios cuando vamos á proferir una impostura, nos cierra el camino cuando intentamos un paso reprensible, y nos mete fuego á las mejillas cuando apesar de ella hemos caido en caso de ménos valer. Caer en caso de ménos valer es incurrir en infamia: importa poco no os aprovecheis de mis lecciones de lengua castellana; cargad la consideracion en mis reflexiones acerca de la moral, y quedaré satisfecho. Soy, pues, incendiario por una parte; comunista que vuela con la tea encendida en la mano. Pongo fuego á la sangre de los jóvenes que no han perdido la combustibilidad de la honra, no la han helado para siempre con los vicios: embarro de luz el pecho de las mujeres buenas, y las hago arder en el santo petróleo de la virtud: escalo la cabeza donde está oscura la inteligencia, y soplo en ella, y la enciendo: sacudo las pasiones, las froto unas con otras, y la chispa de la vida brota y se levanta. Soy incendiario, criminal: estoy en el banco de la Inquisicion: llamas propicias, llamas salvadoras, arded sobre mí, debajo de mi cuerpo, en torno mio: arrancadme de manos del verdugo, robadme de estos hombres malos que á nombre de Dios consuman obras del demonio. El ángel de mi guarda cargará con mis cenizas; no queden ellas en la tierra, no sea que los mansos, los caritativos se las beban revueltas en la sangre de mis hijos.

Soy tambien conservador, estacionario: me parece bien la postura de San Simon Estilita. No me gusta dar un paso fuera de mis deberes ni salir un punto de los límites de la justicia: moderacion, conveniencia públiça son órbitas en las cuales debemos girar perpetuamente los hombres modestos en política. Las trancadas desmedidas por el mundo oscuro del error, los vuelcos de los gigantes sin vista, las incursiones de los bárbaros en el imperio de la sana razon, nada de esto es mio. Soy conservador, me estoy en mi lugar, y no progreso admirablemente convirtiendo los colegios en cuarteles, y buscando modo de volver inútiles las rentas asignadas por la ley á las obras procomunales. Adelante, liberales á lo Fernando VII.: yo con mis jóvenes incorruptibles me quedo atras. Nosotros somos conservadores, retrógrados: no se nos entiende un ápice en esto de apagar la luz y echar á los perros el pan de vida.

Impío para los clérigos, clerical para los impíos, por la misma causa. ¿Es por ventura ser conservador

no cometer pecado ni delito sino con el nombre de Dios en la boca, quererlo todo para nosotros, nada para los demas? Es por ventura ser liberal no proferir nunca una palabra de verdad, no dar un paso teniendo á la vista el procomun? Pues yo no soy ni liberal ni conservador: soy hombre de buena fé, santo inocente que se pierde en un abismo de ilusiones, hijo de la patria boba, majadero que á fuerza de labor útil se ha de comer las manos, á fuerza de sinceridad y franqueza ha de morir en el destierro. En una palabra, como todos son hombres de rectitud y buenas intenciones, yo no puedo sino ser un pícaro de siete zuelas. "Y por qué no lee tambien la contestacion del Regenerador?" le preguntaron á un vicario que habia hecho rodeo de curas para leerles el anónimo del Pietro Aretino de Sud-América. "Porque no conviene", respondió el cleriganzo en voz de puerco verriondo. Esta breve contestacion envuelve todo un sistema: ocultacion de la verdad, propagacion de la calumnia, esto es lo que conviene? Puede conveniros á vosotros: á los que sirven á Dios con el amor al prójimo, la caridad oculta, la humildad de corazon, el miedo de la deshonra, el deseo de serville segun el caudal de sus facultades, no les conviene eso, sino rendir homenaje á Jesucristo imitándole en el horror á la mentira y el amor á sus semejantes. Mas no piensen los conservadores á quienes no les convienen la verdad y la justicia que los abomino mas que á *los liberales* que persiguen de muerte la instruccion pública, entregan los colegios á los soldados, cercenan hasta no mas el sueldo de los maestros de escuela, suprimen el de los catedráticos, llaman disparates los proyectos de puentes y caminos, y conceptúan retrógrados, pasados y clericales á los que no quieren ser progresistas á su modo. Si no me reanimara el convencimiento de que soy el mas pícaro de los nacidos, aqui me acabara de morir de pesadumbre. Mas lo que me quiere quitar la vida á despecho de ese cordial, es la consideracion de que hasta ahora nada he podido en este pueblo despues de doce años de brega constante. Buen nombre, eso sí, fuera de mi patria: en el Ecuador, quemado todos los dias por radical de parte de los clérigos, por clerical de parte de los

comunistas. O yo soy loco, ó mis compatriotas son los trogloditas del nuevo mundo. Para no serlo verdaderamente, me voy á un monte, hasta que me sea dado irme en destierro voluntario, y para siempre. Oh amigos, oh enemigos, escribid, entendeos, resplandeced en luces y virtudes; yo estoy ya cansado de ser tonto, aunque vosotros no os cansareis jamas de perseguir al que nunca ha propendido á otra cosa que al bien de la República.

El Ministro Plenipotenciario de Colombia.

Desea el señor Ministro saber por qué hemos hecho hincapié en la palabra *invasion* usada por el general Hurtado. Esto ha sido por que de ella se sirvieron Urbina y sus aláteres para echar por tierra el cargo de la intervencion armada; y por que para el mismo fin el señor Plenipotenciario se sirvió comunicarles la nota que la contiene. Siempre hemos estado lejos de tener al Gobierno de la Union Colombiana por cómplice en las obras de sus oficiales; antes hemos creido que si habia tejemaneje, él estaba en otra parte. El Sor. Ministro ha tomado una hipótesis por una aseveracion, y de esto proviene su queja. En siendo invasion, dijimos, el Gobierno del Ecuador debió haber procedido de este y del otro modo. No pueden las dificultades materiales y la falta de arbitrios de un Gobierno destruir ni modificar los principios eternos de justicia ni las leyes del derecho de gentes. Sentimos que el de Colombia se halle en la imposibilidad, segun su representante en el Ecuador, de frustrar las empresas ilícitas de sus generales; pero esto no quita que le recordemos á Colombia lo que deben todos los pueblos á la civilizacion y la sana política. Los invasores ó auxiliares han declarado que volverán al Ecuador cuando se ofrezca. El Gobierno general está, pues, advertido, y le sobra tiempo para obviar el inconveniente de la distancia. Dijimos en nuestro número nono que el Gobierno general habia confesado oficialmente la invasion; sostener que la habia ordenado, no fué nuestro ánimo. Si el Sor. Ministro se admi-

ra de que nos hubiese hecho falta por un instante *nuestra clara inteligencia*, nosotros apelamos á la suya, mas clara áun que la nuestra. En todo caso, el término está hallado, y todo género de dificultades concluye con *la venida*. El general Hurtado dijo invasion, por falta de otro vocablo: ya sabe que en adelante ha de decir venida. *Eureka!*

Pone en duda el honorable diplomático que don Venancio Rueda hubiese andado importunando al Sor. Carbo y su succesor acerca de que firmasen un convenio de mutua proteccion, sin alcanzar, probablemente, lo grave de semejante contingencia. A Rueda, en el asunto interesado, le toca escribir á esos señores, y con su contestacion, darnos la desmentida.

Polémica se llama la discusion decorosa entre personas razonables: los que van persiguiendo la verdad movidos por la buena fé, guiados por el buen juicio, están en polémica, y de ella pueden sacar deducciones útiles para la moral en globo y para el dilucidamiento del caso especial que tienen entre manos. El que *no quiere entrar en polémica*, no sienta puntos que requieren contestacion; y el que ansía por la luz, no huye de ella, aun cuando aborrezca la disputa.

El árbol de Navidad.

Costumbre es de nuestra raza endulzar la boca despues de la comida con algun bocadillo suave y delicado que destruya lo fuerte y barra lo picante de ciertos alimentos. Miren ustedes que esto de divinizarse uno con una gelatina temblorosa, voluptuosa, como oro viviente, es gusto de los mas saludables de la vida. Se entiende cuando ella es obra de manecitas blancas, aterciopeladas, de uña limpia, las yemas de cuyos dedos parezcan botones de rosa, y se muevan graciosas y livianas, cual si un ángel estuviera haciendo retórica por medio de ellas. Si la gelatina proviene de manos de negra, ya no me gusta: mis cocineras han de ser las heroinas de lord Byron, esas Aideas y Gulnares, de las cuales mujeres á las queridas de Apolo no va diferencia ninguna. Por eso tengo

un pique mortal con los clérigos que me han robado la buena voluntad de las monjas del Cármen Bajo, yéndoles á mentir que he pedido al viejo Urbina les aumente la contribucion, siendo así que yo he pedido lo contrario á ese rancio galan: ¿no es verdad, amigos que me leis? Pues van mis cleriguitos y les dicen que *el monstruo* pide diez mil pesos contra su monasterio; que habla de ellas como del convento de la hermana Caracciolo; que á todas las llama viejas, y otros embustes y desvergüenzas de mayor cuantía. Yo era uno como Arcipreste de Hita, aunque no me llamo Juan Ruiz: pan redondo, abultado, de convexidad en cuyo seno se apiñan los geniecitos del hambre: pan gracioso, de linda forma, semejante á la mejilla de una muchacha de buena salud. Suspiros sin peso absolutamente, que no son sino palabras de cariño cuajadas en el aire; vientecillo que forma su cuerpo rozando con los jazmines y las azucenas. Délficas en las cuales el jóven Narciso hubiera podido verse la cara. Grajeas de que se harta lleno de alegría ese muchachito que anda desnudo, regalando la vista con la gordura de sus miembros; que juega y amenaza con sus flechas; que dispara de súbito, acierta en el corazon, y huye matándose de risa. Dulce de naranja de color celestial, cuyo amargor delicioso entona el paladar y el espíritu. Biscochuelos como espuma concreta, espuma de oro endulzada con el almívar que Hebe y Ganimedes extraen de las flores del cielo. Y unas fuentes, señores, unas fuentes del manjar cuyo nombre no me es dado poner por escrito, á causa que el vulgo le aprosa la poesía. Si dais con él por las señas, tanto mejor. Tiene encima asaz de tajadas verdes de la fruta americana: la yema del huevo, endurecida, le adorna al rededor: el ají, ardiendo y amenazando, está prendido de trecho en trecho en elegante postura: la cebolla, picada y abierta en forma de blanca rosa, tiene lugar en varios sitios; y la papa, gruesa, redonda, amarilla, como dueña de la fiesta, saca afuera el pecho y desafia que nadie la supere en gordura é incentivos. Si la he dado su nombre á esta hembra harinosa, no ha sido por escritor ordinario, oh vosotros los cultos humanistas que no alcanzais el arte de volver sublimes los objetos comunes: he nombrado la papa, así como el rey de Francia Luis dé-

cimo sexto se adornaba prendiendo en el ojal de su levita una flor de nuestro humilde tubérculo. Digo pues que todas estas gangas me han quitado los clérigos con sus chismes, y que ahora así me regalan las monjas como entrar en la masonería.

Iba yo diciendo que despues de una comida salada y picante, los postres nos refrescan y alivian como re-daño bienhechor. Lord Byron, el ingles nombrado poco ha, terminaba su comida con cebolla fuerte ó con queso de Rochefort : queso pólvora, queso incendio, queso que es una batalla en la boca. Estos eran los postres de Child-de Harold; dulces acordes con su temperamento. La irritacion de ese pecho, la amargura de esa alma, el embolismo de sombras que revoloteaban en ese espíritu, no podian avenirse con los suaves alimentos de esas como deidades que él creaba para sus poemas. El Tasso, por el contrario, era lo que se llama un goloso : no comia sino dulces, confites, colaciones, frutas : era un niño de España. Nosotros, buenos hijos de esta buena madre, gustamos sobremanera de concluir nuestras comidas con manjares dulces, y de esto no podrian sacarnos los ingleses, si llegaran á ser nuestros conquistadores. Despues de la intervencion armada, los consejos de guerra, la pena de muerte y otras cosas amargas, ¿no convendria un postrecito suave, delicado, que nos entonase el organismo con el aroma y la dulzura? Para esto iba yo á componer "El árbol de Navidad", que de seguro hubiera sido un melocoton dorado puesto gallardamente sobre su asiento de puro almívar. El árbol de Navidad es el símbolo de la inocencia y los placeres de los niños en las ciudades de Francia, Alemania y otras naciones de Europa : con él se resarcen de las lágrimas y los sinsabores de todo el año. El árbol de Navidad es un sueño de doce meses, una esperanza alimentada dia y noche, un triunfo venidero que jamas pierden de vista los niños. Pero qué desgracia, la materia principia, y el número décimo está concluido. Quede, pues, el árbol de Navidad para la noche buena.

Imprenta de Manuel V. Flor.

EL REGENERADOR.

POR JUAN MONTALVO. NUMERO 11.°

Quito, lúnes 11 de febrero de 1878.

Sin partido no hay Gobierno.

Un Gobierno, para dar la ley, ha de contar con media nacion, por lo ménos; de otro modo siempre estará en guerra con ella, y en la necesidad de destruirla para no ser destruido. Mientras la fuerza armada tenga que hacerlo todo, no habrá ni seguridad, ni dignidad; porque donde todos son enemigos del que está mandando, él es enemigo de todos, y tiene en sus manos el poder apesar del mundo entero. En pueblos razonables nadie trata de reinar por las bayonetas exclusivamente; tratan sí de dar buena constitucion y buenas leyes con la aquiescencia de la mayoría y las luces de los hombres de pró. Está visto que pueblos desarmados nada pueden contra ejércitos veteranos; pero cuando abuso y desgobierno suben de punto, por mil caminos el ejército mismo anda convirtiéndose en pueblo y el pueblo en ejército. En último caso los fanáticos de la religion, los fanáticos de la política, los ambiciosos sin reparo, los rivales á todo trance empiezan á cavilar, imaginar, discurrir en cosas que es peor meneallas. Cuando la aldea se pronuncia no ménos que la capital, decid, amigos, que la tiranía sin freno ó la dimision vienen á ser indispensables. A ménos que no os convirtais súbitamente á la razon, y de menguados tiranuelos vengais á ser superiores gobernantes. Los amigos de los cargos públicos, que raras veces lo son del que se los da, no son ese globo de hombres independientes que profesan ideas y abrigan principios, que forman un partido, alzan bandera y se van camino del progreso general: inteligencia, luces, patriotismo,

consideracion necesitamos para fundar la paz, sostener el órden y regir un pueblo á guisa de hombres grandes. Unos cuantos personalistas ó *yoistas* sin virtudes ni sabiduría no pueden ser columna del Estado; y donde no hallamos apoyo ni en la aristocracia, ni en la plebe; donde el estudiante, el artesano; el rico, el pobre; el viejo, el niño; el hombre, la mujer nos son adversos y viven deseando nuestra ruina, ya podemos decir, no que somos depositarios de los poderes públicos, mas ántes usurpadores y tiranos. Mientras uno derive su poder de fuente impura; mientras no se vuelva respetable por la dignidad, venerable por la justicia, temible por la rectitud y la energía, podrá mandar por obra y gracia de la fuerza; pero ni reinará sobre los corazones, ni vivirá tranquilo, ni estará seguro. Cualquiera puede ser presidente: basta para esto con una revolucion y una Convencion; lo que haria al caso seria que lo fuese "legal y popular". La popularidad acredita virtudes y merecimientos en los que tienen la dicha de gozarla: poderoso, afortunado es un pícaro cualquiera: popular no es sino el hombre de bien que á fuerza de buenas obras conquista y posee la estimacion pública. Cuando la estimacion pública viene arrebolada con ciertos indefinibles sentimientos del ánimo que nos hacen ver en uno de nuestros semejantes un ente superior á nosotros, se llama admiracion. Si la admiracion es modesta, suave, tierna, está propendiendo al cariño; si es profunda, temerosa, ríspida, se convierte en miedo. El miedo santo de la virtud encarnada en miembros de gigante; no el miedo del mal, ese afecto ordinario, y áun vil, que andan sembrando por el mundo los perversos. El que ejerciendo facultades inrestrictas no alcanza á ser dueño de los corazones en largo tiempo de prueba, no nació para rey y señor de pueblos ni presidente de repúblicas. El mando no es para infundir terror ni grangear odio; los hombres suelen ser injustos, y áun inicuos, separadamente; cuando se reunen todos y forman un pueblo, raro será que no juzguen á juicio de buen varon y no den sentencias á justicia. El aborrecimiento general no depone contra los que aborrecen, mas áun contra el aborrecido; así como á un buen ciudadano le importará poco la tirria

de cuatro pillos, puesto que disfrute del respeto y el amor de la equitativa mayoría. El gobernante que goza del talento necesario para indisponerse con todos los partidos, sin labrar el respeto de ninguno; que manifiesta desconfianza suma de los en quienes debiera tenerla, y pone los ojos y el corazon en los peores; que no alcanza el valor de la política sensata, madura, grande, esa que, certificada con el sello de la verdad y la franqueza, salta montes, pasa mares y se bebe mundos; ese podrá volverse notable por las malas obras; ídolo del pueblo, gloria de la patria, nunca. Tirano, gran tirano, quizá, por desgracia; tiranuelo ruin que anda sacrificando á los vicios en sus negros altares, no! Pícaro, ni como Bismarck, á lo grande; pícaro triunfador; genio impuro que deslumbra á Europa y se va echando pueblos al bolsillo; hombre de verdad y modestia, sí; hombre de estado cuyas amables supercherías consisten en captarse la estima y el amor de la República. Si no hay fuerza para lo primero, ni filosofía y gracia para lo segundo, seamos hombres comunes, de esos que no están muriendo en el desprecio ni condenándose en el odio de los que tienen la desgracia de vivir con ellos. El Gobierno, esta persona moral invisible, no ha de abrazar ciegamente una parcialidad miserable; mas ni político ni diplomático negará que necesita de un partido que le apoye, le rodee, y lleve desplegada su bandera. El que no es liberal ni conservador, sea varon eminente, hombre de genio de esos que, imperando por la inteligencia y la sabiduría, saben poner las cosas en su punto y obligan á todos los partidos á descubrirse respetuosamente cuando pasan. El hijo de Saturno y Perictione, hijo de un dios y la mas bella de las griegas, que fué llamado divino á causa de la sabiduría y la virtud, sentó este principio: Los pueblos serán felices cuando sus gobernantes sean filósofos, ó cuando los filósofos vengan á ser gobernantes. Puede un gobernante ser filósofo: esto no quita que cuando vea un pecado contra la ley frunza el entrecejo, y tiemble el mundo. Fuerza é inteligencia regidas por la bondad componen grandes hombres.

Platón

Los empleos, allí están; la Constitucion, las leyes no las podemos ver con indiferencia sin injuria de la patria

y riesgo de los intereses procomunales. Hacedlas buenas, oh vosotros, legisladores; jurad la estricta observancia de ellas y cumplid vuestro juramento, oh vosotros elegidos, cualesquiera que seais, y os acatarán los pueblos. Buena fé es obra maestra de política; y política es divinidad que debe estar siempre en la cumbre de la patria. Por la razon ó la fuerza, cualquiera puede ser presidente; pero va mucho de ser presidente apesar de todo el mundo, á serlo por obra de un gran partido, rodeado de una vasta porcion de ciudadanos entre los cuales vienen campeando inteligencia, sabiduría, patriotismo y mas prendas que vuelven respetables los Gobiernos. Vivir con la barba sobre el hombro, mirando hácia todas partes en inquietud continua; sin mas apoyo que el fusil, ni mas refugio que el cuartel; malquerido, maldecido; reprimiendo, persiguiendo de dia y de noche, lejos de ser honra y gusto, debe de ser tarea de negros que le convierte en presidiario al infelice que manda de ese modo. Entre ahogar la voz, romper la pluma de los representantes del pueblo, y dar asunto á esas puras caricias, esas melodiosas alabanzas con que los mágicos que benefician las minas del entendimiento suelen inmortalizar á los hombres buenos, los varones eminentes, ¿á qué se que darán los de buen juicio? Los tontos casi siempre son indiferentes á las proezas del ingenio: tienen entendido que un ignorante con su chopo ofrece mas que un publicista con su pluma, y tanto hay de cariño y miramientos por el primero, como de odio y desestima por el segundo. Los corrompidos, los canallas, esos grandes personajes que se defienden del desprecio y la execracion pública con su cara de vaqueta, no hacen tampoco caso ninguno de la pluma: tanto valiera hablarle de probidad á un salteador de caminos. Pero á hombres en quienes la vergüenza está ardiendo allá adentro del alma, por atrevidos que sean, les queda siempre algo que respetar en sus semejantes, algo que temer en los campeones de la patria. Dicen de don Vicente Rocafuerte que subió al solio aborrecido de todos, y bajó querido y bendecido del mundo entero. Ese hombre sacrificó al amor de la patria: salió por cualquier camino adonde deseaba, mas fué para desenvolver su ardiente sed de civilizacion

y progreso. El hombre justo le vió y le amó á Jesus: la República le conoció y le amó á ese su buen hijo. Raro y dichoso varon ha de ser el que en las hispano-americanas se levante por la superioridad de las luces y la práctica de las virtudes. Estos son peligrosos: á la puerta los bribones, y no siquiera coronados de jazmin y siempreviva. El mando les corresponde por derecho natural á los peores, sin que afirmemos que nuestras repúblicas no hayan tenido ni tengan buenos presidentes: Decimos tan sólo que esta es flaqueza comun en nuestras naciones principiantes, en las cuales da la ley la fuerza irreflexiva. Ahora pues, seamos como don Vicente Rocafuerte, amigo don Ignacio: subamos como él en medio de la execracion general, y hagamos lo necesario para descender abrumados bajo la dulce pesadumbre del amor y las bendiciones de nuestros compatriotas. No infrinjamos las leyes; no desesperemos al pueblo con persecuciones y contribuciones; no reduzcamos los colegios á cuarteles; no faltemos cínicamente á la verdad en nuestros mensajes; no nos levantemos á las tres de la tarde, ni nos acostemos á las cinco de la mañana; no llamemos granadinos ni aceptemos su intervencion para nuestras *montoneras* domésticas; no les quitemos la mitad del sueldo á los maestros de escuela; no tengamos ni pidamos ejércitos superiores á nuestras rentas y nuestras necesidades; demos ejemplo de probidad y buenas costumbres; bebamos agua que nos refresque las entrañas: de este modo nos habrán aceptado los liberales, y los conservadores mismos habrán tenido que aceptarnos. Si es posible, suavizaremos á estos duros amigos, les convenceremos, les conmoveremos, y lejos de perseguirlos y destruirlos, les procuraremos ganar á nuestras ideas con la generosidad y la elocuencia. Este odio feroz, esta guerra á muerte entre hijos del mismo país es una maldicion de la cual debemos redimirnos con la cordura y el amor. Benemérito de la patria y del género humano ha de ser el que algun dia saque á este pueblo del abismo de sangre y tinieblas donde andamos tropezando unos con otros. Será para tanto el don Ignacio? Esto no está en el órden natural de las cosas. Mas si por altos juicios de Dios vinieres á ser buen presidente, recibe, ami-

go, esta nuestra bendicion, y cuenta con el amor del pueblo ecuatoriano.

Efectos de la intervencion.

Acontecimientos de tanta magnitud como el que tenemos entre manos lejos están de quedar concluidos el dia que terminan: la prensa de las diferentes repúblicas de Sud-América principia, no á ventilar esa materia, que no ofrece duda, sino á condenar severamente la intervencion de los colombianos en el Ecuador. Poco seria que el Perú, Chile, Buenos Aires la estuviesen reprobando; de Colombia mismo, de ciudades tan ilustradas como Bogotá y Panamá tenemos ya protestas contra ese acto incalificable de los ejércitos granadinos. Algunos de estos, que no deben de ser de los mejores, sostienen el principio de que los liberales tienen derecho y obligacion de irse armados adonde quiera que el partido liberal esté corriendo peligro. Doctrina semejante podrá influir y pasar entre ellos: oficialmente está reprobada la intervencion por el Gobierno de Colombia, y seria por demas ponernos ahora á combatir ideas respeto de cuya liviandad se hallan acordes los hombres sensatos de todas las naciones. Ser liberal una persona no queire decir que sea falto de razon y hombría de bien. El cargo de que, siendo liberales estamos combatiendo las empresas de los liberales, á honra lo tenemos, siempre memoriosos de los altos y profundos principios que se derivan de la filosofia. Primero el género humano que la patria, primero la patria que la familia, primero la familia que el individuo. El partido es ménos que la patria, el interes personal menos que el público. Hemos optado por lo mayor, lo mas justo y elevado; luego no somos acredores á la censura de los hombres de inteligencia y probidad, aunque hayamos merecido los agravios de los que saben irrogarlos, mas no poner las cosas en su punto. Las reglas de la justicia están grabadas en los corazones honestos, y los principios eternos de moral rigen á los hombres de bien sin averiguacion de partido ni conveniencia propia. Si los liberales de la América española siguieran máximas opuestas á las que labran la felicidad de los pueblos, nosotros estaríamos lejos de ser de los suyos. Independencia, libertad de las naciones están fundadas en leyes profundas, que pueden ser desconocidas, pero no destruidas. En siendo verdad que *el liberalismo no reconoce distancias*, no habria república en la tierra, y Sud-América vendria á ser un inconmensurable depósito de locos. Las ideas, amiguitos, las ideas se encumbran y dilatan cuando vuelan en alas de águila: propagad con la elocuencia. Coger palos y rejones y saltar los límites de la nacion vecina, no es persuadir. Nosotros no hemos hecho sino censurar la intervencion armada, y por esto somos traidores al partido liberal; el Gobierno que pone en causa á los interventores ¿qué será? Francia y la Gran Bretaña se ligaron con Turquía para oponerse á Rusia que intentaba destruir la nacionalidad del Imperio Otomano. Altas consideraciones de política y de conveniencia universal pusieron á las dos naciones mas civilizadas del mundo en el artículo de dar la mano á la potencia amenazada. Hacer liga dos ó mas naciones, es cosa muy diferente de botarse una falanje armada en la guerra civil de otra nacion. El Gobierno frances, sintiéndose perjudicado en sus intereses mercantiles en el Pirineo, ofreció al de España su apoyo material contra los carlistas de las provincias Vascongadas. El antiguo pundonor castellano, ese que ojalá hubiéramos heredado de nuestros padres, saltó herido en la santa llaga de la patria. España, respondió Castelar, se reconoce con el vigor necesario para destruir la insurreccion y para castigar á cualquier insolente que se atreva á poner armado un pié en el territorio de la República. Para esa antigua nacion caballeresca fué un insulto la simple propuesta de socorro, y juró recibir como enemigos á los oficiosos auxiliares: el Gobierno del Ecuador nos trata de anti-patriotas, por que hemos alzado la voz contra la intervencion ó la invasion, y los invasores nos califican de anti-liberales, porque hacemos notar sus infracciones de las leyes fuera de cuya sublime redondez los pueblos se entecan y perecen. Dos casos, únicos tal vez de intervencion parcial que hallamos en la historia moderna, están severamente con-

denados por ella: la intervencion del Gobierno frances en las cosas de España, cuando el visconde de Chateaubriand, ministro de Luis décimo octavo, mandó al príncipe de Vandoma á proteger á los Borbones, y la intervencion de Napoleon tercero en Roma, con achaque de sostener al Sumo Pontífice. Fuera de esto, no vemos que los liberales franceses hubiesen ido en divisiones armadas á pelear en Hungria al lado de Kossut, ni que los ingleses de Beales y Gladstone hubiesen pasado á Cartagena en favor del general Contreras. Si los liberales de Colombia tienen derecho y obligacion de venir al Ecuador cuando piensen que el partido liberal está corriendo peligro, el mismo derecho y obligacion tendrán los liberales chilenos para con los del Perú, los argentinos para con los de Chile, y los venezolanos para con los de Colombia? Por dicha esta doctrina no es oficial, y viendo estamos con gusto los esfuerzos del Gobierno de la Union por disipar cualquiera duda que pudiéramos concebir respeto de su participacion en tan fea aventura. República en la cual dos ó mas generales pueden disponer de sus ejércitos y sus pueblos, y llevarlos adonde y como quieran á pesar de su Gobierno, está prestando mala fianza á los vecinos. Este es el único disgusto que hoy nos queda. El Ministro plenipotenciario de Colombia nos acaba de imponer de que esto es á causa que "los territorios son inmensos y casi desiertos". Está buena la razon; pero desgraciados de los pueblos que hayan menester las murallas de la China para vivir seguros! En buena hora no frisamos con los tártaros, y tenemos por suficientes las prendas que nos ofrece el Gobierno de Colombia, sin que nos veamos en la necesidad de levantar fortificaciones á lo largo del Carchi.

Un periódico liberal del Cauca ha creido tambien de su deber juzgar mal de nosotros y regalarnos de paso un insulto inmerecido. "Don Juan Montalvo, dice, á quien le va á reventar la hiel, si no es presidente botando á Veintemilla." Si la expresion es delicada, no hay para que decirlo; pero, señores, ¿escribimos por dicha "La intervencion armada" con el objeto de botar á ese que nombrais? Cumplimos con nuestro deber de hijos del Ecuador, así como vosotros cumplireis en todo caso con vuestro deber como hijos de Colombia. El género humano ántes que la patria, la patria ántes que el partido. Puede uno muy bien ser buen ecuatoriano sin ser mal liberal. No es cierto, ademas, que nosotros estemos combatiendo á un Gobierno de liberales; ántes le combatimos por anti-liberal. Si los consejos de guerra, los azotes, la confiscacion de bienes, los destierros de mano poderosa y otros usos y costumbres de García Moreno son parte del liberalismo, alabado sea Dios que no lo profesamos. Derechos sociales, garantías individuales componen nuestra humilde doctrina: si propagándolos y defendiéndolos á capa y espada combatimos al partido liberal, mátennos los liberales; pero sea maldecido el peloton de gente que toma un nombre ilustre para ir haciendo malas obras.

Somos de condicion los sud-americanos que nada concedemos á la virtud, y al vicio todo. Si por casualidad uno de nosotros consuma una buena accion, por todas partes nos dilatamos para buscarle causa ruin. Montalvo no ha levantado la voz contra la intervencion ó la invasion sino con fines ambiciosos; y es ademas llamado "malagradecido" por los liberales del Cauca. La prueba, á la estampa la ha dado el coronel Arellano.

Estimado amigo y Sor:

El coronel Apolinario Mutis, el colombiano de tánto prestigio y tánta fama de valiente que Ud. conoce, me ha instado por que yo escriba á Ud. y al Sor. Teodoro Gómez de la Torre. Dicen que su deseo y su ánimo son colocar en el Ecuador el verdadero partido liberal, y que desean entenderse con Uds. Yo, sin necesidad de consultarle á Ud, he contestado que por lo que conocia á Don Juan y á Don Teodoro, estaba persuadido de que los colombianos, pasando al Ecuador de esta manera, tendrian en ellos adversarios temibles; y que por mi parte no era yo el hombre adecuado para servir de intermedio en un asunto que merecia toda mi reprobacion. Le comunico esto, Sor., para que Ud. sepa el verdadero espíritu del paso de las fuerzas colombianas.—De Ud. &a.—Nicanor Arellano Hierro.

Santa Rosa del Carchi, á 18 de noviembre de 1877.

Sor. Nicanor Arellano Hierro.—Mi apreciado amigo.—Con sorpresa y dolor he leido su carta fecha en el Carchi el 18 del pasado. Si vuelve á ver al coronel Mutis, dígale que el último lugar entre los ecuatorianos me convendria mas que el primero, si este lo habia yo de deber á armas extranjeras; que no solamente toleraré á Veintemilla, si fuere necesario, sino tambien consentiria en la resurreccion de García Moreno, si fuese posible, ántes que hacer traicion á mi patria, aceptando, para volcar un gobierno, ejércitos organizados de otra nacion, al mando de jefes tan notables como Rosas y Mutis, que vienen en son de dar la ley al Ecuador. Con valientes como Rosas y Mutis, yo me fuera á proclamar la república en el Imperio aleman; pero si vienen á disponer de las cosas de mi país á su antojo, lejos de hallar en mí un cooperador, hallarán un enemigo.

Ud. ha procedido como quien es: las virtudes que he palpado en Ud. nunca serán desmentidas —&a. &a.—Juan Montalvo.

Favores personales que redunden en mal la República, siempre los recibiremos como agravios; y será un timbre para nosotros, en este caso, ser " malagradecidos."

Sermon del padre Juna predicado en el templo de San Javier en Nápoles.

Tan luego como supimos donde paraba el dramático orador, no hubo quien no quisiese volar á oir el sermon anunciado por el periódico de las Dos Sicilias. El ferrocarril de Roma á la Campánia no estaba concluido todavia: varios cardenales se sirvieron de sus carrozas propias: la Ristori se fué en una magnífica berlina del príncipe Torlonia: el general de Goyon, con un soberbio estado mayor, se partió á caballo. Doña María Cristina, viuda de Fernando séptimo, tuvo coche y tiros de las caballerizas de Su Santidad Pio IX; é infinitos carruajes de los que en Italia llaman *veturinos*, transportaron á innumerables viajeros, para quienes Roma estaba entónces donde se hallaba el padre Juna. La diligencia no tenia ni un asiento disponible: caballos de silla, ni por cincuenta escudos: coches de alquiler, todos en camino. Si nos hubiera quedado el tiempo necesario para llegar á pié, *musa pedestris*, á cuarenta jóvenes de varias naciones nos hubieran sobrado espíritus. Mas el diablo era que las horas estaban contadas, y solamente corriendo á rompe-cinchas podiamos llegar con oportunidad. Meyendorff es un jóven ruso que viaja echando oro á manos llenas. Habíale yo conocido viniendo junto con él desde Florencia, lo mismo que con dos polacos de Varsovia, nobles todos ellos y mozos de pelo en pecho. Meyendorff es conde, tiene la cruz de Pedro el Grande, y niño áun, estuvo en la guerra de Crimea. Por dinero no falta; por judíos, tampoco: el ruso dió por una berlina doscientos escudos romanos, y él, los dos polacos, dos francesitos amigos nuestros, el bárbaro del nuevo mundo, y alza, y arre! Nos íbamos bebiendo los vientos. Los hijos del Norte adoran la lengua italiana: el demonio del fraile la pronunció con tal música el dia de San Juan

Mártir, que todos quedaron encantados: por oirle otra vez se hubieran ido á las regiones ecuatoriales el ruso y los polacos. El conde habia ofrecido veinte escudos de gratificacion al conductor: los tiros eran superiores: íbamos volando al son del látigo que resonaba en infernal chasquido. Despues de algunos relevos, nos estábamos aproximando á las Lagunas Pontinas: el cochero detuvo súbitamente los caballos, á tiempo que de una altura lejana llegaban á nuestros oidos estas voces: *I banditi! i banditi! signori francesi, i banditi!* El ruso abrió una cajita larga que llevaba consigo y sacó un soberbio winchester de diez y seis tiros. La pieza no podia ser mas seductora: el montante era de plata; las incrustaciones de oro fino. Dos rubies magníficos estaban viendo por ahí como los ojos de una serpiente de cascabel. Armaos, señores, armaos, dijo Meyendorff en frances. Ya los varsovianos tenian sendas pistolas á punto, lo mismo que los franceses. Mi revólver no era malo, sino un migné de los mas certeros. *Il pericolo non e certo ancora*, dijo el mayoral, y empezó á sacar los caballos lentamente, observando hácia todas partes: puede ser un polizonte que quiere darnos matraca. Andaríamos cosa de cien toesas, cuando el conductor paró el coche gritando en voz estentórea: *Briganti! briganti!* Meyendorff saltó el primero: " Aquí, señores, aquí, dijo; todos juntos: un grupo, un cuadro impenetrable. Los bandoleros de Italia raras veces cargan armas de fuego". Estos buenas piezas se nos venian á trote nada ménos que elegante. Serian hasta diez los *echelencias*. El conocido sombrero de campana con cintas de colores: chaquetilla con alamares y botonadura de acero: calzon corto de borlas á la rodilla; y rutilantes escarcinas en la mano. *Rénditi, cane!* le dijo desde lejos el capitan á nuestro conductor. La contestacion fué un disparo del ruso que le echó al bandido cuan largo era por ese suelo. Hicieron alto los ladrones contemplándonos con furia. El winchester del ruso operó nuevamente; otro de los tunantes cayó por ahí retorciéndose en el polvo. No nos dieron mas tiempo: botaronse sobre nosotros en un pronto, mas fué para caer muertos cuatro de ellos á nuestra descarga. Cuatro quedaban de los salteadores,

pero no huyeron: al contrario, uno de ellos cerró con el mayoral, y le echó en tierra partida la cabeza. Listo y advertido, yo me habia apoderado del machete de uno de los moribundos que cayó á mis plantas. Embisten los tres á un tiempo con Meyendorff: él mata uno, yo le bajo el brazo al otro: los dos últimos ponen piés en polvorosa. Terminado este ligero insidente, el ruso y el americano tuvimos la fortuna de hallar dos caballos de ginete en una casa de postas: montamos y volamos. Llegando á Nápoles, la carroza del rey enderezaba hácia el palacio real, seguida de un destacamento de dragones: centenares de coches se dirigian por las calles, y miles de personas se iban desparramando por la ciudad. El sermon habia salido hacia un cuarto de hora.

Un loco rematado.

Mi amigo el general Urbina dice que soy loco, y que no se me debe hacer caso, áun cuando hable yo como un Aristóteles. Los niños y los locos exponen la verdad: el loco va al manicomio, la verdad queda alumbrando el entendimiento y dirigiendo la conciencia de los hombres sensatos. Si yo soy loco, todos los ecuatorianos lo son, ya que por ahora están en un corazon conmigo respecto de mis locuras principales. Todos los ecuatorianos somos locos; Urbina solamente es cuerdo: gloria á Dios en las alturas y paz en el mundo á los hombres de buena voluntad! No le habré parecido tan loco ahora ocho ó nueve meses, cuando me propuso en Guayaquil que entrase en avenimiento con Veintemilla, le escribiese y me hiciese cargo del Ministerio General? "Piensa usted que yo pudiera sufrir ni un mes á Veintemilla? le contesté; ó quiere por ventura ganarme á su política? Esto es imposible, general". "Tiene usted razon, dijo él; no hablemos mas de esto". Entónces era yo hombre de razon; despues he escrito seis números de "El Regenerador", he escrito "El consejo de guerra", y no puedo haber dado pruebas mas fehacientes de locura. Si conviniera yo en echar tierra á mis antecedentes, volverle la espalda á esa deidad hermosa, mi patrona, que llamo libertad, y dejar la causa de los pueblos por la de las personas, fuera, ciertamente, hombre de juicio; pero de juicio negro, corrompido. Déjenme mi locura; locura antigua, habitual, conocida: nací con ella, con ella he de morir. Yo no lo quiero todo para mí, nada para los demas: soy loco. Yo pienso que cuarteles son para soldados, colegios para estudiantes: soy loco. Quiero escuelas para los niños, planteles de educacion para los jóvenes, universidades para los doctores: soy loco. Deseo hospitales para los enfermos, casas de misericordia para los desamparados, refugios decorosos para los hijos de la patria que se sacrifican por ella: soy loco. Trabajo por la propagacion de las virtudes, persigo los vicios, me estrello contra los crímenes: soy loco. Vierto lágrimas por las miserias humanas, las ridiculezes de los hombres me causan risa, sus necedades me enfadan, sus maldades me enfurecen: soy loco. Anhelo por la paz y el órden en medio de las luces, la paz y el órden en medio de la libertad: soy loco. Mi Gobierno, el Gobierno de mis simpatías, es el ilustrado, el justo, el digno, el protector, el paternal: soy loco. Clero sábio y virtuoso, milicia pundonorosa y valiente: soy loco. La ley primero que mi voluntad, el bien de todos ántes que el mio: soy loco. Destierro y no cadenas, hambre y no pan negro, soledad y no comunion con los perversos: soy loco. Yo estudio, medito, escribo, hago lo posible por volverles á mis compatriotas partícipes en mis escasos conocimientos: soy loco. Pido que á su vez me ilustren ellos, me traspasen los suyos, y vayamos juntos hácia el mundo de la luz: soy loco. Castigo á los pícaros, me rio de los tontos, desprecio á los ruines: soy loco. No me arredran amenazas, pongo el pecho al peligro, me defiendo, y si no puedo, muero: soy loco. Loco soy, Dios mio, y de esto os doy infinitas gracias.

Loco fuí para García Moreno, loco soy para Urbina: preciso es que el uno siga paso á paso al otro, sin perderle ni un gesto de la cara. Urbina llamaba loco á García Moreno, porque este hacia condenar á muerte á los liberales en consejo de guerra: él está haciendo condenar á muerte á los conservadores en consejo de guerra, y llama locos á los liberales que los defienden. En

tre el juicio del regenerador Urbina y la locura del retrógrado Cosmopolita, á qué os quedais, ecuatorianos? Decian aquí que Urbina habia resuelto nuevamente mi destierro: esta obra de cordura seria la que le inmortalizase. No fuera mejor hacerme quitar la vida, amigo don José? Bien es verdad que á un loco, áun cuando hable como un Aristóteles, no debemos hacerle caso. Lo malo es que sus locuras andan viajando en el "Star and Herald", "La Estrella de Panamá", "La Patria" de Bogotá, la "Gaceta Internacional" de Bruselas, la "Revista Española-americana" de Madrid, los periódicos de Centro-América cuajados de "El Regenerador"&. &. Loco por haber escrito "La intervencion armada" y "El consejo de guerra"; ¿qué os parece, mis buenos amigos?

Cansado de la soledad en que vivia á los piés del Chiles y el Cumbal, allá en los altos Andes, salí al mar de occidente despues de nueve dias de montaña. Hallábame un dia, recien llegado á Lima, á la mesa del *Gran Hotel* de esta ciudad. Entró un anciano fijos los ojos en mí desde la puerta: como sus ademanes eran de echarme los brazos al cuello, áun ántes de conocerlo, me puse en pié: Juan, dijo, Juan! y me abrazó estrechamente descansando su cabeza cana sobre mi hombro. Era el general Urbina. Cenamos juntos cinco ó seis noches té sin otra cosa. Mi anfitrion era tan poderoso y vivia tan holgadamente, que no habia en su cuarto sino una tazita sin asa y una cuchara, las cuales me eran cedidas. El ex-presidente del Ecuador tomaba su buen té en un jarrito de hoja de lata mas viejo y desportillado que el Señor del Buen Pasaje, batiendo el azúcar con un mango de pluma. Otro jóven proscrito que le acompañaba lo tomaba por su parte en un asiento de botella, de esos que en las aldeas sirven de tintero á los muchachos pobres. La cuchara de este era un palito de fósforo. El té raras veces era té: cuando no lo era, saboreábamos una muy buena agua tibia, guardándonos lealmente el secreto: ninguno de los tres le decia al otro que no era aquella sustancia de la que se consume en Pekin á la mesa del hijo del sol. El ex-presidente andaba abrochado desde la quijada hasta el ombligo, por falta de... reloj. Y

recíba aquí de paso una solemne desmentida nuestro gran García Moreno. Apesar de inopia tan rematada, nunca le oí una queja ni le ví abatido á ninguna hora. Un dia me mandó pedir dos soles. Para qué son? le pregunté al emisario. Para dírselos á un terrorista que se los está pidiendo, me contestó. Era el agraciado uno de esos esbirros de García Moreno que de mil amores hubiera servido de verdugo para ajusticiar á Urbina; esbirro de esos que, caidos en desgracia del amo, huian al Perú so pena de azotes. Nunca en la vida he dado dos soles con mas gusto: no solamente se me despertó en el seno un mundo de estimacion por ese noble anciano; le quise, y profundamente. Urbina, alargando la mano en su indigencia á sus mas crueles enemigos, me pareció un hombre grande. Una obra de misericordia hecha por virtud, pudiera servirle de canonizacion hasta á un perverso. Urbina nunca ha sido malo; pero simpre ha estado lejos de las virtudes: esa vez siguió los consejos del viejo Tobias á su hijo, echó su pan en la corriente, y no mostró desconocer las grandezas del alma: le ví resignado en el infortunio, moderado en sus resentimientos, juicioso en sus proyectos. Hablamos de la libertad de nuestra patria, la abolicion de las instituciones anti-republicanas, el progreso del pueblo mediante buenas leyes y buen gobierno. Consejos de guerra, contribuciones desmedidas, penitenciaría sin juicio ni sentencia, conversion de colegios en cuarteles, despoblacion de los campos y ruina de la agricultura no eran sus planes en esos felices tiempos de desgracia y humildad. Se me acuerda haber hecho mencion otra vez de un hombre de ciento cincuenta años que vivia sano y alegre en la ciudad de Londres. El rey le señaló una pension: el viejo abusó de la abundancia, salió de las costumbres morigeradas de la pobreza, comió y bebió mas de lo justo, y murió ántes de cuatro meses en horribles convulsiones. Esto mismo ha sucedido con Urbina. Los jóvenes del seis de agosto le habrian hecho un favor en no sacrificarse por él, por él exclusivamente. En el Perú no tenia guardia hasta en los zapatos para que le custodien los dedos, ni salia á visitas con cincuenta hombres de caballería á las espaldas, ni imponia contribuciones á los conservadores, ni ame-

nazaba con el panóptico á los liberales, como acaba de hacer con el señor Arellano; ni decia, el pobrecito, que Bolívar no le daba al tobillo á Veintemilla: era modesto, suave, manso, bien criado, razonable, y no andaba haciendo esfuerzos sobrehumanos por acomodar gestos imperiales en su cara. La pension del rey ha hecho estragos en ese corazon y esa alma: es un fiel imitador de García Moreno en todo lo malo; de lo bueno huye con desprecio: carreteras, puentes, disciplina en el ejército, puntualidad en las oficinas, adorno de las ciudades, son para él ridiculezes: soldados, soldados y mas soldados, y nada mas que soldados. Cuando lleva ese bendito viejo soldados y cañones á la Convencion, ¿qué puede esperar de él la República sino lágrimas, miserias y vergüenza? El ejército patriota, ejército libre, ejército ilustrado es efecto y elemento de civilizacion: el nuestro ¿de qué colegios sale? dónde están las escuelas militares en que se forman los sabios de la guerra? No sabeis que Von Molke es científico, que Garibaldí es orador y escritor, que Trochu ha dado á la estampa obras magníficas? El que se empeña en separar los estudios de las armas, no será mas que un ignorante tiranuelo. Ejército ilustrado en pueblo libre, esto es nacion grande.

Urbina ha faltado miserablemente á sus patrióticos proyectos; y me llama loco á mí, porque he permanecido firme en los deseos y los planes que junto con él formaba en Lima. Si el mando, la posicion elevada, las riquezas me habian de dar elefancia en el alma, yo metiera en un saco mando, posicion elevada y riquezas, y, nuevo Aristipo, fuera á echarlas en el mar. Pobreza, santa pobreza; humildad, santa humildad; locura, santa locura, sed benditas y salvadme. Si á lo ménos las facultades omnímodas y las comodidades regias de que está disfrutando Urbina las debiera á Jambelí ó á Zapotillo... Pero no, se apodera de nuestra revolucion, y se pone á arrancarnos lágrimas por García Moreno. A mí me ha pasado el jarrito de hoja de lata, y él no quiere ya tomar té sino en vaso de oro. Pobreza, santa pobreza; humildad, santa humildad; locura, santa locura, sed benditas y salvadme.

Cosas de poco momento.
Artículos de menor cuantía.

—

En Dios y en conciencia, amigos y señores, determinados nos hallábamos á que el número noveno fuese el último de esta época, y quizá de toda la vida; y cosa tan resuelta en nuestro ánimo, que ya teníamos herrada la mula y lavado el papahigo. Pero la mascarilla de don Antonio, y ciertos vocablos no muy católicos de los católicos, y ciertas epístolas maquiavélicas del Guayas nos pusieron en el artículo de escribir el décimo, superando la ya declarada repugnancia que tenemos de porfiar con el pueblo ecuatoriano, mas porfiado que nosotros. Teníamos en el disparador un sermon famoso que hubiera hecho temblar á los pecadores y estremecerse santamente á los varones de virtud; entendiéndose por varones tanto los varones como las hembras. Volviónos á enojar una cartuca del pueblo-rey en la cual nos decian: "No habrá un serrano que levante la voz!" cuando la nuestra estaba hiriendo el firmamento". Y volvimos á resolver que no haya mas Regenerador; tanto mas cuanto que el mismo dia viene un andaluz jóven, y nos dice: Está usted majando en hierro frio. Viene un castellano viejo, y nos dice: Está usted echando margaritas á los... ruiseñores. Pues tome cada uno lo que es suyo, y largo!

Pero he ahí que viene una señora de anteojos verdes, y nos dice: Nos tiene usted furiosas á las partidarias de don Antonio: quítele inmediatamente el papahigo, ó vea lo que se hace. Viene un apuesto militar, y nos dice: El jefe supremo está haciendo pedazos "El Regenerador" con la cuchilla de Julio Janin y Sainte-Beuve, la cuchilla de la crítica literaria. Retórica, gramática, estilo, lenguaje, no le deja á usted hueso sano (¡Cielos!). Viene un cortesano de ambas partes, y nos dice: Urbina está probando á cuantos le quieren oir que usted es loco: "El consejo de guerra," "La intervencion armada," segun él, son disparates con pujos de demencia. Viene un eclesiástico, y nos dice: Los clérigos van á condenar de nuevo sus escritos por anti-religiosos. Viene un liberal, y nos dice: Los radicales están descontentos de usted por sus tendencias clericales. Viene un valiente, y nos dice. Los ca-

balleros sin miedo murmuran altamente de la cobardía de usted. Viene un hombre cuerdo, y nos dice: No es posible, no es posible ya tánta temeridad, amigo don Juan. Viene un personaje sério, y nos dice: Ha hecho usted mal en volverle un don Quijote á don Antonio. Viene un jovencito achispado, y nos dice: Nunca ha escrito usted, señor, cosa mas linda: ese don Antonio vale un Potosí. Viene un católico, y nos dice: Con mil demonios, por qué va usted á presentar desnudas escenas semejantes, que aun cuando sean verdaderas deben ser ocultadas? Viene un hereje, y nos dice: Don Juan, con dos mil diablos, las "Escenas de la guerra civil" es lo que hay que ver en el núm. nono. Viene un mogigato, y nos dice: Pero esas interjecciones, caballero... Viene un campechano, y nos dice: Así, así me gusta: siempre franco y verdadero el don Juanito. Viene una princesa de buenos años, y nos dice: Hasta cuándo no se cansará usted de echar indirectas á las señoras de edad, pedazo de gaznápiro! Viene una pizpireta de diez y ocho abriles, y nos dice: Me encantan las cosas que usted les dedica á las maduras. Que les daré? qué no les daré? exclama el poeta latino, hablando de ciertos convidados á quienes era imposible poner acordes en los gustos. Lo que á unos agrada, otros asquean; lo que estos piden, esos rechazan. Dioses inmortales, mandad sobre mí el espíritu divino é inspiradme la manera de satisfacer á todos.

Era tiempo de cuaresma. Nos hallábamos en Granada, ciudad de Andalucia, orillas del Darro y el Genil. A la mesa del hostal Minerva concurrian muchos caballeros tanto españoles como de fuera. Entre los nacionales habia un marques de Miraflores, si mal no se nos acuerda; él con otros jóvenes madrileños formaban un grupo separado. Los franceses por su parte charlaban en su lengua; y los ingleses por nada querian meterse con los demas; pero todos comíamos juntos. Ay del maestresala si servia carne el viérnes! Ay del maestresala si no la servia! Si la servia, los españoles le trataban de bellaco y mal nacido; si no la servia, los ingleses le trataban de mal nacido y bellaco. El pobre hombre se estaba muriendo de miedo. Un miércoles no puso sino raíces, yerbas y granos: los españoles le llamaron hombre

de bien y razonable; un ingles le rompió la cabeza con un vaso: *We are not horses!* dijo. Llegó el viérnes, viérnes santo, el santo viérnes: ayunábamos ó no? habia ó no almuerzo? Nunca maestresala se ha visto en mayores apuros. Como homenaje á España y satisfaccion á los españoles, el almuerzo fué á las doce; por respeto á Inglaterra y miedo á los ingleses, hubo carne en la mesa. No pudo el hostalero hallar mejor temperamento. Las fuentes estaban tapadas: pusímonos al rededor. A una señal del maestresala, los criados descubren todo... Oh Dios de Israel, y quien podrá decir buenamente la ferocidad de esos buenos caballeros y marqueses castellanos! Cuatro de los mas bravos se le fueron encima del dueño de la fonda, que era un portugues llamado Blasco Núñez do Pineiro. Al primer mogicon, el portugues empezó á gritar: *Au sécours! la marechaussé! la marechaussé!* Los franceses, al oirse llamar en su lengua, cierran con los españoles: los españoles sobrantes derriban la capa, y embisten con los franceses: los ingleses, guardando neutralidad á modo de colombianos, arremeten por su parte, y todos juntos forman un San Quintin de cuatro mil demonios. Qué hago yo en semejante dia del juicio? si como carne, me matan los españoles; si no la como, los franceses se me rien en las barbas. En las grandes ocasiones la resolucion mas atrevida es la mas acertada; en las pequeñas, la mas modesta es la mas conveniente. Allá se devoren ingleses, franceses y españoles, sin dejarse ni la cola; yo me voy con el estómago en un hilo. Es el ayuno mas completo que he hecho en mi vida; salvo que de ese camino subo á la Alhambra, donde hay un anbigú de gran conhorte, y sin andarme en tíquis míquis me como una ala de gallina con su pechuga correspondiente, y la asiento con un vaso de albillo, que no lo prueban los dioses en los banquetes del Olimpo. Debo advertir que la gallina no fué de carne sino de queso.

Qué les daré? qué no les daré á mis compatriotas? Si pongo carne, los devotos arremeten conmigo; si no la pongo, los liberales me embisten y me llevan por delante. Será mejor cerrar la fonda, y allá los católicos se alimenten de habas crudas, y los rojos coman tigre, iguana y sabandijas.

Don Antonio y otras cosas.

No fué mi ánimo congraciarme con los deudos y los amigos de este excelente hombre cuando le pasé la mano al redropelo; pues yo sabia que todo lo que fuese ajustarle las clavijas, seria servirles carne en viérnes santo á los españoles. Mas por lo mismo que estos son religiosos no deben poner olvido en que la justicia es parte esencial de la virtud; y que tan reprensibles somos cuando damos la razon al que no la tiene, como cuando la negamos al que abunda en ella. La desgracia, desde luego, es un Genio infeliz que triste y abatido está sentado sobre una piedra del hogar ajeno; pero si esa como deidad humilde se vuelve sátiro feroz, pierde sus fueros, y deja de merecer la consideracion de los que saben poner las cosas en su punto. Sepultado en nuestra indiferencia estaba el pobre ex-presidente: si sale de la tumba, y grita: Yo soy! aquí estoy! y se hace sentir con la calumnia y la difamacion ¿cuáles son nuestros deberes para con él! Tiene la desgracia por ventura derecho de insulto, de mentira? El desgraciado que permanezca alto y majestuoso, hablándonos al oido en su favor con el sufrimiento y el silencio, será sagrado para nosotros; al que abuse de la distancia para trastrocar la verdad y perdernos el respeto, le hemos de hacer pasear por el nuevo mundo con sombrero de castor y papahigo. Abrid, oh vosotros que juzgais á humo de paja, abrid en cualquier lugar el Don Quijote, y decidme si no dais con una de esas pinturas que han inmortalizado á Cervantes? Al lado de este gran maestro yo soy un sarmiento al pié del árbol, un colibrí junto al águila real del monte Athos, un gozquecillo atrás del leon de Nemea; pero decir que la descripcion de don Antonio es cosa indigna del Cosmopolita, es no saber de la misa la media en hecho de buenas letras y arte de escribir. *El ars scribendi*, amigos mios, no es tan llano como os lo imaginais: labor nos cuesta y amarguras, insomnios y dinero á los que, sino hemos alcanzado á poseerle, tenemos el mérito de haber intentado su posesion. Respeto, nunca; pero su miedecico me han tomado al fin nuestros Zoilos y Aristarcos, sin dejar por esto de llamarme lo

que á su mala voluntad conviene: abro cualquier periódico extranjero, y leo: "El Regenerador", de Quito, &. Raras veces hemos visto en Sud-América sátira tan fina y delicada en lenguaje mas castizo, &. &." (*) Y vosotros, quiteños, que os llevais los lauros de "El Regenerador", no os cansais de morder á vuestro amigo? Con que he usado de palabras díscolas, eh? Yo no las he usado; sois vosotros, devotos, quienes habeis abusado. Como escritor de costumbres, como historiador, yo no podia prestaros estilo y lenguaje diferentes de los vuestros. Si vosotros habeis asordado las calles de Quito con esas expresiones, ¿por qué las censurais en mí? No hablo yo, hablais vosotros. El retratista no tiene derecho de omitir ni arrugas de vieja, ni lunares de fea: su obligacion es copiar el modelo punto por punto. Yo sé muy bien que Apeles, retratando á Filipo, le puso de lado; y de un tuerto sacó un hombre hermoso; pero no se me olvida que Miguel Angel, para escarnecerle mas y volverle mas despreciable al cardenal que le molestaba, le puso orejas de burro. Y lo mejor es que Su Santidad no lo llevó á mal; ántes por el contrario, á la queja de Su Eminencia contestó: Si Buonarroti te hubiera puesto en el purgatorio, de allí te hubiera yo sacado á fuerza de sufragios; pero en el infierno, *nulla est redemptio*. El sublime pícaro le habia puesto al pobre cardenal en un cuadro del infierno. Conque, amigos, cuidado con las orejas de burro.

Cervantes, Boccacio, Shakspeare entre los antiguos; Dickens, Sué, Hugo entre los modernos han pasado á la posteridad por la exactitud de sus relaciones. Qué dirian mis gazmoños censores, si supieran que el poeta mas casto y aprensivo pone en letras gordas en la historia el término memorable del coronel Cambronne? La batalla está perdida, Napoleon anda desesperado por el campo: Colville, capitan de Welington, lleno de admiracion del heroismo de un puñado de enemigos que resisten áun á los vencedores, se les llega, y en voz suplicante, fraternal, les dice; "Franceses, valerosos franceses, rendios!" Canbronne, jefe de esos cuatro héroes, responde... lo que no puedo trasladar aqui, aun cuando cons-

(*) "El Porvenir de Nicaragua".—Octubre 19 de 1877.

te en Victor Hugo. Thiers y mas autores que han hablado de Waterloo. Y qué dirian los afrailados y beatos si supieran que Mariana, jesuita, no suprime ni una tilde de la escena horrorosa ocurrida en Montiel entre don Enrique de Trastámara y el rey don Pedro de Castilla? De las "Escenas de la guerra civil" resulta un cuadro formidable, sin que yo hubiera faltado un punto á la verdad. Los católicos sienten encendérseles las mejillas de vergüenza: esto era lo que yo queria. Si son capaces de vergüenza, son capaces de correccion; y donde la correccion no es imposible, nada se ha perdido. Consiga yo dificultar para en adelante esas rebosaduras inmorales, é importa poco lo demas. Pero lo confieso de plano: es talmi modestia en medio de mi orgullo, que el no haber parecido bien á algunas personas los términos que estoy castigando en ellos mismos, ha sido motivo suficiente para que yo no durmiese mas de cuatro noches, sin que los ejemplos del padre Mariana, Cervantes, Víctor Hugo y otros grandes autores bastasen para tranquilizame. He mutilado sin piedad quinientos ejemplares del número nono, y no pienso que daré la debida satisfaccion sino con la enmienda. Por lo ménos es evidente que cometí un error; y es el haber olvidado el pueblo en que escribia. Decid, habeis hallado alguna vez en mis escritos un vocablo indecoroso! Nunca en la vida. Estos de hoy no son mios sino vuestros. Haciendoos palpar la fealdad de ese lenguaje, he querido corregiros. Bacon no pronunciaba el nombre de Dios sin descubrirse: lo propio hacemos los herejes que vivimos bajo el santo yugo de su amor y su temor: solamente á vosotros, católicos humildes, os está reservado correr gritando por las calles: Viva Dios, ajo!"

Volvemos á las andadas! paz y bendicion entre las gentes, y echad acá esa mano, buen amigo, cualquiera pue seais, como seais hombre de bien.

Un diputado pusilánime.

Dios sabe si el de Esmeraldas ha recibido buen número de epistolas acerca de suplicarle que asista á la Convencion. Ahora es tiempo de darse á luz, nos dicen unos: otros apelan al amor patrio

y exigen de nos un sacrificio. Estos nos encargan la conciencia y echan sobre la nuestra el negro porvenir de la República, sino ponemos el pecho al torrente de males que la están amenazando: esos nos halagan con el buen nombre que grangearíamos mediante la palabra y "la dulce tiranía de los labios." Cuales evocan las sombras de Rocafuerte, Merino, Olmedo para obligarnos por la intercesion de estos difuntos poderosos: tales nos amenazan con el descrédito si dejamos de concurrir, y nos dan á entender que nuestra negativa será de miedo. El Cosmopolita no ha escandalizado con el suyo en ningun tiempo, ni el Regenerador está dando ejemplos viles de pusilanimidad. García Moreno era hombre verdaderamente respetable, y áun temible, por su poder, su precipitacion, su fuerza, los disparos incontenibles de su carácter ígneo. Esos ojos encendidos, esa mirada aterradora, ese aspecto furibundo, ese paso arrebatado, esos hechos tremendos habian infundido espanto en la República. Los conservadores se postraban al verle, cual si pasara el Santísimo; los liberales huian, como si el diablo en persona se les viniera encima. El Cosmopolita tiene la satisfaccion de haberle obligado mas de una vez á la prudencia á ese baron de la Edad Media, ese Linsay de Byres cuyos huesos y cuyas armas le venian crugiendo y llenando de terror las calles. Ni decimos, ni pensamos que en ningun caso le hubiesen faltado el valor y el atrevimiento á ese sabio tirano; mas él conocia muy bien que por allí venia un Juan sin miedo á quien pudiera matar, pero de cuya mano pudiera morir. Levántenle ustedes el gallo, y Júpiter mismo agacha la cabeza. Los insolentes no convierten en ley su voluntad, sino á causa de tánto miserable como corre á someterse á él; y los bravos no se vuelven maestros de escuela antiguos sino donde hallan niños que les aguanten sus azotes. Si á nosotros nos faltara el valor de la sangre, valor material, valor innato, nos sobraria en todo caso el valor del pundonor y la vergüenza, ese artificio admirable del espíritu que en muchas ocasiones sirve mejor que la temeridad de los valientes sin discernimiento. Héroes conocemos en la historia que han entrado temblando á la batalla, y han reprimido á la vil carne, poniendo el alma encima.

Desembarcó una noche en Guayaquil un cierto general José María Urbina en medio de mucha gente que le estaba esperando como al libertador. Al dia siguiente nos mandó suplicar el dicho libertador que le honrásemos con una visita. Y fueron moderaditos, en gracia de Dios, los abrazos con que nos sacó el alma por la boca el vejezuelo! Frente, ojos, mejillas, nariz, barba, en dónde no nos besó, reina y señora de la Sinceridad y las Caricias! Estaba haciéndose unas gachas el libertador, cuando hete allí que se viene abajo la escalera con los pasos del jefe supremo que subia cabalmente en ese instante. Entró el amigo Don Ignacio: Excelencia por aquí, Excelencia por allí: Señor Excelentísimo, Excelentísimo Señor, Urbina le dió la vuelta, le hizo la rueda y le adoró ni mas ni ménos que en Constantinopla saludan al Gran Turco las gentes de su casa. A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César: el jefe supremo nos honró con un gentil abrazo, y se sentó cual otro emperador de la China. En medio de

los diez mil *excelencias* con que le abrumaban, oyeron sus oídos un " Hasta mañana, don Ignacio ", que sin duda no fueron música para ellos, porque al otro dia el bueno de don Juan estaba navegando muy tranquilo por el mar Pacífico. El libertador de los besos y el libertador del abrazo se combinaron esa noche, y ya que no admite ni tiranía ni bajeza, lárguese usted, amigo. Una es la cortesía, otro el asqueroso abatimiento. Lincoln recibia amigos en su casa; él que estaba aboliendo la esclavitud, á los esclavos los echaba á puntapiés. Nada corrompe mas á los hombres que la adulacion y el servilismo de los que le rodean.

Queda sentado que el miedo no anda con nosotros. Ahora pues, en órden al patriotismo, no haya temor de que nos falte. El descrédito, no lo tememos, porque estamos lejos de caer en mal caso. La celebridad de la elocuencia no es para nosotros pequeñuelos, no sintiendo como no sentimos en nuestras venas la sangre de Desmóstones, ni en nuestro paladar la lengua de Ciceron. Los Mirabeau y los O' Conell son formados de un barro especial que el Criador saca de las entrañas del monte Ossa y lo figura en sus manos empapado en agua del centro del Océano. " Sacrificio ", ¿ qué sacrificio ? el de ir á estarse allí seis horas al dia, los piés helados, oyendo rugir el odio en el pecho del vecino, viendo esa cara de 13, número fatal, en el diputado de la izquierda, esa boca de " te muerdo " en el del frente ? ¿ Y qué geniecito el nuestro para estar oyendo al fabricante de dioses decir que Simon Bolívar no es ni la bota de Veintemilla ! No ha mucho dijo en una proclama, en el egido del Norte, que este señor era la gloria de la patria, y quizá del nuevo mundo : ¿ de qué no será capaz *ese orador ?* Diez votos contra cuarenta nada pueden ; la palabra nada presta. Qué papel seria el nuestro en la Convencion de don José de Urbina ? Papel triste, miserable ; y luego por recompensa el quedirán del porvenir : Montalvo se convino con la boca de los cañones. . . Esto es lo que exigis de nosotros, oh amigos imprudentes ? La valerosa provincia que ha llevado á cima su propósito contra los esfuerzos de un gobierno autoritario, merece nuestra estimacion y posee nuestra gratitud ; de esto á sacrificarnos al verdadero descrédito, confesad que hay alguna diferencia. " Darnos á luz ", ¿ para qué ? Vale mas que nadie sepa nuestro nombre : la oscuridad es un mundo feliz donde modestia é insignificancia van hilando los dias tranquilos de los que nada son y nada quieren. Aun cuando lo pudiéramos, no ansiáramos por *darnos á luz* entre vosotros, injustos y duros compatriotas : silencio y olvido son corona sin espinas (*)

(*) Nuestro propósito es sincero ; mas si abusaren de él los que están esperando nuestra ausencia, les haremos sentir que vivimos todavia. Nada les conviene mas que respetar nuestra tumba de fuego.

Imprenta de Manuel V. Flor.

EL REGENERADOR.

POR JUAN MONTALVO. NUM. 12.

Quito, lúnes 26 de agosto de 1878.

COLEGIO, CUARTEL Y CONVENTO.

LA NUEVA GRANADA Á UN COLEGIO, VENEZUELA Á UN CUARTEL, EL ECUADOR Á UN CONVENTO.

El nervio de la elocuencia está principalmente en la exactitud de los hechos y la verdad de las proposiciones. Marco Tulio Ciceron no es tan poderoso en la tribuna cuando habla contra Vérres, sino porque los cargos que echa sobre el cuestor de Sicilia son evidentes y notorios ; y de ninguna manera habria conseguido inclinar el ánimo del Senado á la ruina de Catilina, si la conjuracion de este tremendo demagogo no hubiera sido proyecto en vísperas de ser puesto por obra, con sus respectivas pruebas y documentos. El ingenio mas agudo, la inteligencia mas elevada, el corazon mas fuerte, la palabra mas impetuosa se quiebran y desmochan cuando se quieren ejercitar desatentadamente en cosas que por falta de razon y verosimilitud no les dan donde hacer pié, y se aflojan y ceden, presentando al orador via oscura hácia el abismo. No ha mucho un diputado sostuvo en el congreso de Bogotá que, disuelta Colombia con la defeccion de Páez y de Flóres, la Nueva Granada se habia retirado á un colegio, Venezuela á un cuartel y el Ecuador á un convento. Y lo dijo el *representante* como uno que compulsa los méritos de los tres pueblos, y en un toque oratorio coloca á su patria sobre sus hermanas inferioriores : inferiores, supuesto que colegio está por educacion, cuartel por licencia y convento por ignorancia. Desde luego nosotros, amantes apasionados de la len-

gua castellana, dejamos pasar con disgusto y pesadumbre esa pifia montaraz que á Capmani y Moratin les da dentera: *representante*, en la España de Hurtado de Mendoza, Moncada, Luis Vélez de Guevara, Jovellanos, Fernández Guerra, es cómico, histrion ó miembro de farándula, como lo pueden ver los aficionados á las buenas letras en los Comentarios de Clemencin al Quijote, el Análisis de don Vicente de los Rios, la Filosofía de la elocuencia y otras obras magistrales. Por desgracia los neo-granadinos que profesan el principio de la libertad absoluta en religion, política, estudios, costumbres, no han querido tampoco rendir el cuello al yugo de las leyes del idioma, y cada cual habla como acierta y le parece, sin que puedan nada con ellos los ingenios que muy de propósito se han dedicado á estudiarlo y enseñarlo, como Caro, Cuervo y otros excelentes hablistas y filólogos. Pero no es este el asunto, sino el colegio, el cuartel y el convento. Desgraciados hemos de ser, y por extremo, cuando cuartel, entre nosotros, ha venido á ser sinónimo de fuerza bruta, violencia, anarquía; siendo así que los cuarteles en las naciones civilizadas del viejo mundo son universidades de donde salen esos héroes que al atrevimiento y la ambicion acompañan el profundo conocimiento de las cosas adquirido á fuerza de estudios y desvelo. En Francia, del cuartel salen el gran Condé, Turena; del cuartel Napoleon Bonaparte, Kleber: en Alemania, del cuartel salen el gran Federico, tan gran soldado como filósofo y escritor; del cuartel Guillermo primero, Federico Cárlos; del cuartel von Moltke, Manteúffel, y todos esos militares con quienes está sucediendo lo que con los romanos, entre los cuales los soldados eran sábios y los sábios soldados. La escuela de San Cyr, en tiempo de Luis décimo cuarto, la politécnica en el imperio han echado al mundo legiones de hombres grandes, que no lo hubieran sido sin los conocimientos profundos de que de esas escuelas salian abrumados. Hoy mismo el cuartel es una escuela en casi todas las naciones europeas: el soldado, en Alemania, en el cuartel aprende á leer, escribir y contar; aprende

leguas extranjeras, geografía; toma lecciones de historia y otros ramos del saber humano. De esos oficiales, el menor podria hacer oposicion á una cátedra. Nuestra desventura consiste en que el cuartel no es escuela ni colegio entre nosotros: en este punto, por desgracia, estamos en un todo conformes con el senador de Bogotá. Cuando del cuartel salgan filósofos y hombres de saber, entónces el cuartel no será el dragon en cuyas mandíbulas abiertas caen y desaparecen así los bienes materiales como los morales de la sociedad humana.

El convento... ah, el convento! De dónde ha salido pues la civilizacion moderna sino del convento? Hunos, vándalos y godos, quemando bibliotecas y arrasando ciudades, han dejado yerma la Europa: ciencias, artes, filosofía, todo es tierra y polvo debajo de los cascos del caballo de Atila. La torre cae fracasada, el alto cimborio se desploma, el templo vuela en llamas: el mundo es un sepulcro, los bárbaros se pasean triunfantes entre ruinas aterradas. Pero unos hombres perdidos en ropones pesados de burdas telas, que andan descalzos y en cabeza, han tenido tiempo de esconder en sótanos oscuros unos objetos que ellos tienen en mucho: no son joyas, no monedas; son libros *in folio*. Aplacados los vencedores, los monjes empiezan á sacar á luz su tesoro y componer bibliotecas. De esas bibliotecas han salido en la Edad Media, y van saliendo cada dia, los poetas, los filósofos, los historiadores, los oradores de la civilizacion antigua. Del convento han salido Hesiodo, Homero: del convento Hipócrates, Asclepiadeo: del convento Platon, Aristóteles: del convento Heródoto, Tucídides: del convento Perícles, Demóstenes:: Ciceron, cargado de cuanto puede saber el género humano, sale radioso del convento. El convento no es, pues, símbolo de ignorancia y barbarie: los monjes han prestado servicios inmensos á la civilizacion: á ellos, junto con los árabes, les debemos la sabiduría que al siglo décimo nono le vuelve el rey de los siglos. Hoy tambien del convento salen ingenios que le hubieran hecho temblar á Voltaire; entendién-

dose por convento uno y otro clero, el secular y el regular. El primero de los sábios contemporáneos, esa águila maravillosa que se ha paseado por la vóbeda celeste visitando los astros, pesándolos en su mano, averiguando el secreto de la luz, es un fraile. Acaba de morir el padre Sechi: el Instituto de Francia, las Academias científicas del mundo están de duelo. Dupanloup... Quitadle los resabios de la secta, y queda un grande hombre. El padre Jacinto..... Los católicos rancios por nada consentirán en que este fraile ilustre sea nada, ahora que se ha emancipado Roma: cuando era pupilo sumiso, era el nuevo Agustin. Quién mas? De frailes, de clérigos perínclitos lleno está el antiguo mundo. Pero ay! tengo que convenir con el orador de Bogotá en que el convento ahora, entre nosotros, es el abismo siempre abierto donde se hunden la sabiduría y las virtudes. Moral, ciencia, buenas costumbres, apostolado, cuando en su alto vuelo aciertan á pasar sobre el convento, caen sin vida, como las aves que se elevan sobre las aguas del mar Muerto. Si algun dia triunfamos los liberales en el Ecuador, no demoleremos los conventos: inscribiremos en ellos escuelas y colegios de donde salgan maestros que enseñen, apóstoles que prediquen, santos que avirtúen á los demas con el ejemplo, y por ventura padres Sechi que nos pongan en contacto con la Divinidad por medio de las maravillas del universo. Nosotros tenemos creido que la civilizacion no está requiriendo ni el abatimiento de la clase militar, ni la ruina de la eclesiástica: la sociedad humana se compone de ellas junto con la civil: el gran político, el benefactor de todos será el que acierte á ponerlas en armonía y mútua correspondencia, girando cada cual en su órbita, sin que tropiecen nunca en esos negros obstáculos que se llaman rivalidad, odio, guerra á muerte.

En cuanto al hecho general citado por el honorable diputado neo-granadino, hay inexactitud; inexactitud clamorosa. Disuelta Colombia, Venezuela fué patrimonio de Páez y su partido, es verdad; por donde el orador pudo haber dicho, aunque no sin restricciones, que Venezuela se retiró á un cuartel. Pero el Ecuador ¿de qué modo se retiró á un convento? A un convento con Flóres y sus Otamendis, sus Motas, sus Beriñas? á un convento con sus Zulenes, sus Garcías del Rio, sus Irizárris? á un convento con esa falanje de extranjeros descreidos, los cuales ora por ignorancia, ora por corrupcion, ora por convicciones erróneas eran casta impía de advenedizos dictadores? á un convento con sus llaneros, sus ébrios consuetudinarios de sangre, sus negros sin Dios ni ley que preferian la carne de caballo á los manjares de los dioses? El vulgo acusaba á Flóres de hacer bailar figurillas á media noche y tener pacto con el diablo. Flóres de nada tuvo ménos que de confesador y fanático; ántes profesaba el filosofismo y hacia agua por la libertad del pensamiento. Flóres fué dueño del Ecuador por quince años: con él reinaron sus ideas y sus costumbres: fué protector y declarado propagador de las lógias masónicas: ¿cómo se habia, pues, retirado el Ecuador á un convento? Flóres cometió mil errores; pero fué hombre sensato en muchas cosas. El no salia, como ha hecho despues García Moreno, á cuestas con una viga descomunal en las procesiones: ¡y la crucecita era liviana en gracia de Dios! Una mitad de infantería eran los Cireneos: iba sudando el viejo, diciendo "ay!" y ay Dios mio" á cada paso; desmayándose, y bebiendo caldo en las esquinas; y riéndose todo el mundo, desde los soldados hasta los frailes mismos. Flóres no fué tan majadero como todo eso. El cumplimiento de los deberes concernientes á la religion es en los gobernantes áun mas necesario que en las personas particulares: desde el Bearnés que terciaba con Maquiavelo, hasta Napoleon el Grande oyendo misa con mucha devocion en la Santa Capilla, no hay Bismarck chico ni grande que no sepa que *Paris vaut bien une mese.* Tan fuera de camino anduvo Flóres con darlas de nigromante, como García Moreno en haberse inscrito en el calendario, sin previa canonizacion: el cristiano sincero se elevará en éxtasis ante el cuerpo de Cristo oculto en las formas consa-

gradas: el hombre hábil oirá misa con dignidad y humilde prosopopeya, sin ponerse en cruz ni besar el pavimento.

Despues de Flóres vino Roca, el hombre mas juicioso del mundo: con él, los ecuatorianos fueron gente por cuatro años. No han dado en ayunar de dia y comer puerco de noche, sino con García Moreno. Con este sí, el Ecuador ha sido un convento: tinieblas, el juéves santo, y todos los demas dias del año: abstinencia absoluta de patriotismo, pundonor, vergüenza: disciplina, mas de lo necesario: otros ejercicios espirituales, como el clíster, que lo tenian los padres *relis nolis* cuando ménos se lo pensaban. Metidos en sus capuces, con sus rosarios de abalorios como agallas de alcornoque, se andaban rezando por las calles como penitentes públicos de la procesion universal. Pero eso pasó: ahora este don Ignacio es un Littré, un Renan: los rojos de la Nueva Granada no tienen nada que decir; aunque por entre la beca del filosofante las orejas del beato están saliendo media vara: Veintemilla mandó decir una serie de responsos el último Finados: esta es la verdadera causa de la nueva invasion con que nos amenazan los herejes de Colombia.

En cuanto á la Nueva Granada, Dios sabe si se retiró á un colegio, como dicen. Santander, desde luego, fué hombre ilustrado y, en cierto modo, civil: *el hombre de la ley*, le llaman ellos. Pero don Francisco de Paula pasó como una sombra, y la República ha sido en todo tiempo patrimonio de Mosquera y Herran, hombres de palo y sable. Nacion donde un Melo ha sido dictador, ¿se atreve á decir que su historia es el colegio? Colegio... Don Mariano Ospina no es colegio sino convento: los granadinos pueden blasonar, mas bien, de haber visto su territorio cuajado de sociedades del Niño Jesus, la Niña María, San José, las Cinco Llagas, y otros admirables *meetings* donde se han metido hasta el occipucio en la mala fé ó en el fanatismo. En qué parte de la tierra ha tenido el clero mas poder que en la Nueva Granada? dónde la supersticion ha consumado obras mas negras? Pueblo en el cual un

obispo levanta *legiones de la fé*, y las envia por el mundo á cerrar escuelas, no es todo colegio. Los granadinos no han triunfado áun; luchando están, no ya con la oligarquía militar, sino con la teocracia. Acaban de tener una espantosa guerra de religion, ¡y vamos zahiriendo á los demas de poco civilizados! El mérito de los liberales neo-colombianos está en esa lucha, y en haber civilizado, ó vuelto civil, el cuartel: esos jóvenes que saliendo de las universidades al campo de batalla han descollado súbitamente como buenos militares, y han vertido su sangre por sus convicciones, valen mucho, sin duda. Los granadinos son pueblo lleno de inteligencia y valor, apasionados á las grandes cosas: no tienen sino un defecto, y es el no querer que nadie sea nada fuera de ellos. Atenienses, espartanos, romanos, ellos: los otros, capadocios, beocios, trogloditas. Para ser instruidos, exigen que los vecinos sean ignorantes: valientes no pueden ser, si sus amigos no son cobardes; y por nada consentirian en que sus hermanos fuéramos civilizados, porque ellos correrian el peligro de ser bárbaros. Lo bueno, lo admirable seria ser superior entre grandes, excelso entre superiores; y no hay mérito ninguno en que la canalla que nos rodea, á fuerza de insignificancia, nos haga presumir algo de nosotros mismos.

—o—

EL TEMPLO DE ~~DIANA~~ ÉFESO Y EROSTRATO. BOLÍVAR Y RICARDO PALMA.

Dos son los cargos que los envidiosos y los demagogos han hecho en todo tiempo á Bolívar, el haber pretendido coronarse emperador ó rey de los Andes, y el haber despues intentado dar la constitucion boliviana á Colombia. El primero no tiene fundamento en hecho ninguno: Bolívar, al contrario, siempre miró como un descenso el pasar de Libertador á monarca, y lo dijo cien veces en documentos oficiales. Restrepo confiesa que el Consejo de Estado se inclinó á la fundacion de un vasto imperio, cuyo príncipe fuese don Simon; pero éste no solamente rechazó la hon-

ra personal, sino tambien combatió como filósofo y político la idea. Bolívar profesaba los grandes principios de la revolucion francesa; revolucion que habia dado en tierra con las desigualdades que estaban causando de muy antiguo en el mundo este desnivel clamoroso por donde se precipitan los pueblos á crímenes y desgracias. Hay asimismo alguna verdad en las insinuaciones de las testas coronadas á Bolívar respecto de la creacion de una vasta monarquía en la América del Sur; pero áun es mas verdadera la repulsa del agraciado. Si pues los hechos están deponiendo por el desprendimiento, la buena fé, el republicanismo acendrado del Libertador ¿en qué fundan sus detractores los achaques con que pretenden mancillar esa gran memoria, oscurecer esa gran luz, confundir esa gran imágen que está resplandeciendo á los ojos del nuevo mundo? Ambicioso, lo fué Bolívar; ambicioso á lo grande: si no lo hubiera sido, jamas hubiera llegado á la alta cumbre en donde le contemplamos llenos de amor y asombro. Ambicion es globo encantado en el cual inteligencia, valor, ímpetu, audacia y mas prendas que constituyen las naturalezas privilegiadas, levantan á los políticos y los héroes á las regiones inmortales. La ambicion es afecto nobilísimo: ambicion es sed de consideracion, honra, gloria; y consideracion, honra y gloria no adquirimos entre buenos sino con las virtudes ejercidas en vastas, admirables proporciones. Ese anhelo por el mando que suelen abrigar los pequeños con propósitos ruines ó perversos, no es ambicion: si es apetito de sangre, será venganza; si de dinero, codicia; si de fútil esplendor, vanidad. Los honores no son la esencia de la grandeza: pundonor, honra solamente, arrebolados por el ingenio, alcanzan la pura y grata admiracion con que los hombres elevan á esos sus semejantes que prevalecen por las grandes obras. Honores... los suelen disfrutar los mas tristes de los nacidos: disfrutólos el hijo de Agripina, el parricida; disfrutólos el furioso Calígula; disfrutólos el torpe Eliogábalo: los ídolos antiguos, los fetiches de los salvajes, lo cebolla han sido objeto de ceremonias

deslumbrantes; y acabamos de ver con profunda pena festejos oficiales á un pobre hombre con ocasion de su natalicio, olvidando como adrede una de las fechas mas respetables y felices de la América libre. Ciertamente el dia de San Ignacio es mas para las repúblicas del nuevo mundo que el 10 de agosto, dia augusto en el cual vieron los hombres correr á los piés del viejo Pichincha la primera sangre de los apóstoles y mártires de la independencia. Afortunados los que nos hallamos en vísperas de huir, para siempre quizá, de pueblo donde ocurren tan vergonzosos escándalos!

Bolívar no ansió por los honores; se fué desalado tras la gloria; y gloria no puede haber donde no hay honra: ahora pues ¿qué honra sin grandeza? qué grandeza sin virtudes? Ambicion es fluido precioso que impele hácia arriba á esos argonautas sublimes que se van, no pisando sobre sus semejantes, sino dejándoles el bien y prometiéndoles la lumbre de los astros. Bolívar abrigó en su pecho el fuego de la ambicion, fuego prolífico, que engendra hazañas y está ardiendo en el Olimpo soplado por genios celestiales; por eso Bolívar se elevó á la vóbeda celeste: amigo del vano poder, de los falsos resplandores, de la sonaja que embelesa y deslumbra á los pobres de espíritu, no lo fué; ni lo podia ser ese Alejandro republicano que andaba suspirando por la conquista de las estrellas, por si abrigasen en sus ámbitos cautivos que redimir, esclavos que libertar, hombres míseros á quienes poner en condicion de género humano alto y grandioso.

El segundo cargo es justo; mas no podemos decir que por desgracia. La exasperacion de los republicanos candentes tuvo su motivo; mas de puro aguzarla se desmochó en la muela. En cuanto á los reclamos que hoy hacen todavía los demócratas adentro de su fragua, con perdon sea dicho de tan respetables varones, unos pecan por ignorancia, otros por mala fé: la Constitucion boliviana, tan difamada, contiene todos los principios republicanos, sin que la eche á perder sino la presidencia vitalicia. Fuera de esta excrecencia defectuosa y algunos otros lunares, los dogmas

sacrosantos de la democracia están contenidos en su seno. Bolívar, es verdad, tenia tendencias á la forma aristocrática de gobierno, como una necesidad transitoria de nuestros pueblos y nuestras circunstancias, y acaso por conviccion absoluta. Mas nunca pensó valerse de la fuerza para hacer que prevaleciesen sus opiniones. En cuanto á tenerlas, ¿por qué no las hubiera tenido él como cualquier otro en pueblos que concluian una larga guerra por la libertad de opinion, de pensamiento, de palabra? Bolívar permaneció en Paris encerrado, vertiendo á oscuras lágrimas de cólera y dolor el dia de la coronacion de Napoleon primero; y estamos seguros de que mas fuerte hubiera sido el enojo de su espíritu los dias de la Comuna. Entre Napoleon Bonaparte y Ferré se dilata un mundo infinito. No hay duda en que don Simon no admiraba sobradamente las repúblicas de los Rienzis y los Brancaleones; pero áun se hallaba mas inocente de aprobar y admirar los reinados de Cárlos nono y Felipe segundo. Bolívar hubiera sido monarca republicano ó presidente imperial: hombre superior, varon insigne en todo caso: amante apasionado del bien comun, la ilustracion, el progreso: desprendido, noble, generoso: ser admirable que á una inteligencia encumbradísima acompañaba un corazon delicado, bueno para todo lo grande, grande para todo lo bueno, depósito profundo de santas afecciones. A Bolívar no le falta sino el prestigio del tiempo: cuando los siglos, sacerdotes de la gloria, le hayan ungido con su óleo misterioso, Bolívar será grande para todos.

Fuera de estos dos cargos generales, no ha llegado á nuestra noticia que le hubiesen hecho imputaciones de vicios ni de crímenes: guardado estaba para la ingratitud llamar esclavizador al libertador, ambicioso ruin al magnánimo, codicioso al pródigo, vulgar al hombre raro, tonto al de claro entendimiento. Las niñas de Arequipa, cuando, vestidas de ángeles, se presentaban á Bolívar en medio de un pueblo inmenso, llevándole coronas en fuentes de plata á nombre de la nacion peruana; llamándole libertador, protector, amigo y padre, no pensaban que en el Perú habia de nacer el que le echase el cohombro infamatorio al caballero armado de todas armas, que habia dado la vuelta á la América desafiando tiranos y venciendo héroes por la libertad de un mundo. Bolívar envenenador... envenenador, ¿no es esto? Simon Bolívar, andando por las naciones del antiguo continente, no vivió ocupado en estudiar la ciencia de Exilí, ni tuvo relaciones con la condesa Judiceli por los *meduims* espiritistas *; en Inglaterra estudió las instituciones fundadas por Simon de Monfort y sus barones: en Francia rastreó las huellas de los girondinos: en Alemania trató con Humboldt acerca de la emancipacion de la raza hispano-americana: en Italia subió al Monte Sacro, se tiró de rodillas ante los dioses invisibles, y por los manes de Cincinato y Furio Camilo juró la libertad de su patria. Esto no es profesar la ciencia del crímen, oh tú que te has envenenado con llamar envenenador al mayor y mas ilustre de los americanos. "Del mismo modo pensaban los hombres de ese tiempo", dice este desventurado. Washington, premiando las virtudes de Bolívar con una prenda sagrada, ofrecida á la orilla de la eternidad, pensaba del mismo modo; pensaba que Bolívar no era sino vulgar y torpe delincuente. Lafayette, rindiendo homenaje al héroe, rasgueando con su pluma de águila las proezas del guerrero libertador, pensaba del mismo modo. Daniel O'Connell, cuando se dirigia á Bolívar por escrito, rebosando en sus líneas la admiracion y el amor, pensaba del mismo modo: del mismo modo los académicos franceses, del mismo modo los viajeros ilustres, del mismo modo los congresos y gobiernos que habian expedido decretos de honores al libertador de hombres y fundador de naciones!

Hay en una plaza de Lima una soberbia estátua que buscan los viajeros de todos los países: un soldado

* La envenenadora Tofana vivia en la corte de Catalina de Médicis oculta con el nombre de condesa Judiceli.

de grandiosa catadura está devorando el espacio con los ojos, enviando su alma al cielo con ímpetu inmortal. Su caballo tiene el brazo levantado, hiere el polvo, oye uno el ruido de esas pisadas belicosas. Esa estátua es de Bolívar, libertador de Colombia y el Perú. Quién la erigió? *Los hombres de ese tiempo.* Por qué? por criminal ó por hombre de bien? por incapaz ó por bueno para grandes cosas? por envenenador ó por sugeto de virtudes? Por sugeto de virtudes, sí! virtudes privadas, virtudes políticas, virtudes sociales muy altas y muy grandes. Ahora bien, los peruanos de ese tiempo levantaban estátuas al crímen, y los de hoy las conservan y veneran, ó las levantaban al mérito movidos por la gratitud: si lo primero, Ricardo Palma es digno de sus compatriotas; si lo segundo, es indigno de ellos. El dictámen de un mal pensador no es el de una nacion: desgraciado del Perú si juzgara como el mas ingrato de sus hijos.

"Cruel", Bolívar cruel! Cruel como Pizarro, cruel como Valverde. Digo mas: cruel como Enrile, cruel como Zámano. Mas áun: cruel como Zuázola, cruel como Cervéris. Mas todavía: cruel como el doctor Francia, cruel como Rosas. Los únicos hechos en que se fundan los compasivos difamadores de Bolívar para imputarle crueldad, son el fusilamiento de Piar y el degüello de los prisioneros de la Guaira. El general, encerrado en su cuarto, estaba llorando amargamente miéntras ejecutaban á su compañero de armas. Piar, cien veces perdonado y cien veces reincidente, era una amenaza mortal para la causa de la independencia con sus conspiraciones y su loca ambicion. Interrogado al fin qué haria si le otorgasen la vida, respondió que seguiria conspirando. Sufre la pena este héroe rebelde, y Bolívar queda por hombre sin corazon!

Nadie ha llamado cruel á Bonaparte por haber hecho alancear diez mil prisioneros egipcios: en esta accion terrible consistia la vida de su ejército: la necesidad volvió natural y corriente lo que sin ella hubiera sido bárbaro y espantoso. Los 800 prisioneros

de la Guaira, en las circunstancias en que el dictador mandó pasarlos por las armas, eran un abismo que se estaba abriendo á los piés de la República. Murieron: su muerte fué una triste necesidad. Bolívar habria faltado á su deber, si de miedo de que un pobrecito que estaba durmiendo en las entrañas de la nada le llamase cruel, hubiera puesto su grande obra á riesgo de venirse abajo, incurriendo en la censura de las generaciones venideras.

Un sarjento ha sido condenado á muerte en consejo de guerra por una grave infraccion. En capilla está: contrito, con santa pesadumbre, le pide á Dios misericordia. Una jóven hermosa fuerza la guardia del dictador: desesperada, loca, penetra en sus habitaciones, cae á sus plantas, hiere los cielos con ayes de dolor amorosísimo. El general permanece inexorable: la sentencia será cumplida. La pobre muchacha, medio muerta, es arrastrada afuera. Su prometido va á morir: los santos esponsales van á ser rotos en las puertas del Himeneo.

Esa misma noche, á las dos de la mañana, cuando todos estaban durmiendo, una sombra comparecia misteriosamente en la sala del dictador: era una mujer vestida de negro, á quien seguia un oficial. El dictador tuvo con ella una corta plática, y la despidió. A la oracion del dia que estaba llegando, entre oscuro y claro, un piquete de soldados, con la caja fúnebre, salia por las murallas de Puertocabello: el sarjento, pálido, pero firme, se hinca al bordo de la sepultura cavada para él en ese mismo sitio, al pié del fuerte. "Peloton, fuego!" El sentenciado cae cuan largo es dentro del agujero. Al otro dia sus camaradas fueron á ver la tierra fresca que cubria el cadáver de su amigo, y lloraron, sin maldecir á su general.

Muchos años despues, cuando se supo en Venezuela el fallecimiento de Bolívar, un viejo se dirigia una mañana á la iglesia de una aldea de los Llanos seguido de su mujer y sus hijos, todos de luto. Oyeron con profunda devocion la misa que él mismo habia

mandado decir por el alma del Libertador, y se volvieron á su casa, cuyas ventanas y puertas fueron cerradas. No comió ese dia la familia, y la gente de la calle oyó adentro un lastimero llanto hasta la media noche. Era ese viejo el sarjento fusilado al pié del fuerte. Así es como los grandes capitanes combinan las duras prescripciones de la política con las suaves exigencias de la humanidad. El culpado pasó por muerto para todos, y vivió feliz con otro nombre en un rincon oscuro, bendiciendo junto con su esposa la memoria de su general y salvador. Cuando éste hubo fallecido, le lloró como á padre idolatrado. He aquí el cruel, Ricardo Palma.

Los legisladores de los griegos mandaron que ningun escritor fuese osado á mentar á Eróstrato, loco que habia prendido fuego al templo de Délfos, maravilla del mundo, porque su nombre pasase á la posteridad. Santo Dios! yo he incurrido en la pena de los Anfictiones: nuevo Teopompo, he nombrado al nuevo Eróstrato. Pero América tiene el consuelo de que su templo de Délfos no ha sido reducido á cenizas.

POST SCRIPTUM.—Algunos preguntarán en qué fuente he bebido estas noticias, las cuales no se hallan en la historia ni en la vida del Libertador. Yo responderé que el que desea juzgar á juicio de buen varon ha de averiguar y saber hasta lo sepultado en la ignorancia, como sean datos de la verdad. Un anciano contemporáneo y comiliton de Bolívar, volviendo pluma bien tajada su espada libertadora, ha transmitido á la posteridad en linda manera los toques mas brillantes del temperamento de su general. El coronel López, soldado de la independencia, publicó en Bogotá una serie de anécdotas ó pasajes llenos de poesía y seduccion. Uno de estos es el del sarjento condenado á muerte. Histórico es el hecho; mas como no fuese en mi memoria sinó una reminiscencia, heme visto obligado á vestirlo segun mi propia indumentaria, poniéndole al noble esqueleto no solamente la ropa sino tambien las carnes. En cuanto á la parte segunda donde figuran la iglesia de la aldea y la misa por el alma del Libertador, es un homenaje de la imaginacion á ese elevado, puro sentimiento del ánimo que llamamos gratitud: la gratitud empapada en lágrimas es ciertamente una afeccion divina.

———o———

CARACTÉRES POLÍTICOS.

EL PRESIDENTE.

No será menester que el presidente sea el mas sábio de los hombres, si por sabiduría entendemos los profundos conocimientos científicos; mas si ella es prudencia, cordura, don de acierto, no hay duda en que el primer magistrado de la nacion ha de ser el mas sábio de los miembros que la constituyen. Nociones generales, ha de tener en todas materias; seria ridículo, y áun absurdo, que un presidente se viese extraño á los rudimentos que elevan el espíritu á la Divinidad, subiéndolo en esos globos invisibles de que se compone esta máquina portentosa del universo. El vencedor ignorante no es sino hombre afortunado: héroes son los que consuman sus hazañas con conocimiento de causa, y se vuelven emperadores por la fuerza del brazo dirigida en línea recta á las grandes cosas por ese motor sublime que llamamos inteligencia. La retaguardia de Napoleon se componia de David, los Macabeos, en la Biblia: Héctor y Aquiles, en la Iliada: Alcibíades, Coriolano en Plutarco: Pablo y Virginia, Wérther, en Bernardino de Saint Pierre y en Goethe. Por lo que hace al arte de gobernar, él consiste en la profesion de las ciencias políticas, de las cuales no puede prescindir el gobernante, so pena de ver luego por tierra los favores de la fortuna; la fortuna, prostituta infame que suele tener rara aficion á los peores, en países de donde no la echan indignadas las luces y el pundonor del pueblo. No sea tampoco un prodigio de talento, si la Providencia no le agració con este don celestial; pero quién sostendrá que un tonto puede ser buen gobernante, ni que el más inepto de todos ha de ser el mas insigne regidor del mundo? Sin buen discernimiento no puede haber acierto; y sin acierto, gobernante y gobernados irán caminando para atrás, bien como tristes esclavos del tiempo difunto que se vuelven á la rustiquez de la barbarie; ó darán trancos á ciegas, cual los gigantes de Homero que pisan mal y se van al precipicio.

Despues de las luces naturales y adquiridas, la buena intencion es indispensable para que rey, emperador ó presidente pueda llamarse bueno. En la buena intencion están embebidas muchas prendas ó virtudes: buena fé, propension al bien general, deseo de progreso constituyen la buena intencion: gobernante que no la abriga en el seno, desechado está por los ciudadanos, y

su poder es asalto nocturno é iniquidad clamorosa.

Honra, pundonor son el ente moral cuyo divino semblante resplandece con destellos que hiriendo en la virtud la dejan concebida de hazañas y grandezas. Pundonor es amor propio, estima de uno mismo, apego á nuestros deberes: pundonor es vergüenza, afeccion que purifica y deja limpia el alma con el castigo que los buenos se imponen á sí propios á modo de salvadora penitencia. El hombre invercundo es el réprobo de la sociedad humana: hombre sin vergüenza, hombre infame, ó poco ménos. Vergüenza es ángel de la guarda: maldades, vilezas, ridiculeces, de todo nos salva la vergüenza.

Buenas costumbres. Sin ellas, el respeto de los demas es imposible: los vicios, despreciables de suyo, vuelven asqueroso personaje al que, hallándose á la vista del mundo entero, los pone de resalto y hiere con ellos la honestidad pública. Pudor, rubor son colores hermosos que conserva la virtud y dan realce divino á la belleza. Feliz el hombre que padece debajo del yugo de esas delicadas aprensiones que componen el carácter de la vírgen pura! Efervescencia de la sangre, ímpetu, arrojo, en ninguna manera se oponen á la timidez del pudor: héroes puede haber en la historia los cuales, primero que mostrar desnudo un miembro se dejaran quitar la vida. El descaro es el valor de los vicios, y los vicios la lepra del alma. Un glotón que devora carne como un tigre, y pone la monta en beberse cuatro botellas de vino por dia, hubiera sido quizá bueno para el Circo de Roma: sobre el trono ó bajo el solio, ni grado ni gracia. Moderacion, pulcritud, sobriedad son toques de alma grande que nos hacen sospechar en ella secretos con los ángeles. Acaso le hacemos presidente á uno para que se harte de todo, vomite su comida, y se coma su vómito en insaciable voracidad? El que manda ha de ser sobrio, diligente, vigilante: se ha de levantar con la aurora, ha de dar pasos infinitos acerca de averiguar lo que sucede en la República, poniendo coto á los males, dando fomento á los bienes de mil y mil maneras. El que manda tiene mucho de padre: padre que da mal ejemplo á sus hijos, criminal es, y citado está para ante Dios. No de otro modo el gobernante: si no practica las virtudes, huya por lo ménos los escándalos. Volverse célebre por las malas costumbres, por los vicios, es cultivar la infamia.

Modestia....ah, la modestia! Un dia se presentó en la Administracion General de Correos de Nueva York un hombre, y con el sombrero en la mano, preguntó por el señor administrador. Está en su departamento, respondieron; no podeis entrar. Y con todo, replicó el desconocido, preciso es que yo le vea: dignaos advertirle. "Os digo que no podeis verle". "Sed condescendiente, señor oficial, y dadme paso adentro". "Gracioso me sois, el amigo, ó venis de las Batuecas?" "Mirad que va de la cosa pública". El empleado no pudo por ménos que poner en conocimiento de su superior lo que ocurria. Salió este con sublime contonco: My pety felow, dijo, ó amiguito, qué me quereis y quién sois? Me llamo Ulises Grant, señor administrador, y vengo á suplicaros. . . .

El héroe de Richmon, el presidente de los Estados-Unidos siguió descubierto, en pié delante del administrador de correos. No tenia ni un alfiler, ni una lentejuela en la ropa: todo negro: la sencillez de la persona era cosa grande debajo de la categoría del personaje. Y no un ilustre ecuatoriano que no contento con echarse ribetes de grana á la camisa, se ha hecho bordar de oro las orejas.

Sinceridad, rectitud. Sinceridad es lo mismo que verdad, y rectitud quiere decir conciencia. Algunos han pensado que la diplomacia era el arte de engañar con talento; pero como no puede haber ciencia sin verdad, ese principio es un error. Diplomacia, al contrario, es el arte de prevalecer por la fuerza de la razon y el ímpetu de los hechos. Los hechos tienen ímpetu, pues ahí están; y esa es prueba. Ahora si la falsía y la doblez son reprobadas áun entre los que han pretendido reducirlas á sistema, ¿qué será en las relaciones de la vida comun donde los hombres de pundonor hablan con el corazon en la mano? Abusivo, soberbio, cruel, todo puede pasar en un presidente: mentiroso, bellaco, ruin, no! La impostura envilece al verdugo mismo: un magistrado, un presidente morirá, si fuere necesario, auxiliado por el Genio que ilumina el espíritu y refuerza el corazon, ántes que emporcarse el alma con mentiras y ficciones despreciables. Citar ocurrencias no ocurridas; enseñar cartas apócrifas, papeles falsos; negar sus obras; atribuir á otros picardías y desvergüenzas propias, un presidente, señores, un presidente! Si esto hay, mil veces desdichado el pueblo que se descasta y se abisma debajo de regidores semejantes.

Decencia. Decencia es magestad: decencia vuelve rey á un hombre humilde. Esta prenda se da la mano con la liberalidad, la franqueza, la consideracion por uno mismo y los demas, la finura, el comedimiento, el deseo de agradar y parecer bien sin pompa ni ridículo boato. Fuera de la soberbia, un presidente ha de ser un emperador: por lo que mira á la decencia, ojalá todos fuéramos reyes.

Probidad. Probidad es no coger lo ajeno en ninguna forma, no robar. El que roba al Estado es mas ladron que el que saltea en los caminos: este, roba á uno ó á muchos; ese roba á todos; roba á la Nacion, grande y augusto personaje. El que roba á las personas particulares expone la vida; el que roba al Gobierno va sobre seguro, en pueblos donde los que mandan hallan pocos censores, muchos cómplices, juez ninguno. Presidente ladron, qué escarnio! Honores sin honra, honores sin pundonor. A él le importa poco: morirá cuando Dios quiera, y se irá con su infamia á los infiernos. Estos miserables, tan descuidados de sí mismos, no creen, sin duda, en la inmortalidad, ni tienen advertencia á la estima de las generaciones venideras, cuando así chapuzan su alma en ese revolcadero de puercos que se denomina rapacidad, latrocinio. *Non furtum facies*, rezan las tablas de la ley: no robarás. El que roba comete pecado mortal contra Dios,

pecado vil contra los hombres. Él está bien : come, bebe, se divierte segun Sardanapalo ; pero los demas le están enseñando al mundo con el dedo y llamándole infame. La infamia causa al fin muerte asquerosa. Para el ladron la libertad misma es servidumbre, el mundo cárcel : teme la luz ; las sombras de la noche le proporcionan la holgura que ha menester su vida sin virtudes ni grandeza. Dichoso el probo, el íntegro que come con el sudor de su frente, ó devora el hambre, primero que tomar lo ajeno con violencia ni con arte. Empleado tan superior, varon tan grave como un presidente, en otra cosa ha de pensar que en su enriquecimiento. Escuelas, colegios, universidades : puentes, diques, vias de comunicacion : casas de asilo, hospitales, fundaciones de misericordia, ¡ cuántos ilustres mendigos se están ahí á las puertas de las naciones desgraciados pidiendo por Dios, sin que nadie les eche ni un mendrugo ! Los presidentes, entre tanto, envian galones á los puertos de Europa : barras de plata, cajones de oro en polvo al cuño : letras de cambio en connivencia con casas infames. Pues el que los elevó á la cumbre donde se hallan, no fué el poder de la ambicion, mas ántes la porfía de la codicia en pacto con la torpeza de la fortuna. Dicho está que la ambicion, como la llama, tira á lo alto. La codicia es plomo : con la codicia al cuello, los rapaces, los ladrones ruedan al abismo del desprecio.

Entre la turbamulta que, rebalsando en la espuma de las revoluciones se han elevado al solio en la América española, muchos podemos contar de pícaros y ruines presidentes ; algunos hombres de bien, y pocos varones ínclitos ; si tuviéramos espacio, de estos solamente haríamos mencion ; pues los buenos ejemplos suelen poder mas que los malos ; y sucede que el espíritu se fatiga y el corazon padece cuando vamos pasando de tirano en tirano, de canalla en canalla, de tonto en tonto por las regiones de la historia y las callejuelas de nuestro tiempo. Bolívar, desde luego, no podia carecer de las virtudes que forman el carácter de los hombres grandes : desprendimiento, generosidad, pureza, suyas fueron. Sacrificó á la patria sus bienes de fortuna, libertó cien pueblos, fundó cinco naciones, y cuando hubo espirado, su médico tuvo que echar mano por una camisa de las suyas para mudar ese cuerpo augusto *. Sucre no sacó nada de su presidencia : este héroe de la virtud, ni sospecha tuvo de lo que fuese codicia. Don Joaquin Mosquera en Colombia, Juarez en Méjico, don Ramon Castilla en el Perú, Montt y Errázuriz en Chile, don Domingo Sarmiento en la República Argentina han sido buenos presidentes. El Ecuador tuvo uno, mas que bueno, grande. En una gran nacion, grande hombre, sin duda. Este fué don Vicente Rocafuerte : escritor, orador, excelente diplomático : apasionado por el bien general, loco por la instruccion pública, desprendido, filántropo en toda forma. Rocafuerte bajó del solio abrumado por las bendiciones de sus compatriotas; es cuanto podemos decir en su alabanza.

———o———

* " Los últimos instantes de Bolívar", por el doctor Próspero Reverend, su médico de cabecera.

Estos no son sino fragmentos del artículo que en esta materia habíamos compuesto, la cual se está ofreciendo para un opúsculo. Triste cosa es verse uno en la precision de reducir á pedazos los hijos de su alma y su ingenio, por falta de imprenta ; por falta de imprenta, sí señores ! Con mil trabajos hemos podido conseguir un puñado de letra y una prensita : he aquí los términos á que el Regenerador se halla reducido despues de dos revoluciones por la libertad y el progreso. " El Regenerador ", copiado por todos los periódicos de Sud-América, no tiene letra para mas de dos pliegos, y le es imposible á su autor hacer cosa de importancia en Quito, capital de una república. Ayer no mas abrimos una Revista aplaudida en España mismo, y leemos : "Nos permitimos llamar la atencion de los suscritores peninsulares á esta obra maestra de la literatura americana;* y la obra maestra es un articulito de los nuestros. Lástima nos deben de tener los que saben que eso que ellos llaman OBRAS MAESTRAS, y nosotros tenemos por humildes composiciones, no pueden salir á luz, porque la imprenta se muere en este país. A cada rato viene el impresor : Señor, no hay a : señor, se acabó la o : señor, falta i. Con dos mil demonios, y de dónde saco yo todo eso ? Despechado no, pero sí desconsolado y triste, me voy. De la tiranía hemos caido en la barbarie, de la sangre en las tinieblas : para el hombre de pundonor y libre, no hay patria donde reina la servidumbre con todos sus vicios.

———o———

ANTONIO ROBELLI, EL PISAVERDE.

Pitágoras se acordaba haber sido rey de Frigia quinientos años ántes ; en seguida una célebre cortesana de Corinto ; despues águila del monte Athos ; y últimamente leon real de Nemea, para venir á ser el filósofo de Sámos. Yo no me acuerdo si he sido emperador de los aztecas, yerno de Huaina Cápac, jaguar de las selvas amazónicas ni cóndor de los Andes ; mas sí pienso que mi memoria toma el agua de muy arriba, y bebe en las fuentes de mis cuatro años de edad.

Siendo yo niño tierno
Con la niña Dorila
Me andaba por los prados
Cogiendo florecillas.

Ya ustedes ven que Meléndez Valdes se acordaba de haber cogido flores con la señorita mencionada, siendo bergantin de ocho meses. Qué mucho que otro cualquiera se acuerde haber cogido sarampion y llevado de eso á los cuatro años de edad ? Del sarampion, yo no me acuerdo ; pero sí de las viruelas ; ni las cacarañitas de mi compatriota José Joaquin Olmedo me dejarian

* " La Patria ". Entrega del 19 de mayo. Bogotá,

mentir; y me acuerdo tambien haber oido mucho de un pisaverde ó lechuguino famoso, que por esos tiempos andaba cosechando laureles del uno al otro extremo de la República. Fisonomías hay que no se le borran á uno jamas de la memoria. Siendo yo escolar en un tenduchо de Ambato que parecia casa de hormigas, se asomó un dia á la puerta un vejete, no mas alto que Monsieur Thiers, y se dejó estar una buena pieza parado en el umbral, sin determinarse á entrar y visitar despacio la escuela. Qué habia de visitar ese plantel de ratones! Desde el maestro para abajo, todo era de menor cuantía. Dios sabe si le tengo presente al maestro Romero con su chaqueta blanca hasta las posas, su pantalon á media canilla, sus zapatos de siete zuelas, y su látigo en la mano, que no lo hubiera aflojado si le ahorcaran. El buen hombre abria siempre la sesion con azotar tres ó cuatro barragancitos de los mas pillos, le den ó no por qué; y para echarnos fuera, les tenia rara aficion á las orejas de ciertos condiscípulos mios que hoy son jurisconsultos á lo Papiniano, coroneles á lo Cambronne, obispos á lo Dámaso, esto es que pisan en la barriga á sus enemigos, y áun candidatos de ellos mismos para la presidencia de la República. No pienso que haya sido predileccion por mí, sino el miedo cerval que le tenia á mi padre, el maestro Romero me dejó salir sin mancha de su penitenciaría; pero como á decir verdad yo no estaba allí siguiendo la vida de nuestro seráfico padre san Francisco, probable es que le haya dado algunas rabietas al excelente pedagogo. Como para ménos rigor, este me tenia emplazado al pié de su mesa; con lo cual yo hacia mi agosto, por que al otro lado estaba, igualmente presa y encadenada, la mas turbulenta y revolvedora de las alumnas. Por debajo de la silla del maestro, era un tejemaneje de dos mil demonios: cuando cesaban los pellizcos, torceduras de dedos, pasagonzalos y otras operaciones, de las cuales cada una hubiera sido un *casus belli*, principiaba un ir y venir de pan y peras, colaciones y nueces, maiz quemado y pinol, que la gran Bretaña no ha hecho jamas comercio mas activo con el nuevo mundo. Si estuviera yo en el Cuerpo Legislativo de Versalles, ya Leon Gambetta ó Monsieur Rouher me hubieran gritado: VOUS SORTEZ DE LA QUESTION! Pero no es mia la culpa, sino de los escritores que me piden datos biográficos acerca de mí mismo. Del redactor de "La Patria," célebre Revista de Bogotá, he recibido varias cartas: de Lima, don Francisco Lagomaggiore, autor del "Autógrafo americano," me ha escrito tambien. Conque á buena cuenta va allá lo del maestro Romero. Y el otro viejecito parecido á Monsieur Thiers, que está en la puerta, ¿quién es? Los mechones de canas que se le cuelgan al rededor del sombrero le comunican aspecto venerable. Una ruana larguísima que le llega á los piés, poncho mejicano á fajas blancas y coloradas, de flecadura abundante, le cubre todo, bien como á Eneas su escudo. Muchas personas vestidas de viaje se hallan tras él en postura respetuosa. El maestro Romero exclama: Niños, de pié! y le hace al anciano una profunda reverencia. Enderezámonos todos, y estuvimos solemnizando la escena con profundo silencio. Era el personaje don

Vicente Rocafuerte, que volvia de la capital, concluido su período de presidente de la República. Qué diria de Ambato y de nosotros ese hombron que habia andado por las cortes europeas, de embajador de Méjico, visitando colegios y universidades, estudiando los grandes sistemas de enseñanza y viéndolos planteados en las naciones donde la educacion pública ha llegado á su perfeccion, como en Suiza, Holanda y Alemania? No sabia don Vicente por lo ménos, que de ese puñado de rapaces de aldea habia de salir el amigo de las buenas letras que tánto gusta de tomar á pechos la memoria de los varones eminentes.

Vino á Quito una ocasion un norteamericano que las daba de frenólogo, y no profería el nombre del doctor Gall sin descubrirse. Reunidos un dia unos cuantos truhanes en casa de Zaldumbide, el discípulo de Gall nos fué echando mano á la cabeza. Usted, le dijo á uno, tiene inclinacion á la poesía: las nueve Musas son para usted mas que las once mil vírgenes.

Usted es propenso á las armas: en Jena ó en Marengo estaria con mas gusto que en los claustros de San Agustin. Usted es un fanático! saldria usted de mil amores puñal en mano á despanzurrar herejes. Usted es un bruto... Usted, me dijo á mí, abriga indecible pasion por los hombres grandes. ¡Y digo si dió en la mueca el adivino! En ese tiempo, simple estudiante de filosofía, habian pasado ya por mis horcas caudinas los paralelos de los varones ilustres de Plutarco, las Décadas de Tito Livio, los Doce Césares de Suetonio, la vida de Alejandro por Arrian, la de Marco Tulio Ciceron por Middleton, y otras muchas por el estilo. Desde entónces tengo alguna flaqueza por el arte ó la ciencia del doctor Gall. Dicen que, habiéndole presentado en Francia á este sabio un cráneo humano, despues de examinarlo atentamente, exclamó: Este no puede ser sino el cráneo de Napoleon! Éralo en efecto.

Me harian trizas mis paisanos si yo dejara sin comento eso de *aldea*. Llamando aldea á Ambato, cometemos la propia figura que los españoles cuando llaman villa á Madrid, y los franceses pueblo á Paris.

> Estos, Favio, ay dolor, que ves ahora
> Campos de soledad, mustio collado
> Fueron un tiempo Itálica famosa,

dice Rodrigo Cota en su oda insigne, por tánto tiempo atribuida á Rioja.

> Esos, Favio, oh placer, que viste un tiempo
> Campos de soledad, mustias arenas,
> Son al presente Ambática famosa,

diria el que viese ahora esta donosa ciudad despues de dos terremotos y treinta años; ciudad primera entre las de tercer órden, como Báden-Báden, como Spa á orillas del Rhin; como Versalles y San Jerman en Francia: ciudad-huerto, ciudad-jardin, verde, fresca, fragante por donde uno vuelva los ojos (como sea fuera del lugar). Con esto quedan satisfechos mis inteligentes pati-

tuertos, y yo paso al fin á tratar de Antonio Robelli, el pisaverde.

Era éste un mozo de gentil parecer, alto, blanco, de bigotes que hubieran besado las señoritas ó *misses* de Lóndres, si Robelli hubiera estado en Waterloo junto con Blúcher. Sus negros ojos parecian abrumados por una poblacion espesa de largas pestañas. Miraba lánguido el bribon; pero de esa languidez salian flechas que iban á clavarse en mil corazones femeninos. Su dentadura un prodigio de igualdad, aseo, pureza: los lábios, abultadillos, ardian como dos carbones encendidos entre las largas hebras del mostacho. Acuérdome haberle visto en seductora elegancia, paseando garbosamente su cuerpo de príncipe en las calles. Iba su alteza con pantalon de paño blanco ajustado á la carne: zapato de hule con hebilla de plata sobre media de seda. Una capucha de grana sujeta al cuello con cadena de oro, le comunicaba un singular aspecto de militarismo aristocrático. Su tocado era sombrero de pelo de seda blanco, de copa alta y ancha ala. Sobre el fino guante de previl estaba reluciendo una sortija de diamantes de purísimas aguas, al paso que iba el lechuguino jugueteando como al descuido con una varita de pomo de nácar. Dicen que este nuevo Lovelace no habia menester engaños ni fuerza, como el héroe de Richardson, ese buen mozo infame que triunfa con ardides y abandona á la víctima. Para Antonio Robelli no habia mas dificultad que la de la eleccion. La parte mala de su buena fortuna era que nadie se moria mas por él que las viejas. Yo me alegro mucho de que una vieja, á fuerza de celos, trazas y espionaje les eche á perder su citas á estos Alejandros del amor. Antonio Robelli habia corrido aventuras de todo linaje, desde la mas dulce hasta la mas amarga: matrimonios frustrados por su causa, muchachas vueltas locas, monjas huidas, casadas apuñaladas, solteronas posesas, de todo hay en su grandiosa historia. Buen mozo, rico y valiente, el mundo es suyo. Nunca le falta que gastar ni tiene miedo: al mas valenton le levanta el gallo, como dice Fernan Caballero, ó le para el macho, como decimos nosotros. En los encuentors casuales, las pandillas, sus agresores llevan siempre lo peor, porque así dispara una pistola y menea la espada, como juega el palo. Antonio Robelli es un Adónis con el poder de Aquiles y la fortuna de Medoro: para él no hay una que no sea Angélica la bella.

Presentóse Robelli en Ambato la última vez junto con la fama de una aventura gigantesca pasada en Quito. Pues digamos que el belitre no estaba interesante con el prestigio de la celebridad sobre la gentileza de la persona! Agolpábase la gente en las esquinas para ver pasar ese dios de la mitología: las hermosas, tras sus vidrieras, se iban en pos de él disueltas en suspiros largos y fragrantes, que parecian fuelles celestiales: los jóvenes le seguian con los ojos llenos de envidia: las beatas paraban la oreja: los clérigos le hacian cruces: los casados madrugaban al otro dia con la familia á la hacienda. Antonio Robelli era un jabalí de Erimanto que por donde pasaba iba dejando ruinas: jabalí, no de Erimanto, sino de Páfos, Chipre ó Gnido, mansiones del amor y

alí hermoso como Apolo, apasionado como Narciso, ipoten como Júpiter: demonio encantado que traia revuel- l mund le la juventud y la hermosura.

Sucedi por entónces que volviese del Perú mi hermano primogénito desterrado por Flóres (esto del destierro por asunto de patria y libertad, nos viene á nosotros de familia); volvió mi dicho hermano, y cargó conmigo á la capital. Desde entónces se murió Antonio Robelli en mi memoria: si á los florones de su corona añadió los de la princesa Lindabrides y la reina Cartismándua, no ha llegado á mi conocimiento.

Hará cosa de dos años bajaba yo el Chimborazo hácia las selvas cálidas del Guáyas. En una comarca donde el calor empieza ya á producir el bosque alto y las caras amarillentas, hay un caserío llamado Balsapamba. Allí me detuve con mi compañero de viaje y mis sirvientes, y en una talanquerita cualquiera pedí posada para esa noche. Un viejo se asomó á las barandillas, y dijo con mucha cólera: "No hay posada!" y mirándonos de hito en hito, añadió: "estos han de ser algunos piratas que andan en busca de que robar. Pues sí señor, de humor estoy para sacrificarme por ellos... No digo yo... si estos no son masones disfrazados de los que Bismarck mandó á concertar la muerte de García Moreno, pierdo la oreja derecha". Y diciendo esto, se metió á un cuarto en el dintel de cuya puerta estaban colgados un mazo de velas y una cabeza de plátano harton ó barraganete. Qué habia en ese caso sino irse arriba y matarlo á golpes al viejo inhospitalario? Mi amigo y compañero no es un fósforo; pero cuando le hacen tus tus, puede estar seguro que ha de perder la vida el que no muestra las herraduras. Tenia ya afuera dos cuartas del tajan ó gumía que carga en sus viajes, y en esa torba mirada estaba yo viendo pendiente en un hilo el pescuezo de aquel Tersites calentano. José, le dije á tiempo, haces caso de ese borracho? "Espantóse la muerta de la degollada, respondió el viejo mostrándose de nuevo; vienen á pedirme qué beber, y me tratan de borracho... De suerte que cuando se hayan hartado de lo que yo les dé de comer, me han de llamar tragon. Sí señor, tragon! Y el uno tiene facha de *sansaravito*: pues el otro... es una carabina de Ambrosio. Váyanse ustedes adelante, señores feos, y no anden buscando los tres piés al gato". Vos sois el gato y rato y el bellaco! grité á mi vez, y de un salto me planté en la escalera. El viejo, cobrando juicio con el peligro, se metió adentro y cruzó el palo. Preciso fué respetar ese baluarte de Sebastopol ó barricada de San Marcelo. Volviéndome con santa paciencia á mi cabalgadura: Dime, amigo, pregunté á mi compañero, es verdad que somos tan feos como ha dicho el viejo, y tenemos traza de piratas? Caballos de primera clase; monturas norteamericanas con chapas de plata y argollas de bruñido acero; bota de hule; espuela negra, como las armas de Pirro; sombrero á cuya sombra pudieran librar batalla fanceses y alemanes; levita azul militar; revólver al pecho y espada al cinto, ¿cómo es posible que le hayamos pareci-

do unos Esopos á ese montañés medio desnudo? ... en mangas de camisa, caido y sin botones el ... barba, crizada y revuelta le daba aspecto de animal ... tado: ojillos hundidos apénas si tenian luz para desti... sus propias narices. Encorvado, enclenque, tardo, no era pronto y suelto sino de lengua, y largo de uñas, eso sí, muy largo: será poco si digo que ellas eran de á pulgada, amarillas, torcidas, abominables, dignas del mas ilustre presidente actual de Sud-América.

Pasamos á otro bohío mas humano; y cuando estábamos haciendo por la vida con una caja de sardinas, pan candeal y una botella de CHAMBERTINI, llegó un negro, y dijo: La niña suplica á los señores pasen luego á tomar café en su alojamiento". Era ésta una señorita de Riobamba con quien, topándola en el camino, habíamos hecho conociencia. Guiónos el africano; y cual no fué nuestro disgusto al vernos instalados en torno á una mesita en el corredor del viejo de las velas! La anfitriona estaba cortesísima; el café trascendia ni mas ni ménos que el mejor Guatemala. Salió el viejo de su cuarto, y dijo la señorita: "Tio Antonio, aquí tiene al Señor Cosmopolita, á quien deseaba usted conocer". Los ojillos se le volvieron ojazos al Cancervero: se puso á verme despacio, y quitándose la montera, empezó á balbucir: "Tengo la honra de ofrecer mis humildes respetos á... Los piratas que andan en busca de qué robar, dije cogiéndole la palabra de los lábios. Rióse el viejo, ganó su aposento, y volvió á salir con un frasco de agua de muerte en la una mano y una copa como un cáliz en la otra: "Brindo, señores, á la gloria de tener en mi casa á su ilustracion y condecoracion el gran Cosmopolita". Y empinó el codo. Llena otra vez la copa hasta la orilla, se volvió hácia el otro caminante y dijo: "Brindo á la dicha de haber conocido al honorable compañero del señor Cosmopolita"; y gor gor gor, preguntenmé á mí si dejó gota. Diónos luego la espalda, y se fué con frasco y todo. Así hubiéramos tenido apetencia de su aguardiente, el mameluco nos hubiera hecho reventar la hiel. Quién es este hombre? pregunté á la señora. Es mi tio, respondió. Cómo se llama? Antonio Robelli.

¡Y digan que Juan Jacobo anduvo fuera de camino cuando afirmó que el género humano se componia de plebeyos que suben al trono y de reyes que bajan á la plebe!

Quito, 1878.—Imprenta del doctor Roberto Arias, por J. Mora.